

Vacaciones en Rincón de Ávila



LOS TALAS

por WILLY BERDT

PROLOGO

Hay registros domésticos que sólo interesan puertas adentro, en el espacio íntimo de una familia. Y hay otros que, por debajo de la corteza familiar, ofrecen vetas de información que exceden el interés ceñido por los lazos de sangre y adquieren el rango de fuente general, rica en contenidos aptos para descifrar procesos de transculturación, adaptación e integración humana y social.

Este libro, que nació de apuntes guardados en una vieja carpeta, y que con el seudónimo autoral de Willy Berdt se presenta bajo el inofensivo título “Vacaciones en Rincón de Ávila Los Talas”, constituye uno de esos casos.

Nace de los recuerdos juveniles de Guillermo Berraz, hijo de suizo-franceses que poseían un campo ubicado en el paraje Rincón de Ávila y en el que pasaban sus vacaciones cuando despuntaba el siglo XX. El topónimo persiste aún como una cicatriz de época colonial, y recuerda a una familia española que en ese sitio pobló una estancia en el siglo XVII. De modo que el intento de domar aquella tierra brava que hoy atraviesa la ruta provincial n° 6, había comenzado unos 250 años antes de que los Berraz, con su bagaje de conocimientos europeos, organizaran sus actividades productivas sobre bases modernas.

Con su trabajo, a ese espacio rural de cepa hispano-criolla, los Berraz le agregarían un nuevo estrato; transformarían la tierra y, en ese empeño, cambiarían ellos mismos. En el intercambio cotidiano con la gente y la geografía, transfundirían al medio conocimientos y costumbres, mientras cosechaban experiencias y aprendían cosas nuevas al cabo de cada jornada. En pocos años, ya no serían los mismos; acriollados, mixturados, los gringos de ojos claros se movían como paisanos avezados en la vida campera aunque sin perder el tesoro de sus conocimientos y el empleo de artefactos modernos como automóviles, buenos rifles, fonógrafos o cámaras fotográficas. Así, la pesca en el río o la caza en el monte se combinaban con el disfrute de una ópera culta a la caída de la tarde.

Willy Berdt habla de estas y muchas otras cosas, del campo y de los pueblos cercanos habitados por inmigrantes recientes, de la relación con criollos de campos vecinos y de la visita de parientes,

de la casa, las instalaciones, las comidas y los vinos; de labores y aventuras, de usos extendidos y personajes raros, de festejos y tristezas.

De a pasos, Berdt-Berraz desanda los caminos de su propia historia, vadea las lagunas de la memoria y reconstruye un tiempo ya desvanecido. Aunque sin proponérselo, el producto de consumo familiar deviene documento de mayor peso, inventario de cotidianidades, de observaciones y puntualizaciones que hoy resultan útiles para el historiador, el sociólogo, el antropólogo, el geógrafo. La mirada del autor es sencilla, pero el aporte es significativo porque él sintetiza dos culturas y articula dos tiempos con la impronta del hombre formado, del ingeniero químico, del profesor universitario, todo un dato si se tiene en cuenta que la gesta inmigratoria y su encastre en la nación Argentina es pobre en relatos de sus protagonistas directos, al menos en nuestra provincia.

Gustavo J. Vittori

INTRODUCCIÓN

Este trabajo se basa en una carpeta cuyo autor es el Ingeniero Guillermo Berraz, hermano de mi suegro Fernando Berraz, conocido familiarmente como el Tata, y de chico como el Tuti. Guillermo fue uno de los primeros Ingenieros Químicos egresados de la Facultad de Ingeniería Química de la Universidad Nacional del Litoral (Título Nro. 4) y mi profesor de Química Analítica por el año 1957. Más allá de sus comentarios, de interés familiar e históricos por la época, circunstancias, y significación de los personajes, las descripciones están teñidas de su impronta de ingeniero. Se lo puede apreciar cuando habla del Río Salado, del funcionamiento del sistema de esteros, y del hábitat y su biodiversidad.

Como lo dice el Tata en las acotaciones, de esta carpeta solo se hicieron tres ejemplares a máquina y con carbónico.

Encontramos el que le correspondió al Tata, y no daba para mucho manoseo, así que intenté levantarlo como texto.

Traté de respetar en lo posible el documento, respetando a veces hasta los errores para no alterar el original. Seguramente se agregan los errores propios de mi trabajo.

Están las hojas sueltas de presentación del Autor, y las acotaciones del Tata, que son importantes porque “escracha” a todos los personajes a los que Willy Berdt les disfrazó o tradujo el apellido.

Después está la carpeta en sí.

Fotos e ilustraciones las levanté como imágenes, las puse en formato Word y tonos de gris en la versión para imprimir; además intenté establecer hipervínculos con las citas en la carpeta, en una versión digital.

También intento reproducir algunas imágenes del libro “Vistas de la provincia de Santa Fe 1888-1892” con fotografías de Ernesto H. Schlie, editado por El Litoral y el Banco de Santa Fe, que tiene mucho de la familia Berraz, como base.

Agregué una foto del Archivo de Ana Berraz, mi esposa e hija de Fernando, con una foto que tenía el Tata de 1919, y sus comentarios.

Ricardo O. Scholtus

Dedicado a la Memoria
de quienes estuvieron con nosotros,
y que hoy descansan
juntos en Paz.

PRESENTACION

Transcripción de párrafos de la carta remitida a Alfredo presentando el escrito.

Como un recuerdo de estas Fiestas, les adjunto la carpeta titulada LOS TALAS (Vacaciones en Rincón Avila), de Willy Berdt, el seudónimo que por primera vez empleo en mis escritos. En verdad, más que seudónimo, es el diminutivo del nombre en germano y la condensación de los dos apellidos.”

“Los Talas” no es una historia, ni novela ni cuento. Es una ensalada mixta de recuerdos y sucesos, reales e imaginarios, sazónada con algo de buen humor (sal), ironía (vinagre), poco de picante (pimienta) y bastante sentimentalismo (aceite).

Espero que no les resulte indigesta.”

“En la redacción del escrito debí afrontar las mismas dificultades con que tropiezan los paleontólogos, quienes ante el hallazgo de un hueso fósil se las ingenian para reconstruir el animal prehistórico al que perteneció.

Con “minúsculas partículas” de recuerdos hemicentenarios tuve que “rasquetear fuerte” las endurecidas circunvalaciones cerebrales donde se archivan los expedientes de la Memoria.

En varios de los episodios narrados he debido reconstruir los hechos, con una buena dosis de imaginación por cierto, en base a un vestigio de recuerdo, que en algunos casos pudieron ser soñados. Ese es el motivo por el cual he disfrazado los nombres usuales y apellidos de los protagonistas, aunque para quienes estamos en el asunto, no tendrán ninguna dificultad en identificarlos.

Los extraños, que por casualidad leyeran “Los Talas”, no tienen porqué asociar a nuestra familia con los acontecimientos e invenciones relatadas. Es un producto de consumo familiar para despertar otros recuerdos emotivos de aquellos tiempos vividos en Rincón Avila.”

INDICE

PRÓLOGO	I
INTRODUCCIÓN	II
DEDICATORIA	III
PRESENTACIÓN	IV
Capítulo I .- Primer día	
Llegada	1
Escuelita R. Avila	3
Perro resucitado	7
Almuerzo y siesta	10
Capítulo II .- Descripción del campo	
Aspecto general	13
Hidrografía: Río Salado	14
Tajamar	16
Esteros	19
Montes	21
Los Talas	23
Capítulo III	
Descrip. de Las Casas	25
María	31
Corte de melena	31
Bodas	32
Barómetro y pronóstico del tiempo	33
Tormenta	33
Dormitorio N°5	34
Armas	35
Pedro	36
Sótano	39
Vinos	39
Leche y derivados	40
W.C.	42
Anexos	42
Pozo y molino	43
Corrales	43

La horca 44

Capítulo IV .- Episodios

Vacaciones 45

El Petiso 45

El Churi 47

Prácticas Veterinarias 49

Cacería frustrada 50

Miscelánea 54

Navidad y Año Nuevo 56

Capítulo V- Episodios

Flor de julepe 61

Velatorio de un angelito 64

El Correntino 66

Acridiana 67

Cuereada 69

Civilización y barbarie 70

Quemazón 71

Pesca 73

El día de los Padres 75

Estadía de parientes santafesinos 77

Los Talas 81

Fantasmales 84

Rodeo 85

Los parientes dejan Rincón Avila 87

Carnaval en Nelson 88

Capítulo VI .- Episodios y Final

Baño de hacienda 93

Leyenda de Los Talas 95

Garrapaticidio 101

Últimos días 102

La perdiz y el lazo 103

Preparativos y partida 105

EPILOGO 107

ACOTACIONES

CAPITULO I - PRIMER DÍA

Llegada

El tren procedente de la ciudad de Santa Fe, con destino a San Justo, se detiene en la minúscula y desierta estación Iriondo, del F.C.S.F. o Compañía Francesa. Soy el único pasajero que desciende del tren, un tanto azorado por ser la primera vez que viajo sin familiares. Tengo trece años recién cumplidos y regreso a la estancia para disfrutar las vacaciones de verano, luego de haber cursado el primer año de estudios secundarios en la Capital de la Provincia.

En el andén diviso de inmediato a mi hermano Pablo, cuatro años mayor que yo, hecho todo un hombre. Si bien bajo de estatura, es fornido, con la tez curtida y manos callosas por las duras labores del campo. Está en mangas de camisa, pañuelo al cuello, sombrero de alas anchas, bombachas y polainas.

-¿Que tal Suizo?- lo saludo abrazándolo.

Nacido en Ginebra (Suiza), vino al país antes de cumplir el año. En realidad, el honroso apelativo de suizo era pocas veces aplicado a su persona; con mayor frecuencia lo apodamos "Sople" o "Soplado", alusivo al volumen de su cuerpo, el más gordo de los cuatro hermanos y que contrasta con Luis, el siguiente, delgado y más alto, apodado el Flaco. Este y yo, que le sigo con dos años menos, nacimos en Esperanza, mientras que el último, Emilio, alias el "Tuti" nació en el mismo casco de la estancia, ubicada a cuatro leguas al norte de aquella ciudad, en el lugar denominado Rincón Ávila o de Ávila, lindante con el río Salado, centro del departamento La Capital.

Apenas cambiamos cuatro frases con Pablo y nos dirigimos a la americana, carricoche de cuatro ruedas y capota delantera, enganchado con la famosa yunta de yeguas zainas, la Cuca y la Monona. Este tronco de tiro paseó infinidad de veces nuestra volanta, el breque como le decíamos, por las polvorientas calles de Esperanza y camino de acceso. Las cuatro leguas que separan nuestro campo de aquella ciudad son devoradas por las guapas

yeguas en menos de hora y media, sin demostrar cansancio, y así durante años y años. Jamás hubo necesidad de fustigarlas y en el viaje de regreso más bien se debía sofrenarlas, ansiosas de arribar a su querencia, donde de inmediato eran desenganchadas del vehículo y sometidas a un refrescante baño mientras sacian su sed en la pileta. La verdad es que no son utilizadas para otras tareas en el campo, pero ellas retribuyen ese privilegio con una fidelidad y seguridad dignas de encomio.

Luego de acomodar en la Americana mi modesto equipaje, una maleta vieja de cuero, rumbeamos a "Las Casas", distante dos leguas y media desde la estación Iriondo hacia el Oeste.

Es una mañana luminosa y cálida de diciembre de 1912. Miríadas de mariposas amarillas revoloteaban sobre los cultivos de alfalfa, y las chicharras desgarran el silencio de aquellos campos. Los cuises abundan y de tanto en tanto una perdiz con el cuello erguido cruza rauda el camino.

-¿No trajiste el flobert 14?

-No. El Flaco salió a cazar y la llevó

El "14", una de las variadas armas existentes en la estancia, es una escopeta de un caño, de calibre reducido.

- ¡ Mirá! Esa es la estancia "Las Mercedes" -me señala Pablo a la izquierda del camino.

-¡Aja! La recuerdo perfectamente y allí a la derecha, en esa casita situada al borde del camino, viven los Voulet; ¿No es cierto?

-Sí, el franchute.

Los Voulet son agricultores franceses que suelen visitarnos y cuyo único hijo había trabado amistad con mis hermanos mayores.

Más adelante el camino vira hacia la izquierda, justo frente a los portones de la estancia "La Estelita", cuyo casco con un cuerpo de dos plantas, y techado con relucientes tejas rojas, se yergue esbelto entre la arboleda que lo rodea. Es de construcción reciente y está dotado de modernas comodidades, incluso un equipo eléctrico. El dueño de La Estelita, don José de Udaondo, reside en Buenos Aires y suele pasar con su familia breves temporadas veraniegas en la estancia.

Nuestro campo es de forma rectangular, cuyas dimensiones son aproximadamente 4500 mts., de Este a Oeste, y 2500 mts., de Norte a Sud, o sea unas 1125 hectáreas. Limita por el Norte con La Estelita: por el sud con la estancia de don Nicolás Sastre; por el Este con el camino público y por el Oeste con el tortuoso río Salado. Pablo detiene el vehículo frente al único portón de entrada, casi en la mitad del costado Este del campo. Varios perros se adelantan ladrando, seguidos por una chica morena de unos 10 años, que corre en dirección de la tranquera para librnos el paso.

Es hija del puestero, un criollo de apelativo Amaya, que ocupa con su mujer y numerosa prole la casa de material ubicada a la vera del camino.

La vista de esta casa de ladrillos sin revocar evoca en mí un tropel de recuerdos. Por iniciativa de mi padre a su costa e interviniendo personalmente como albañil y carpintero, se construyó esa casa con destino a una escuela rural. No queda constancia de la fecha en que comenzó a funcionar la modesta escolita "Rincón Avila", pero relacionando acontecimientos, se puede establecer como data probable el año 1907, o quizás 1908.

Escuelita Rincón de Avila

Al frente de la escuela y como único personal, estaba el "Máistro", que no era maestro diplomado, ni tan siquiera argentino. Don Carlos Ahrens era alemán, con estudios secundarios y cursaba Medicina cuando abandonó su país.

Nunca supimos en verdad porque emigró ni como vino a dar por estos pagos para terminar su enigmática vida como maestro primario. Se decía, sin mayor fundamento, que huyó de la justicia por haber dado muerte a su adversario en un duelo a sable entre estudiantes, tan frecuentes entonces en Alemania. Otros lo suponían protagonista de un drama pasional, causante de su expatriación.

El hecho es que vivía completamente solo como un ermitaño. No se le conocieron mujeres durante su permanencia frente a la escuela, pero en cambio, era afecto a la bebida, vicio que lo llevó prematuramente a la tumba. En la fecha que se hizo cargo de la escuela, era

un hombre de unos 45 años de edad, de estatura mediana, mas bien grueso, rubio, de tez curtida por el sol. Usaba barba y bigote, que le disimulaban una rojiza cicatriz en la mejilla derecha. Su rasgo mas destacado consistía en la coloración de sus ojos, de un tono celeste muy claro, al punto que en las fotografías sus iris aparecían blancos, por lo cual él solía hincar con la punta de un alfiler el centro de los ojos en las copias para darle vida a la mirada. Este artificio puede apreciarse en el original de la fotografía, cuya reproducción se adjunta (*Foto 1*). Es la única fotografía de la escolita Rincón Avila, donde figura el maestro con los educandos, en su mayoría hijos de agricultores, y puesteros de la zona, predominando los de ascendencia italiana, pero también había hijos de alemanes, mallorquinos, criollos, entre ellos algunos hijos naturales de los señores de las estancias vecinas. Entre los apellidos de condiscípulos de aquella escuela que han quedado grabados en mi memoria a través de 50 largos años, puedo citar : Bertotti, Ceaglio, Buzzolari, Bernazza, Nagel y Doldán. La foto del grupo fue tomada el año 1909, por el aficionado Plácido de Faure, un amigo de nuestra familia, residente con señora madre y hermanos en la casona sita a unos metros del puente Vinal, sobre el río Salado, en el camino a Esperanza. En esta casa, con despacho



Fotografía 1

de bebidas y parada obligada de quienes circulaban por el puente, el maestro Ahrens, impartía por la mañana enseñanza primaria a los hermanos de Plácido y otros niños de la vecindad.

Luego de almorzar con ellos se trasladaba en un sulky a Rincón Avila, recorriendo más de dos leguas, para iniciar a la una y media de la tarde las clases en nuestra escuela. Por la mañana temprano rehacía el camino, y así todos los días del año lectivo, exceptuado los domingos y días de muy mal tiempo. El caballo del sulky estaba tan habituado al trayecto que el maestro se permitía dormir, durante el regreso, a veces vencido por el cansancio o por alguna copita demás. ¡Pobre hombre! Cuán injustos fuimos con el “Maestro Arenque”, mote que solían aplicarle, cuando lo hacíamos víctimas de pillerías, como la de robarle los cigarros a medio consumir que guardaba en una caja próxima a una ventana con rejas.

Ahora, a 50 años de su muerte, cada vez que recuerdo los tres años de mi concurrencia a esa escuelita rural, se agiganta la recia figura de don Carlos Ahrens, el maestro solitario que supo irradiar cultura elemental en dos lugares a la vez, distantes más de dos leguas entre sí, con precarios medios de transporte y sin otra ayuda que la poca que podían brindarle algunos vecinos. Creo que percibía una magra subvención del Consejo de Educación de la Provincia, pero sus exiguas necesidades para la subsistencia provenían en su mayor parte de donaciones de los padres de los alumnos, ya sea en efectivo o más bien en forma de vestimentas y alimentos producidos en las chacras. Los chicos solían llevarle pan, gallinas, huevos, hortalizas, chorizos, etc., en lugar de las flores con que los escolares de la ciudad obsequian a sus maestras.

Nunca supe si después de su muerte se le rindió homenaje al esforzado maestro que durante su actuación en una vasta zona desprovista de escuelas fiscales, logró enseñar con empeño y eficiencia los fundamentos esenciales de la educación primaria a un buen número de niños y jóvenes de ambos sexos, que de otro modo no hubieran tenido oportunidad de salir de su condición de analfabetos. Sean pues estas líneas un sencillo, pero sentido homenaje a don Carlos Ahrens, que le rinde uno de sus ex discípulos, quién, gracias a las bases inculcadas por el improvisado docente, pudo completar su bachillerato al cumplir los 17 años.

En la **Foto 1** estoy sentado al lado del maestro, en la fila del medio. Tenía entonces casi 10 años. El segundo de la primer fila, contando

desde la derecha, es mi hermano menor, Emilio. A juzgar por la foto, donde no aparece ninguna cara sonriente, los 25 educandos son muy formales o están muy atentos a las recomendaciones del fotógrafo, que exige inmovilidad para la pose.

La ventana y parte de la puerta que aparecen en la foto corresponden al aula, de unos 6x7 mt, con mesas y bancos corridos. Todos se ubicaban en esta única aula y don Carlos se las ingeniaba para impartir la enseñanza al heterogéneo alumnado, con distintos niveles de preparación. Dos pizarrones colgando de las paredes completaban el mobiliario. ¡Ah! Había algo más: el “Caballo Blanco”. No me refiero al whisky. Este caballo blanco era un puntero largo, hecho de un trozo recto de raíz descortezada, bastante grueso por cierto. En manos de don Carlos desempeñaba dos funciones; la común de puntero señalador y como instrumento de castigo para quienes estuvieran desatentos o cometiendo alguna falta de conducta. Don Carlos era partidario del método “la letra con sangre entra”, máxime cuando lo ponían de mal humor o tenía alguna copa en exceso. Menos mal que aquellos rudos muchachos del campo tenían la caja craneana bien sólida y protegida por abundante cabellera, que más parecía colchón de crin, incluso con abrojos prendidos. El garrotazo en la cabeza con el caballo blanco era solo una advertencia. La verdadera penitencia la cumplían arrodillados sobre una regla de sección cuadrada o sobre granos de maíz.

Durante los recreos, algunos se entretenían desenterrando “michiqués”, pequeños tubérculos de una planta herbácea rastrera que abundaba en las proximidades de la escuela. El michiquí tiene una pulpa comestible, traslúcida y de sabor dulce. Otros preferían hamacarse. Había dos columpios, uno para las niñas y otro, de mayor altura, para los varones, ambos instalados bajo un grupo de corpulentos algarrobos. Una de las pruebas que efectuaban los muchachos mayores consistía en hamacarse con autoimpulsos crecientes hasta alcanzar una amplitud de oscilación cercana a 180°, y entonces, en el instante de máxima altura abandonaban el columpio para cogerse de una rama horizontal situada a unos 4 metros de altura, desde donde descendían a tierra por una soga pendiente de la rama. Parecían monos sin cola. Los intentos no siempre resultaban exitosos, pero estos hijos de campesinos sabían resistir estoicamente los tremendos porrazos recibidos al fallar por fracciones de segundo el instante propicio para prenderse

de la rama. En estos casos, más que monos, parecían gatos lanzados al vacío.

El comportamiento de los varones hacia las niñas era por lo general respetuoso, aunque no faltaron muestras de grosería, expresadas con palabras y gestos, que de saberlo don Carlos, éste castigaba severamente al culpable, pero el guasón raras veces era denunciado por temor a futuras represalias.

Al término de la clase se producía el desbande bullicioso de los educandos hacia los cuatro puntos cardinales. Algunos a pié; la gran mayoría a caballo, montados por dos y hasta tres jinetes cada uno. El maestro quedaba completamente solo en la casa, que contaba, además del aula, con un dormitorio y la cocina. El vecino más cercano habitaba un rancho distante más de mil metros.

Por la noche eran muy raros los vehículos o jinetes que pasaban por el camino público. En caso de enfermedad, accidente o asalto, don Carlos Ahrens quedaba huérfano de toda ayuda, librado a su propia suerte.

Perro Resucitado

Sumido en estas cavilaciones, los ladridos de varios perros me llaman a la realidad. Las yeguas se detienen automáticamente justo al costado del molino, frente a la cochera. Estamos en casa, de nuevo en el hogar donde pasé mi infancia. Mis padres y otros hermanos a quienes no veía desde julio, salieron a recibirnos. Demostraciones de afecto y alegría. El "Schotis", el "Tango" y su madre, la "Nela", se asocian al recibimiento, saltando en torno nuestro con expresivas muestras de bienvenida. Son perros mestizos, con vagas reminiscencias de ratoneros, pero fieles guardianes y bravos auxiliares en el arreo de bovinos y ovinos. Cuando algún animal invadía lugares prohibidos o desertaba del rodeo, se azuzaba a los perros con un "chúmale", y entonces acometían en masa a la bestia con una ferocidad insospechada en estos dóciles ayudantes, no cejando en su empeño hasta conseguir alejarlo del lugar o reintegrarlo al conjunto. Un simple silbido bastaba para que abandonaran la empresa. Nunca rehuían al combate frente a las alimañas, así fueran comadreja, zorros,

vizcachas, iguanas, peludos, incluso serpientes y chanchos salvajes. En cambio, se resistían un tanto atacar a los zorrinos, que ofendían su sensible olfato.

A propósito del valor y extraordinaria vitalidad de esos perros, quiero relatar un episodio del cual fuí testigo, ocurrido hace más de 50 años, pero que ha permanecido vívido en mis recuerdos del campo. Una tarde salí provisto del flobert 9 (carabina de 5 mm de calibre) con el propósito de cazar palomas. Me siguieron el Schotis y el Tango, siempre dispuestos cuando veían a uno de nosotros llevando un arma. A pocas cuadras al sur de Las Casas existía una vizcachera abandonada. Los perros se acercan a la entrada de la Cueva y comienzan a ladrar insistentemente, denotando haber olfateado algún animal en su interior. El Schotis, que aparece en primer plano en la Foto 3, de menor talla que el Tango (el de mas atrás, indiferente al fotógrafo), se introduce parcialmente en la cueva y ladra furiosamente, desobedeciendo mi llamado. De pronto lanza un grito más agudo y retrocede dolorido. Dos pequeñas gotas de sangre apenas separadas asoman en un costado de su hocico. Suponiendo lo peor, o sea que los puntos eran producidos por los colmillos de una víbora ponzoñosa, descargo sin ton ni la carabina en la cueva y regreso de inmediato a casa con los perros. Allí cuento el caso a los familiares presentes, con quienes no atinamos otra cosa que darle a beber leche. Al pobre Schotis se le comienza a hinchar el hocico y se tiende en el suelo, confirmando mi primera impresión. Una hora después, el perro tiene la cabeza monstruosamente deformada y se decide sacrificarlo para evitar una prolongada agonía. Ninguno de nosotros acepta inmolar al perro, misión que se encarga al peón, que por su nacionalidad, lo llamamos el "Austriaco". Es probable que este hombre haya utilizado un garrote para ultimarlo. Lo cierto es que luego de realizar la macabra tarea fuera de nuestra vista, arrojó los despojos del infortunado chicho en una zanja apartada, donde se solían verter desperdicios domésticos. Los menores lloramos la muerte del fiel animalito, víctima de su osadía enfrentando al peligroso enemigo en las condiciones más desfavorables.

Lo inconcebible se produjo después. Transcurrieron varios días, no puedo precisar cuantos; -algunos dijeron siete-, pero con certeza más de tres. De nuevo me tocó ser testigo de la segunda parte de este histórico drama canino.

-¡Miren allí!- grito angustiado, señalando con el brazo derecho extendido en dirección al camino que conduce al molino del bajo. Mis hermanos acuden y quedamos mudos de asombro ante lo que nuestros ojos perciben pero nuestras mentes se niegan a aceptar como real. Si el hecho hubiese ocurrido al anoecer, no habríamos dudado un instante que se trataba de una aparición fantasmal, pero es de mañana, con sol radiante. Por el sendero avanza lentamente y a los tumbos un perro esquelético, cubierto de barro y sangre seca ennegrecida. No obstante su lamentable aspecto, por algunas características identificamos ese espectro andante con el Schotis. Los otros perros reaccionan antes que nosotros, adelantándose hacia su encuentro y ladrando en forma desacostumbrada; el chicho responde a sus hermanos imprimiendo un torpe vaivén a su flácida cola, apelando a los últimos vestigios de sus agotadas energías. Pasado el primer momento de estupor, acudimos presurosos en su auxilio. Pueden imaginarse los solícitos cuidados con que fué objeto el extraordinario perrito a partir de ese momento. Lo real es que quince días después de su aparente resurrección, el Schotis estaba completamente repuesto, correteando con sus compinches, tan fiel y bravo como siempre, con la ventaja de su probable inmunidad frente a las picaduras de víboras.

Entre los comentarios que se hicieron acerca del caso narrado, hubo una opinión que tal vez explicara mejor la supervivencia del perro. Se dijo que el garrotazo del austríaco aplicado a la cabeza del animal, en lugar de ultimarle, fue su santo remedio al provocar una hemorragia salvadora, expulsando la toxina de la serpiente.

El tratamiento no puede considerarse muy académico, pero al parecer dio resultados positivos. Sea esa u otra la explicación, lo sorprendente del caso estriba más bien en haber resistido varios días a la intemperie, sin alimentos, y que por sus propios medios, cual Lázaro en "levántate y anda", se encaminó hacia la casa donde lo condenaron a muerte. Es posible que durante su permanencia en la zanja haya llovido, permitiéndole ingerir agua e hidratar sus tejidos. De cualquier modo, la extraordinaria vitalidad del Schotis pudo más que la víbora, el golpe de gracia, la hemorragia, la inanición y los insectos.

Puede parecer irreverente el haber intercalado este episodio, protagonizado por uno de nuestros perros, cuando describía mi

llegada al hogar, en el momento de cambiar cariñosos saludos con mis padres y hermanos.

La verdad es que al inclinarme para acariciar al Schotis, todo mi pensamiento se volcó en aquel extraño suceso y como tengo resuelto desarrollar los recuerdos en el mismo orden que van surgiendo de mi memoria, justifico en cierto modo esa desconsideración hacia mis familiares.

Mientras mis hermanos mayores se ocupan de las yeguas y mi madre da los últimos toques de cocina en la preparación del Almuerzo, me higienizo un poco y aligero la vestimenta. ¡Fuera los zapatos! Pero...!Ay!, luego de ocho meses de usar calzado en la ciudad, las plantas de mis pies no están en condiciones de afrontar las irregularidades de los pisos exteriores, enladrillados o de tierra.

-Miralo al niño bien - chancea el Flaco - Parece que está pisando huevos ¡piujú!

Almuerzo y siesta

Son las once de la mañana, la hora establecida para el almuerzo. En el cumplimiento de los horarios, en particular el de las comidas, nuestro padre es muy estricto y ¡guay! de quien llegara tarde, pues no se salvaba de una severa filípica. El veterano reloj suizo del comedor no falla nunca. El pajarito gritón asoma por la ventanita superior cual tero alcahuete de la laguna, proclamando la demora de los ausentes, mientras el acompasado péndulo en su eterna negativa desaprueba al indiscreto "cou-cou".

En la mesa los muchachos hablamos solamente para responder a las preguntas que formulan los mayores. Hoy me toca hacer el gasto informativo. Me preguntan por los estudios, por la tía y numerosos primos con quienes convivía. Les anuncio que dos primas y el hermano menor habían aceptado la invitación de pasar unos días con nosotros durante el verano, luego de una visita a sus parientes, en Esperanza. Desde nuestro campo se trasladarían a la estancia de los du Trail, nuestros vecinos y amigos, al Oeste del río Salado.

La siesta es una institución que nuestro padre hace respetar. En el lapso comprendido entre las 12 y las 2 p.m., no permitía que se

turbara el silencio propicio para un reparador descanso. En lugar de dormir, los afectos a la lectura gastamos las horas de siesta en devorar novelas, que nunca faltaron en aquel rincón del mundo, prácticamente desconectado de otra posibilidad de elevación cultural. Todavía recuerdo los títulos de algunas de las novelas leídas durante aquellos años, en horas de siestas caniculares y también por las noches, a la mortecina luz de una bujía esteárica de llama oscilante, contraviniendo las recomendaciones de nuestros padres. Entre los libros de aventuras que más se grabaron en mi memoria, puedo citar: El Corsario Negro, El Corsario Rojo, Los Náufragos del Liguria, Los Tres Mosqueteros, Veinte Años Después, El Vizconde de Bragelone, Romeo y Julieta, Aventuras de Rocambole, El Misterio del Cuarto Amarillo, sin mencionar algunas picarescas o de color subido, pasadas de contrabando por Pablo. El Flaco prefería dormir o hacernos una broma de grueso calibre. Otras veces escapaba por una ventana posterior para realizar una pequeña excursión cinegética por la vecindad, pero regresando antes de las dos, hora en que todos estaban nuevamente en pié, listos para el rudo trabajo del campo, después del infaltable mate.

Aspecto general

Antes de proseguir con el relato de los acontecimientos vividos durante aquellas inolvidables vacaciones, prefiero ubicar el escenario donde tuvieron lugar los sucesos, con el objeto de facilitar las descripciones y por sobre todo, para despertar en mis dos hermanos sobrevivientes viejos recuerdos sumidos bajo el polvo de medio siglo.

En el primer capítulo se dieron ubicación, límites, y dimensiones aproximadas de nuestro campo. En el Plano I he intentado reconstruir en escala la disposición y principales características que presentaba en la época de referencia, pocos años antes de venderse la propiedad. Quiero dejar expresa constancia que en la confección de los planos I y II (Las Casas) no dispuse de documentación alguna que me facilitara la tarea. Todo he debido hacerlo en base a recuerdos de mi infancia y hasta no más allá de los 14 años de edad, por lo cual habrá seguramente errores de ubicación interna, dimensionales y de configuración, pero en conjunto representan con bastante aproximación lo que era nuestro campo y hogar en el año 1912, como pueden dar fe mis hermanos, particularmente el mayor.

Respecto a la topografía del terreno cabe destacar sus ondulaciones, característica general de toda la zona adyacente al río Salado. Casi en la mitad de nuestro campo, en dirección EsteOeste, se perfila una hondonada, el Bajo, con suave pendiente hacia el río. Al Norte y Sud del Bajo, el terreno se eleva progresivamente, pero en forma más acentuada por el lado Sud, donde culmina en La Loma, limítrofe con la estancia de don Nicolás. Desde la Loma, con atmósfera clara se percibe a simple vista la torre de la Iglesia Evangélica de la ciudad de Esperanza, a tres y media leguas de distancia en línea recta.

Nota .- *En aquella fecha (1912) no existían las torres actuales de la Iglesia Católica, ahora las más altas.*-

Debido al perfil del terreno, las aguas pluviales excedentes se recolectaban en el Bajo, desde donde se volcaban lentamente hacia el río.

Por efecto de lluvias torrenciales, el bajo solía inundarse transitoriamente, antes de verter su caudal en el Salado, pero el fenómeno era de corta duración, salvo que el río acusara un nivel muy alto, como ocurrió en la extraordinaria creciente del año 1914 y parte de 1915, cuando las aguas cubrieron mas de la tercera parte de la superficie del campo.

El efecto de erosión causado por las aguas pluviales es visible en el flanco Sud, hasta la Loma, donde la capa de tierra negra es de poco espesor o falta del todo en determinados manchones, dejando al descubierto el subsuelo gredoso y toscas redondeadas.

La primera napa acuífera subterránea parece no guardar estricto paralelismo con la superficie. Así, p.ej, en el pozo de Las Casas, situado entre la Loma y el Bajo, pero más cerca de este último, el agua está a 11 metros de profundidad, mientras que en el pozo abierto en el mismo Bajo, solo a 6 metros de la superficie. Durante la creciente aludida, el nivel del agua de este último pozo se elevó hasta menos de tres metros del brocal. Tan es así, que recuerdo perfectamente haberlo utilizado como piscina, en compañía de mis hermanos mayores, para darnos un refrescante baño, turbando la tranquilidad de las ranas y sapos que habitaban en el pozo, cuyo diámetro de unos tres metros nos permitía nadar circularmente, sin pensar que el fondo estaba cinco metros mas abajo. Debo aclarar que nuestros conocimientos sobre natación eran muy rudimentarios en aquel entonces. Por simple imitación a los animales y casi instintivamente, los cuatro hermanos aprendimos sostenernos a flote y avanzar lentamente al estilo "perrito". Esto nos bastaba para creernos émulo de los peces, pues coraje, a veces rayano a la temeridad e inconciencia, no nos faltó nunca para emprender esas pequeñas, pero imprudentes aventuras de nuestra infancia y adolescencia. Salvo heridas y accidentes de poca monta, es necesario reconocer que la sacamos aliviada de todos los peligros corridos en esos años de vida campestre.

La hidrografía de la propiedad está representada esencialmente por el tantas veces mentado río Salado, límite natural con otras

estancias situadas al Oeste. Además existen dos esteros, próximos a la costa del río; un embalse de agua dulce, el Tajamar, con una represa rústica que retiene las aguas de una de las cuencas tributarias del Salado; y tres pequeñas lagunas, denominadas: Enrique, Nagel y de los Talas. De ésta última, adyacente a los famosos Talas, me ocuparé en especial mas adelante. Las otras lagunitas se originaron como resultado de cavas hechas para la extracción de material arcilloso, destinado a la elaboración de adobes, con los cuales los colonos arrendatarios construyeron sus viviendas. En la época del relato (1912), solo quedaban las lagunitas y un grupo de paraísos en los lugares donde residieron los agricultores. Apenas vestigios de taperas acusaban la otrora vivienda de numerosa familia.

El río Salado y sus aledaños fueron siempre para nosotros los lugares de mayor atracción. Aparte de sus encantos naturales, este río tiene un incentivo de misterio y de peligro. Los remansos profundos y traicioneros en cada una de sus cerradas curvas; los pantanos disimulados; los yacarés, las rayas y los feroces dorados; los casos frecuentes de personas ahogadas; las crecientes y bajantes; las leyendas tejidas en torno a sucesos ocurridos en otros tiempos, etc.; eran otros tantos motivos que contribuyeron a crear en nuestras tiernas mentalidades un estado síquico definido por una mezcla de temor y anhelo por develar el misterio que rodea al tortuoso río, cuyo origen se pierde en los confines de la República.

En el plano I he procurado reproducir, en base a mis recuerdos, el recorrido del Salado lindante a nuestra propiedad. No se ha exagerado en lo más mínimo las curvas cerradas del cauce, que en algunos lugares forman verdaderas penínsulas. El cauce está limitado por barrancas a pique en su mayor parte, de 6 a 8 mts de altura desde la plataforma hasta el lecho del río. De trecho en trecho (en el plano figuran tres), la barranca está cortada por profundos zanjones, que se abren tierra adentro en forma de abanico, perfilando pequeñas cuencas que recogen las aguas pluviales de zonas vecinas.

Durante las avenidas del río, las aguas invaden los zanjones inundando los bajíos, donde depositan el limo arcilloso que transportan. Al retirarse las aguas y desecarse la superficie, la contracción de la arcilla provoca el cuarteado característico de esos lugares, donde la vegetación es prácticamente nula, exceptuado

algunos árboles de raíces profundas, El sedimento puede adquirir espesores considerables en ciertas partes, y entonces, mientras se mantienen húmedos, constituyen traicioneros pantanos, en los cuales no es raro encontrar osamentas de incautos animales que intentaron cruzarlos.

En época de bajante afloran bancos de arena en el lecho del río, y en los llamados "pasos" se lo puede cruzar caminando. Cuando el río lleva poca agua, el sabor amargosalado del mismo es mas pronunciado, debido a la concentración de las sales, constituidas principalmente por cloruro de sodio y sulfatos alcalinos y alcalinotérreos (amargor). La ingestión de ese agua provoca transtornos intestinales, pero con el río alto, los animales pueden utilizarla a falta de otra mejor.

En las grandes crecientes, cuando las aguas salen de su cauce, el panorama cambia por completo. Amplias extensiones de tierra se transforman en lagos, salpicados de aparentes islotes verdes, que no son otra cosa que las copas emergentes de añosos algarrobos y cinas.

En la ya citada supercreciente de 1914-15, el nivel del agua sobrepasó en varios metros de altura las barrancas del río, que de 60 a 80 mts de ancho normal, se extendió a uno y otro lado por mas de un quilómetro en ciertos lugares. El bramido de las torrentosas aguas al atravesar los montes de chañares se percibía desde el casco de la estancia. Cuando soplaba viento contrario al sentido de la corriente, el espectáculo se hacía imponente por el oleaje y fragor de los elementos desencadenados. Como esta creciente se produjo dos años después de la temporada a que se refiere este relato, y los hechos ocurridos en aquella emergencia pueden ser objeto de otro escrito, no quiero insistir sobre este memorable acontecimiento.

Tajamar

Digamos algo sobre el Tajamar, ese pequeño lago artificial que ocupa un lugar destacado entre los recuerdos de nuestra infancia. No existe constancia de la fecha, pero probablemente entre los años 1902 y 1903, fué construida una represa en uno de los

zanjones de la cuenca tributaria del río, la mas importante y central dentro de la propiedad (Ver plano I). La feliz iniciativa de nuestro padre e hijos de sus primeras nupcias, de embalsar aguas pluviales con el objeto de disponer con carácter permanente agua potable para la hacienda del extenso potrero de la costa, tuvo el mayor de los éxitos. La topografía del terreno se prestaba en el sitio elegido: Barrancas del río elevadas y a pique; garganta profunda del zanjón y relativamente estrecha; cuenca extensa, continuación de la hondonada E-O del campo.

La represa se emplazó a unos 25 mts de la desembocadura del zanjón. En su construcción se utilizaron troncos de árboles estivados transversalmente al dique, alternando con capas de tierra apisonada. Algunos postes clavados verticalmente servían de refuerzo al rústico dique, que resistió mas de diez años.

Aprovechando las excavaciones para el relleno, se libró un vertedero lateral que no permitía elevar el nivel del agua hasta la cima del dique, prevención sin la cual hubiera sido demolido en la primer lluvia torrencial, al desbordar las aguas por sobre la represa. Por descuido en la conservación del dique con aportes periódicos de tierra, se produjo una pequeña perforación, que en el término de pocos días u horas tal vez, el chorro fué carcomiendo la precaria construcción hasta transformarse en torrente impetuoso, que arrasó con toda la represa. Nadie fué testigo de la ruptura del dique, ocurrida durante una noche tormentosa, a mediados del año 1913. Debió ser todo un espectáculo. La desaparición del Tajamar fue descubierta por uno de mis hermanos mayores durante una recorrida a caballo por la costa, quien informó del desastre con la pena y asombro reflejados en su rostro. Es verdad que el Tajamar ya no desempeñaba por entonces el importante papel de ser el único bebedero de la zona, por cuanto se había hecho una perforación pocos años atrás, con abundante agua potable semisurgente, a unos 800 m. de la costa, provisto de molino a viento automatizado y tanque australiano, que oficiaba de bebedero para el ganado de los dos potreros de la costa. Ese tanque nos servía de piscina también.

No obstante, la desaparición del Tajamar fue muy lamentada por nosotros. Era el lugar obligado de los picnics en la costa, por el agua potable disponible. Allí se practicaba la pesca de mojarras y otras especies de peces que fueron sembrados desde la formación del

embalse. La caza de aves acuáticas, en particular patos crestones y franciscanos que tenían preferencia por el Tajamar, era un atractivo de primera línea, Además, allí aprendimos los rudimentos de náutica, remando en una de las dos canoas que teníamos en uso. La otra, de mayor tamaño, se utilizaba en el cauce del río para la recorrida de los espineles. Por último, durante el verano, el Tajamar nos servía de balneario. Sin otra vestimenta que un sombrero de brin para proteger la cabeza de los rayos solares, nos solazábamos chapoteando en sus tranquilas aguas.

La represa no fué reconstruida, y en ello hubo acierto, pues de haberse ejecutado, la excepcional creciente del año 14 la hubiera arrasado indefectiblemente.

Es lamentable que no existan fotografías del Tajamar ni del rústico dique.

Lo mas aproximado que se dispone es la **Foto 2** (reproducción) donde aparece nuestro padre simulando tomar mate en una lata de mostaza en polvo, sentado en la puerta del precario refugio construido en las proximidades del tajamar, por el costado sud.



Fotografía 2

La foto original fue tomada en el año 1906 por un primo de mamá y reproducida 57 años después de una copia virada al oro en perfecto estado de conservación, confirmando la excelencia del material y correcto procesado de laboratorio por un simple aficionado a la fotografía. Por singular coincidencia, cuando fue tomada la foto, papá tenía 57 años de edad.

Esteros

Dejemos ahora el tajamar para referirnos al Estero del Norte. Así como es de acogedor y apacible el tajamar, el Estero grande, situado dentro de un arco que forma el río, representó la contraparte salvaje e inhóspita de la costa. Es un bañado con agua permanente, sin comunicación visible con el río, pero cuando este crece, el nivel del agua en el estero se eleva, siguiendo las fluctuaciones de aquel. Sin embargo, durante las bajantes sostenidas, el estero mantiene un nivel superior al del río, indicando con ello que el flujo y reflujo se establece a través de una capa permeable del subsuelo, pero por debajo de esta existe otra impermeable, que recubriendo el fondo del bañado le permite mantener un nivel mínimo de agua, independiente del río. Esta estructura del suelo explica la menor salinidad del agua en el bañado por el aporte pluvial, que ocasiona una especie de lavado del estero con agua pura. Durante las crecientes el reflujo se produce, pero entonces las aguas del río son menos salinas y además, el filtrado por el suelo permeable contribuye, a reducir la concentración debido a la retención de sales por parte de los coloides presentes. No creo necesario extenderme en estas consideraciones de orden técnico para explicar la diferencia de composición entre el agua del Salado y del estero, no obstante su intercomunicación, pues lo apuntado basta para comprender el porque de una exuberante vegetación acuática, que no prospera en el río. En efecto, internarse en el estero es como penetrar en una jungla tropical. Predomina la "totora", especie de junco, con sus varas de tejido esponjoso emergentes hasta tres metros sobre el nivel del agua, cubierta ésta cual mullida alfombra verde por camalotes y otras especies de plantas flotantes. El agua apenas se

descubre en pocas desgarraduras de la flotante alfombra, ocasionadas por el paso de animales o por el viento. Las varillas de totora se utilizaban para el techado de ranchos y ramadas, incluso para formar las paredes de rústicos refugios, como puede apreciarse en la Foto 2. La persistente y abundante vegetación del estero hacía de éste el centro de atracción de una nutrida fauna herbívora de costumbres acuáticas, que a su vez eran suculentos bocados de carnívoros, de aficiones náuticas, incluso el hombre. Las frecuentes cacerías en épocas anteriores terminaron con algunas especies del estero, entre ellas el yacaré, el carpincho y la nutria. Notables por su gran tamaño eran las ranas del Estero Norte. También habitaban algunos peces, procedentes sin duda del Salado, en alguna salida de su cauce.

Lo mas llamativo es la variedad de aves residentes en el estero. Al margen de las típicamente acuáticas, como gallitos de agua, becasinas(chorlitos), gallaretas, chajás, biguás, etc, pequeños pájaros, no habituales en los montes próximos, encontraron allí alimento y protección de sus nidos, suspendidos en las totoras y chilcas, contra la voracidad de animales terrestres, golosos por los huevos de aves indefensas. Entre los recuerdos perdurables de mi niñez, pocos conservo tan vivos como la colección de huevos de pajaritos *-vaciados y ensartados en un hilo-* que nuestros medio hermanos habían recolectado en el Estero Norte. Eran un primor por el colorido y dibujos superficiales que presentaban. Nunca más he visto otros iguales.

Finalizando con la descripción del estero grande, cuya profundidad en algunos puntos es lo suficiente como para que el caballo no pise fondo, deseo agregar dos palabras sobre las "luces malas". Nos contaron que durante las cacerías nocturnas de ranas supieron observar allí fuegos fatuos desplazándose sutiles sobre los flotantes vegetales. En verdad, este fenómeno pudo ocurrir por efecto de las fermentaciones anaeróbicas en un medio tan rico en materia orgánica, con producción de fosfina, causante de la luminiscencia por inflamación espontánea en el aire.

El Estero chico o del Sud es de reducidas dimensiones, con aspectos similares al anterior, pero poco profundo y de origen exclusivamente fluvial.

Montes

Veamos ahora otro aspecto de nuestro campo, que desempeñó un importante papel en nuestras andanzas por el mismo. Me refiero a los bosques o montes, que cubren buena parte de la propiedad.

En el Plano I se ha intentado representar aproximadamente la ubicación y densidad de los montes en la época de este relato, mediante punteado verde. El monte más tupido y extenso, abarcando prácticamente todo el ancho del campo, se encuentra en la costa, pero a cierta distancia del río. El espacio comprendido entre éste y el linde del monte costero está en su mayor parte cubierto por matas compactas de espartillo, planta herbácea de hojas (¿o tallos?) aciculares, terminadas en una punta recia, cuyas "caricias" dejan huellas rojizas en nuestras desnudas pantorrillas cuando cruzamos a caballo por esos matorrales.

En el monte de la costa predomina el Chañar, árbol espinoso, no muy corpulento, perteneciente a la gran familia botánica de las leguminosas. El fruto del chañar, similar a la aceituna pero de color amarillo cuando maduro, posee un mesocarpio azucarado, que gustamos comer. En una ocasión abusé del fruto de chañar, que me produjo repugnancia (empacho) y desde entonces jamás pude probarlos de nuevo. Por sus recias espinas, ramas bajas y proximidad de los árboles entre sí, los montes de chañar costeros son impenetrables en ciertos lugares, aun a pié. Es todo un problema arrear vacunos cuando se ganan en lo tupido de estos montes. Solo con el auxilio eficaz de los perros, se hacía posible sacarlos a los claros. Por su forma, con cierto parecido a los pinos, el chañar era el preferido para armar nuestro clásico arbolito de Navidad, pese a sus recias espinas.

En el monte de la costa, como también en el resto del campo, la opulenta figura del algarrobo con su copa semiesférica se destaca entre los demás árboles. Es el "patrón" de aquellos montes por la corpulencia y reciedumbre. Algarrobos de más de 50 años y posiblemente centenarios los hay numerosos. Su fruto (vaina) de sabor dulce y astringente es comestible, muy apetecidas por las vacas, que estiran sus cuellos para alcanzar las vainas pendientes de las ramas. Nosotros gustamos "chicar" algarrobo, escupiendo la mascada secante del intestino.

Su pariente cercano, el Ñandubay, del mismo género botánico

(Prosopis, de las leguminosas), abunda también en estos montes. Sus troncos, de madera dura e imputrescible, se utilizan como postes para alambrados, y los retazos, como excelente combustible de cocina. Sus vainas son de sabor ácido, pero no despreciadas, para chicar.

Sobre la misma costa del río, el árbol más común, además del algarrobo, es otra leguminosa de flores amarillas, la Cina-Cina, resistente a las inundaciones.

Algunos pocos ceibos ponen su nota de color al florecer y los aromitos silvestres perfuman el ambiente de esos montes salvajes, donde los cactus (tunas, pencas) se llevan la palma de agresividad por sus largas y agudas espinas. A propósito, en la palma de la mano derecha, hacia la base del pulgar, llevo un recuerdo permanente de Rincón Avila. Una espina de cactus se clavó profundamente en dicho lugar y al romperse quedó la punta de unos 5 mm de largo incluida en un músculo. Con el tiempo se formó un quiste, fusimorfo, que allí perdura sin ocasionar molestias desde hace más de 50 años. Considero oportuno agregar algo más relacionado con las espinas. Desde que amainaban los rigores del invierno, lo normal en nosotros era "andar en patas". La piel de la planta de nuestros pies, por su espesor y curtido, desempeñaban el rol de suelas, y en ellas incrustadas, un muestrario de espinas representativas de la flora rinconavilense. Periódicamente nos sometíamos a la curiosa operación de extraernos las espinas de los pies. Como la postura resulta un tanto forzada cuando se la practica uno mismo, habíamos establecido un convenio de reciprocidad entre los hermanos. Mientras uno actuaba de improvisado pedicuro, provisto de un alfiler como único instrumento, el otro hacía de paciente recostado en una cama, previa una buena cepillada con agua y jabón. Luego se invertían los papeles.

Entre las lianas silvestres más comunes, que visten algunos árboles y tupen alambrados, merecen destacarse el Tasi planta anual con abundante látex, al que los paisanos le atribuyen la virtud de curar las verrugas. Las semillas tiernas de su fruto verde, arrugado y piriforme, es comestible, por lo menos para nosotros.

El Mburucuyá (pasionaria), en cuya bonita flor cerúlea la imaginación popular distingue la corona de espinas y los clavos del Cristo crucificado. Su fruto maduro, de color amarillo, tiene una pulpa tierna dulzona, que no despreciamos. La Zarzaparrilla, de

pequeños frutos rojos, que al madurar viran al blanco y se abren como en una segunda floración, dejando la semillita negra a la vista. Es otro de los frutos comestibles para nosotros, de sabor agrídulce. ¡Que de vitaminas habremos ingerido comiendo toda esa variedad de frutos silvestres! La zarzaparrilla tiene otro interés para nosotros. Su tallo está abundantemente provisto de vasos leñosos. Cuando secos, cortados en trozos de varios centímetros, lo usamos como sucedáneos de cigarros, pues “tiran” bien manteniendo la brasa, y quizás menos dañinos que los legítimos.

En nuestros montes existen otras especies arbóreas, además de las mencionadas. Entre ellas, el mal llamado quebracho blanco o Sombra de Toro(?), hermoso árbol de tallo recto y hojas coriáceas, romboideas, terminada en espina. Su tronco es muy apropiado para vigas y columnas en la construcción de viviendas.

Más raros son los Sauces y Ombúes. Una particularidad del ombú (*Phytolacca dioica*), aparte de su tallo de estructura anormal que lo identifica a una planta herbácea gigante, consiste en su reproducción. Sus flores son monosexuales y en pies distintos, o sea que hay ombú macho y ombú hembra, lo cual dificulta la fecundación si no están próximos entre sí.

La polinación se efectúa por acción del viento o con intervención de pájaros o insectos, pues cuesta imaginar que el ombú macho visite a su amada para unirse en fecundo abrazo. Esta característica del ombú se presta para idear una leyenda, en la cual se castiga a dos amantes con una maldición que los convierten en dos ombúes, y desde entonces el galán debe contentarse con enviar a su adorada ardientes besos en pos del viento y materializar el amor con intervención de terceros ¡el eterno triángulo! ya sean aves canoras, avispas zumbonas, sin despreciar el repugnante moscardón.

Los Eucaliptus y Paraísos de Las Casas y ex-viviendas de colonos no son autóctonos.

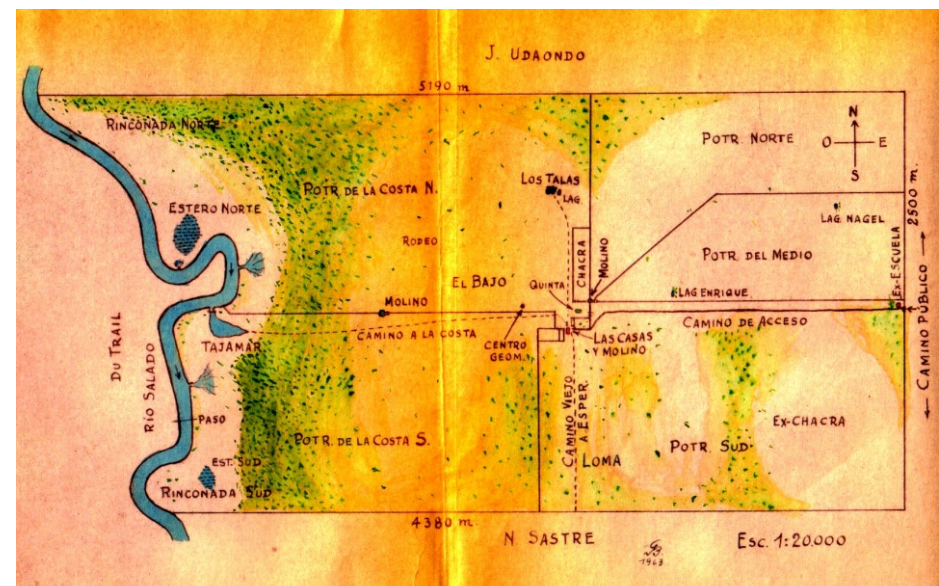
Los Talas

Expresamente, he dejado para lo último la mención de otro árbol: el tala (*Celtis tala*, familia de las ulmáceas). Es un árbol de tallo mas bien corto, de modo que su tupido y espinoso follaje llega casi al

suelo. Cuando escribo “Los Talas”, con mayúscula, me refiero a un grupo de talas gigantes que existe en nuestro campo y llamó la atención de cuantos lo conocieron, por la altura de sus gruesos tallos y extensión del follaje. Sus retorcidos troncos están firmemente sostenidos por robustas raíces, en parte descubiertas, que se abren sobre el suelo cual garras de monstruosas águilas.

Los Talas, que impusieron el título a este escrito, están ubicados a unos 800 metros al norte de Las Casas (ver Plano I) a la vera de una lagunita y en un lugar donde no existen muchos árboles próximos. Su maciza e imponente figura se destaca desde lejos, pero es necesario acercarse y penetrar en ese palacio vegetal para apreciarlo en toda su magnitud. Insistiremos mas adelante sobre este regalo de la Naturaleza.

Plano I (Estancia)



CAPÍTULO III - DESCRIPCIÓN DE LAS CASAS

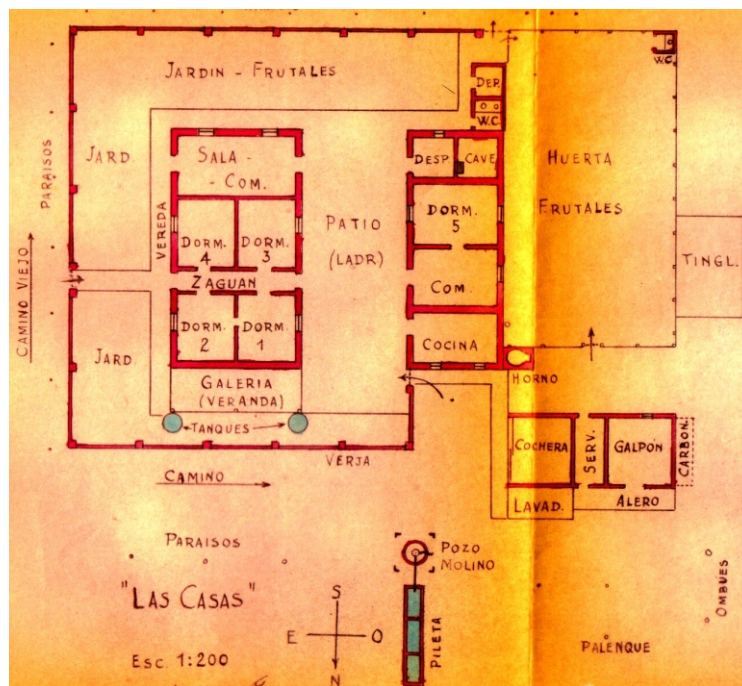
Es hora de dejar el monte y llegarnos a Las Casas o casco de la estancia. **El Plano II** permite apreciar en planta, el número, tamaño y disposición de las habitaciones y anexos. Ubicada entre la Loma y el Bajo, un poco más al sud y al este del centro geométrico de la propiedad, Las Casas fueron construidas a principios del siglo XX. Los dos cuerpos independientes del edificio principal fueron levantados bajo la dirección e intervención directa de nuestro padre, carpintero de oficio y con amplios conocimientos prácticos de albañilería.

La defectuosa **Foto 3** (reproducción), tomada en 1909, es la única que se dispone para mostrar el conjunto de las dos casas principales, vistas desde el norte. El fotógrafo (?) no ha estado muy feliz en la toma, con un primer plano descuidado, cruzado por alambres flojos y una puerta desvencijada abierta, pero en parte



Fotografía 3

Plano II



se salva por la presencia del famoso Schotis, el perro que vivió dos veces. En la veranda posa el Tuti, el benjamín de los “cuatro mosqueteros”, que no pudo figurar en la Foto 4 por retraso de la cigüeña.

Las Casas fueron construidas con los siguientes materiales: Muros de mampostería común; reboque de cal y arena; pintura interior a la cal; piso de baldosas en todos los ambientes principales. Patios y veredas circundantes enladrilladas. Cerco con pilares de mampostería y alambre tejido. Las dependencias y galpones, también de mampostería, con techo de “cinc” y piso de ladrillo.

Rodeando las casas, plantaciones de paraísos y algunos eucaliptus por el lado sud. Estos eucaliptus alcanzaron gran altura, pero excepto uno, fueron derribados o desgajados por las fuertes tormentas que solían azotar la región. En cierto modo actuaban de pararrayos, o mejor dicho, de “atraerrayos”.

Una mañana estábamos trabajando con Luis en la galería del galpón mientras se desencadenaba una fuerte tormenta. De pronto, un vivísimo fulgor simultáneo al chicotazo seco que hizo temblar el piso, nos dejó paralizados de terror por unos instantes. Luis, que tenía en sus manos una tenaza, recibió una descarga

eléctrica inducida que le hizo despedir con violencia la herramienta. Repuestos del susto, corrimos hacia la cocina, donde nuestra madre, que era temerosa de las tormentas, nos abrazó temblando. El rayo había partido longitudinalmente a uno de los eucaliptos, situado a 30 metros escasos del lugar donde estábamos trabajando.

El temor a los rayos que exteriorizaba nuestra madre era justificado por dos sucesos que la impresionaron profundamente. El primero ocurrido en su juventud, en Europa. En una noche tormentosa con fuertes descargas eléctricas falleció la madre de ella, nuestra abuela. El segundo, si bien no fue testigo del hecho, acentuó su temor por los rayos. En una estancia ubicada en el paraje denominado "Media Luna", sobre la costa del Salado, residían sus dueños, una familia numerosa de apellido Alegre, emparentada políticamente con la nuestra. En el año 1906 durante la mañana de un día tormentoso, Emilio y varios hermanos arreaban una tropilla de vacunos; el padre los seguía conduciendo un birloche. Un rayo en seco fulminó a Emilio a la vista de su padre y hermanos. Poco tiempo después de tener conocimiento del luctuoso suceso, mis padres fueron de visita, llevándome consigo. Tenía entonces seis años, pero recuerdo perfectamente la consternación de la madre del pobre Emilio, al narrar anegada en llanto la desgracia acontecida. Este accidente fatal impresionó vivamente a mi madre. Prosigamos con la descripción sumaria de Las Casas e instalaciones anexas. La cerca que rodea por tres lados la edificación principal tiene tres puertas de acceso (Plano II) La del Este, frente al zaguán de la casa mayor, es la entrada principal pero poco utilizada por encontrarse sobre un camino en desuso. Más empleado es el portoncito ubicado al terminar la verja, contra la pared de la cocina. Un resorte mantiene cerrado el portón, pero esto no es problema para los mañosos perros, que entran y salen a voluntad, mientras no esté corrido el pasador. Por el costado Sud, al extremo derecho de la verja, hay una puertita falsa que da directamente al campo, utilizada para evitar un largo rodeo, y a veces para salir furtivamente cuando no se había llenado el trámite del permiso ante los padres.

La casa mayor comprende cinco ambientes y un zaguán estrecho que comunica con los cuatro dormitorios.

La habitación denominada Sala es en realidad el comedor principal

actualmente (1912), donde además hay un viejo piano y varios muebles accesorios. En un principio fue sala de billar, juego al que era muy afecto nuestro padre.

Nota.- *Cuando nos radicamos en Santa Fe (Agosto de 1915) papá reanudó su actividad billarística a los 66 años de edad. Casi todas las noches hacía su partido de carambolas o de casin con jóvenes concurrentes a los cafés de la plaza España, a veces conmigo, afición que mantuvo hasta 8 días antes de fallecer (1920).*

Los dormitorios 1 y 2, comunicados por una puerta sin batientes, los ocupan mamá y papá respectivamente. En el N° 2 hay también un escritorio y biblioteca. Huele fuertemente a tabaco, pues nuestro padre es fumador empedernido, tanto en pipa, como de cigarros y cigarrillos. Nuestro abuelo materno también lo fue. No es de extrañar que los cuatro hayamos heredado o adquirido ese vicio pernicioso.

El dormitorio N° 3 está destinado a las visitas del sexo femenino. Tiempo atrás fue la habitación de soltera de nuestra media hermana María, hasta su casamiento, efectuado en 1908. Desde entonces quedó amueblada tal cual la dejara ella, siempre lista para alojar las parientas o amigas que venían a pasar temporadas con nosotros.

En el dormitorio N° 4 hay dos camas, ocupadas normalmente por el Tuti y yo. Además, es la pieza de costura. El tabique existente entre las habitaciones 3 y 4 no alcanza al techo, de modo que cuando está ocupada el cuarto de visitas, debemos cuidarnos en el habla y de otras expresiones ruidosas. Las ventanas de los 4 dormitorios están provistas de tela metálica.

El costado norte de la casa mayor se prolonga con una galería o veranda (Foto 3) con mesa y bancos, donde se suele cenar en los días templados. Cuando hace calor, y con el objeto de aprovechar más tiempo la luz natural vespertina, se traslada la mesa al patio, entre las dos casas, el lugar más fresco al anochecer. Dos depósitos cilíndricos de mampostería y cemento, situados en las esquinas de la veranda, sirven para acumular el agua llovida sobre el techo de la casa mayor, que se destina a ciertos usos especiales, pues si bien el pozo suministra agua potable, es bastante dura y algo salobre. La parte cubierta con tejas de la casa chica abarca

dos habitaciones, y como dependencias, la Cocina al norte y el "Sótano" al sud.

En la cocina, además de los muebles, artefactos y enseres corrientes, hay una batea de madera con tapa, donde semanalmente se hace la masa para el pan, empleando como levadura una porción reservada del último amasijo. La cochura del pan, tortas, empanadas, etc., se hace en un horno primitivo semiesférico, de mampostería y revestimiento aislante de barro, bosta y paja, ubicado exteriormente, próximo a la cocina. Primero se llena el horno con leña liviana que produzca mucha llama. Se enciende y regula el tiraje para asegurar una buena combustión y calentamiento adecuado. Se retiran luego las brasas y cenizas del piso del horno mediante una rasqueta especial. Esta operación, que no debe ser muy demorada, es sumamente penosa, máxime durante el verano, por el calor radiado y proyecciones de brasas. Nunca mejor que entonces resulta aplicable aquello de: "ganarás el pan con el sudor de tu frente.....y de todo el cuerpo".

De inmediato, se pasa un estropajo mojado por el piso del horno para eliminar restos de cenizas y carbonilla. El control (?) de temperatura se practica a ojo, mejor dicho a mano, introduciéndola breves instantes dentro del horno, o bien, por el tiempo de tostado de una hoja de papel. Los panes de masa levantada, con su tajo de expansión, se introducen uno por vez y distribuyen en el piso del horno, soportados por una pala chata de madera, munida de un mango largo. Esta manipulación, como también la de extracción del pan cocido, es asimismo penosa y exige pericia. Se tapa la boca del horno y vigila de tanto en tanto la marcha de la cochura.

Después de retirar los panes, con frecuencia se aprovecha el calor remanente para cocinar masitas y tortas, entre ellas una preparada con masa de pan extendida, cubierta de crema pastelera y cebolla picada, muy rica por cierto.

Nota.-*Cuando pienso que en estos trabajos rudos estaba siempre la mano de nuestra madre, muchas veces sin otra ayuda que el escaso aporte manual de muchachos de 10 a 15 años, no puedo menos que tributarle mi más cálido homenaje a su sagrada memoria. Con bastante anterioridad a la salida del sol, ella estaba de pié, lista para iniciar las numerosas y abrumadoras tareas cotidianas, no solo las estrictamente domésticas, como limpieza, cocina, lavado, planchado, remiendos y*

confección de vestimentas y tejidos, etc, etc, sino también otras de carácter industrial, a saber: ordeño de las lecheras; elaboración del pan, queso y manteca; colaboración en la carneada de cerdos, etc. Todavía le quedaba tiempo para la atención de las gallinas, recolección de huevos, cuidado de la huerta y del jardín. Era la última que se acostaba, y así durante 360 días del año, excepto un viaje anual a Franck por dos días y uno que otro paseito a Esperanza. Sus manos ásperas eran el símbolo palpable de las sacrificios y penurias estoicamente soportadas en Rincón Avila durante tres lustros, entre los 40 y 55 años de edad. Jamás la he oído quejarse del trabajo abrumador y siempre estaba bien dispuesta hacia nosotros, procurando suavizar nuestras faltas ante las reprimendas de papá, quien justo en el fondo, solía ser demasiado severo. Los retos de papá eran famosos y de una eficacia tal que nunca debió recurrir al castigo corporal para corregir nuestra conducta, desde que tuvimos uso de razón.

La cocina es el local más frecuentado de la casa. Desde el alba arde el fuego en la "económica", que se apaga recién bien entrada la noche. Primero el mate, luego el desayuno; mas tarde la preparación del almuerzo; de nuevo el mate, a veces el té y finalmente la cena.

El combustible, leña y carbón, es solo un problema de trabajo, pues el monte brinda la materia prima en cantidad ilimitada. De tanto en tanto se busca una carrada de ñandubay, algarrobo u otra especie arbórea, a menudo de acuerdo a un plan de desmonte. De la pila estacionada, refugio de sapos, arañas, ratones y otras "yerbas" con patas, se trocean con sierra y hacha hasta el tamaño adecuado a la cocina u horno. Era un trabajo de peones, pero no siempre los había o estaban ocupados en tareas más importantes, de modo que el troceado y acarreo de la leña nos tocaba con frecuencia a nosotros. Así fue como los dos mayores se iniciaron en el manejo del hacha. Ocasionalmente, también yo supe hachar leña, corriendo el riesgo de partirme un pié, pues de cada tres golpes, uno solía caer fuera del leño.

En cuanto al carbón de leña para braseros, parrillas y planchas, en un principio fue elaborado en la misma estancia por el método primitivo de carbonización en piras cónicas recubiertas de tierra y con tiraje reducido, pero dado el escaso consumo de este combustible, se optó por adquirirlo en bolsas a los carboneros de la vecindad.

María

Pasemos al comedor diario, vecino a la cocina. Un juego de muebles de construcción robusta, con profundas tallas; algunos cuadros y cromos, entre ellos uno grande representando a San Isidro roturando la tierra, con bordados a mano por nuestra media hermana María, quien, además de ser buena ejecutante en el piano, tenía excelentes aptitudes para la pintura. Lamentablemente, ella no pudo desarrollar su vocación artística en aquel medio culturalmente aislado, donde fue transplantada casi adolescente aún y del cual se retiró ya casada para trasladarse a otro campo, mas alejado todavía de la civilización. Era una mujer bonita y culta, de carácter y temple extraordinario, capaz de defenderse empuñando un revólver, que sabía manejar diestramente, así como escopetas y carabinas. De ella conservo muy gratos recuerdos.

Corte de melena.

Hasta los cuatro años aproximadamente, yo lucía una hermosa melena larga de enortijados cabellos dorados, como puede apreciarse en la **Foto 4** donde aparezco de pié entre mis dos hermanos mayores, Pablo y Luis, sentados.

En verdad, no era mal parecido de chico, pese al horrendo y amplísimo trajecito con que me encasillaron ese día, lo mismo que a mis hermanos. Tengo la impresión que esos trajes fueron adquiridos para cuando ingresáramos al colegio, pero como se presentó el fotógrafo nos encajaron lo mejorcito disponible, aunque aparentáramos astronautas sin escafandras. ¿Y que dicen de mi sombrerito, cual aureola de santo? Menos mal que no oculta mi principesca cabellera. A mis hermanos los sacaron sin las gorras (¿o panderetas?) no sé si para exhibir las peladas o porque de tenerlas puestas, ni las orejas se hubieran salvado del eclipse. La foto que comento fue tomada en el año 1903, por F. Paillet, de Esperanza. Es de suponer que poco antes de enfrentar el objetivo de la cámara me hayan peinado, operación a cargo de María y que yo detestaba por los tirones de pelo al pretenderse desenredar la tupida maraña. Tal vea sea ese el motivo por el cual aparezca con el ceño adusto en la fotografía.

Lo cierto es que poco tiempo después, antes de cumplir cuatro años, resolví liberarme del torturante peinado. Provisto de tijeras y oculto tras la casa, procedí a cortarme los bucles de oro. Creo que me dieron una flor de paliza, pero salí con las mías, pues nunca más me dejaron crecer largo el cabello. Es oportuno agregar que para el corte de pelo a los muchachos, papá oficiaba de peluquero, utilizando la máquina correspondiente. Bien quietitos y sin chistar por los tirones.



Fotografía 4

Bodas

Un acontecimiento de campanillas, relacionado con María, fue su casamiento con Amado Alegre, hermano del malogrado Emilio fulminado por un rayo. La ceremonia nupcial tuvo lugar en la misma estancia, en el año 1908. Yo tenía entonces ocho años y medio, pero si he de ser sincero, todo lo que recuerdo hoy de la fiesta se reduce al menú de la cena de bodas, lo cual indica una buena memoria gástrica, o quizás los efectos de la indigestión se hayan grabado profundamente en el archivo de mis recuerdos infantiles. El número de comensales alcanzaba a 50, que dieron buena cuenta de los platos preparados bajo la dirección de un “Chef de cuisine” contratado especialmente. Crema de arvejas con daditos de pan dorados en manteca; lomo al marsala mechado con tocino,

“garnie avec des champignons” y papas a la cucharita; pavo relleno con castañas y trufas; postres varios. Vinos blanco del Rhin y tinto Sauterne; champagne Pommery a discreción. Cigarros habanos.

Barómetro y pronóstico del tiempo

Prosigo con la Casa chica. A la entrada del comedor diario, sobre el muro Este próximo a la puerta, pende un monumental barómetro a mercurio tipo Torricelli, de procedencia suiza. Cuando pienso ahora como han hecho para trasladar ese aparato hasta el campo evitando la entrada de aire en el tubo barométrico, de construcción primitiva e inadecuada para el transporte, no puedo menos de sentir admiración por la proeza realizada. En las indicaciones del barómetro se basaba esencialmente la predicción del tiempo, asunto de mucha importancia para las faenas del campo. No se podía contar con los datos suministrados por la prensa, pues el periódico (La Nación); llegaba a Las Casas por tandas, cada vez que se viajaba a Esperanza, es decir, cada 8 a 15 días. En el pronóstico del tiempo se utilizaban además otros medios naturales que la gente de campo sabe interpretar empíricamente. Entre ellos, el aspecto del cielo durante la salida y puesta del sol; la fase lunar; el tipo de nubes; la dirección e intensidad del viento reinante; el estado higrométrico, manifestado a través de acciones fisiológicas y en productos naturales; el canto de aves, como el de la perdiz y la chuña; el comportamiento de insectos (hormigas, etc) y muchos indicios más, que sería largo enumerar.

Tormentas

Las tormentas en Rincón Avila solían adquirir inusitada violencia. A principios del año 1915, durante las últimas vacaciones que pasé en el campo, un fuerte tornado causó destrozos de consideración. Los dos molinos de viento del bajo fueron derribados cual castillos de naipes, dejando en el suelo un manojo de hierros retorcidos. Parte del techo de la casa grande fue volado, justo sobre la sala, como también el techo de un tinglado; algunas chapas de hierro

galvanizado aparecieron a más de 300 mts de distancia. Árboles desgajados y tronchados de raíz se veían por doquier.

El ciclón se produjo a media mañana, pero felizmente todos estábamos en casa, pues desde temprano el Sudoeste se mostró amenazante y la presión barométrica acusó valores extremadamente bajos, por lo cual nuestro padre ordenó suspender el trabajo y nos congregamos en el comedor diario, puesto que la casa chica ofrecía mayores seguridades por su menor altura. La obscuridad reinante (eran las 10 de la mañana), el silbido del huracán y el estrépito de las tejas y de otros objetos volados como hojas de papel nos hicieron vivir instantes de hondo dramatismo. Pese al pánico del momento, confieso haber disfrutado del formidable espectáculo que nos brindaron ese día los elementos desencadenados.

Dormitorio N° 5

Dejemos los temporales para internarnos en el dormitorio de los muchachos (N° 5 del Plano II) que se comunica con el comedor diario, pero sin puertas al exterior. En cambio, hay dos ventanas, sin rejas ni tela metálica, las que franqueamos con suma frecuencia, particularmente la del Oeste, sobre la huerta, para evitar el paso por el comedor, más bien con el fin de escamotear nuestras personas que de acortar camino.

En la época de nuestro relato, esta habitación la ocupan los dos hermanos mayores. A menudo se tiende una tercera cama o catre. ¡Las trifulcas que sabemos armar en esa pieza! Incluso hacemos parodias de representaciones teatrales. En tal caso, el dormitorio se transforma en escenario y el o los espectadores, nunca más de dos ya que por lo menos dos de los cuatro hacen de actores se disponen en el comedor, próximos a la puerta de intercomunicación, que oficia de telón. Casi siempre estas seudorepresentaciones terminaban en batallas campales con almohadones y otros objetos como proyectiles.

Armas

Lo más destacado de la habitación es un tablero mural con las armas largas sujetas. Figuran allí fusiles, escopetas y carabinas de diversos calibres, algunas anticuadas y en desuso, tal como un máuser paraguayo con bayoneta. No podía negarse el origen suizo de la familia por la afición a las armas de fuego y tiro al blanco. En el tablero no aparece el "Martín", famoso fusil suizo de precisión, que papá guarda celosamente en su dormitorio, debidamente enfundado. Algunas de nuestras armas aparecen en la **Foto 7**.

A propósito de armas y tiro al blanco, estimo de interés referirme al Stand para tiro con fusil de guerra, que nuestro medio hermano Pedro instaló en la estancia con el fin de practicar aquel deporte. Nunca supe en virtud de que privilegio o maniobra sutil consiguió un fusil máuser del ejército argentino, y lo que es más sorprendente, obtenía gratuitamente la munición contra entrega de las cápsulas vacías, además de los blancos reglamentarios. A 300 mts del alero del galpón, en dirección al Norte, se instaló el blanco sobre bastidor doble tipo guillotina, con el foso para el marcador y espaldón de tierra destinado a la retención de las balas. Como la munición del máuser también calza en el Martín, se disponía en realidad de dos fusiles para el tiro al blanco.

Yo tendría poco más o menos siete años por aquel entonces y el máuser era demasiado fusil para mis fuerzas. No obstante, recuerdo que me enseñaron el manejo del arma y me permitieron hacer algunos disparos, convenientemente apoyado. Demás está decir que el retroceso (culatazo) de cada disparo me sentaba de "cola" en el suelo. Fueron mis primeros tiros con fusil de guerra, que por tantos años practiqué luego siendo mayor, hasta que un defecto visual me obligó a dejar el tiro de precisión. Nunca alcancé la categoría de gran tirador, pero sí lo bastante como para integrar equipos en concursos nacionales y ganar numerosos premios individuales, lo mismo que mi hermano menor Emilio. Los dos hermanos mayores, en particular Luis, se dedicaron de preferencia a las armas de caza, escopetas y carabinas. Papá fue también un buen tirador. Conservo una hermosa copa de plata conquistada por él en un campeonato, organizado por la "Société de Tir Suisse", de Buenos Aires, realizado en el año 1892, con motivo del vigésimo aniversario de la fundación de aquella sociedad.

Pedro

Nuestro medio hermano Pedro era un excelente tirador, como en todo lo que se proponía hacer bien, pero por desgracia, no supo utilizar debidamente sus extraordinarias aptitudes manuales e inteligencia privilegiada. Fue un aventurero en el más amplio sentido de la palabra con ponderables virtudes y grandes defectos, el mayor de los cuales a mi juicio, era su inconstancia en todo lo que emprendía. Su vida fue un cúmulo de contradicciones oscilantes entre el bien y el mal, como el prototipo de la duplicidad humana descrita en el "Hombre y la Bestia", pero sin transfiguraciones corpóreas. Por el contrario, su físico era muy atractivo en cualquier circunstancia, irradiando esa simpatía innata que unido a su don de gentes, le valió muchas conquistas entre las mujeres, no obstante conocerle sus pillerías. De muchachos, nosotros lo queríamos mucho y admirábamos más, pese a los tremendos y frecuentes disgustos que sus andanzas y fechorías ocasionaban al padre. Con nosotros siempre se mostró cariñoso, y el ejemplo de su audacia y coraje a toda prueba nos sirvió para templar nuestros espíritus ante las contingencias que ofrece el campo agreste. Pedro era capaz de cualquier cosa, desde el esfuerzo físico más inverosímil hasta el enfrentamiento de un peligro mortal, con una imprudencia rayana a la locura, exponiendo su vida y a veces las de sus acompañantes. Por ejemplo, él gozaba conduciendo un vehículo a sangre a pocos centímetros de la barranca a pique del río Salado, ante los gritos angustiosos de las damas ocupantes del coche. Lo he visto tomar de la cola a una serpiente ponzoñosa y cuando ésta acercaba su cabeza a la mano para clavar los mortíferos colmillos, él tiraba bruscamente hacia arriba provocando un "chicotazo" que desarticuló la columna vertebral del ofidio, dejándolo inerte. Montado a caballito sobre sus robustas espaldas, era juego de niños para él cruzar el río Salado, siendo nosotros muchachos de 4 a 6 años de edad. Otra vez, mientras un hermano tiraba con la carabina 22, Pedro colocaba una mano delante del caño para que la bala pasara por dentro del anillo formado con el pulgar e índice. Tres veces por lo menos intentó suicidarse, por amores contrariados o problemas familiares. Yo era muy niño todavía y solo llegaron a mi conocimiento por comentarios posteriores. Es posible que no todas las tentativas fueron llevadas a cabo con el propósito

de quitarse la vida, sino más bien para causar profunda impresión. Sin embargo, expuso la vida concientemente, como quien juega a cara o cruz. En una de ellas se disparó un tiro de revolver en el pecho. La bala pasó a un dedo del corazón y estuvo al borde de la muerte. En otra ocasión ingirió bicloruro de mercurio. Se salvó por un pelo, pero sus riñones quedaron resentidos por el resto de su vida, y es probable que esa lesión haya contribuido a llevarlo prematuramente a la tumba, pese a su físico poco común. La otra tentativa fue menos riesgosa, según tengo entendido. Se encerró herméticamente en un excusado y encendió papeles con el fin de morir por asfixia.

No es mi propósito hacer la biografía de Pedro, que podría llenar un grueso volumen y sería desviarme del relato en sí. Por otra parte, desconozco o he olvidado mucho de su vida aventurera, llena de episodios que el lector mejor dispuesto lo tomaría como producto de una imaginación tropical.

Baste señalar algunos hechos y actividades a lo largo de su azarosa existencia para dar una pálida idea de su díscolo comportamiento. Nació en San Carlos (S.Fe) y siendo niño aún residió con la familia en Ginebra (Suiza) por un tiempo. De nuevo en la Argentina, estuvo internado en un Colegio de Esperanza, donde sus escapadas nocturnas del establecimiento hicieron época. Cuando nuestro padre se afincó en el campo, por el año 1901, llevó a seis hijos, tres de la primera esposa, entre ellos Pedro, y tres del segundo matrimonio (Emilio no había nacido). En Rincón Avila, Pedro se inició en los trabajos rurales, alternando estas ocupaciones con las conquistas amorosas entre las muchachas de la vecindad. Líos de faldas y las perspectivas de nuevos horizontes lo alejaron del campo. Papá le costó un viaje a Europa, de donde nos trajo soberbios juguetes a cuerda (vapor artillado, submarino, dos automóviles), de construcción francesa y lujosa presentación.

Luego de su regreso, organizó con varios amigos una expedición para la caza de nutria salvaje, remontando en dos canoas el río Salado hasta más arriba de San Justo. Trajeron muchas pieles, pero la mayoría se echaron a perder y comercialmente la empresa fue un fracaso. A partir de esa época, las actividades de Pedro fueron el acabado ejemplo de su característica inconstancia. Se casó en Santa Fe con una hermana de un farmacéutico, actuando como ayudante de farmacia. El matrimonio tuvo tres hijos, pero al

cabo de unos años sobrevino la separación. Fue vista de Aduana en Bahía Blanca y Buenos Aires; representante de vinos y champagnes franceses; empleado bancario y profesor en el Colegio Nacional. De todos los empleos renunciaba o lo retiraban. Regresó al campo, ya casado y con hijos, donde se dedicó por una corta temporada a la avicultura y apicultura. Poco tiempo le duró esa afición. Después de separarse de su esposa, se estableció en San Cristóbal con otro hermano. Allí desplegaron diversas actividades, desde empresario de cine hasta caricaturista, sin mencionar otras de dudosa legalidad. La Fotocopia 5 reducción a un tercio del dibujo original en colores, es una caricatura del padre, de notable parecido y dibujada de memoria por Pedro. Más tarde actuó como caudillo en el partido Radical encabezado por el Dr. Mosca, quien al asumir la gobernación de la Provincia, lo hizo designar para un cargo político en una pequeña localidad próxima a



Fotografía 5

San Justo, donde se desempeñó como comisario, juez de paz y funcionario demográfico. Formó una nueva familia y su compañera le dio varios hijos. Esta vez la unión perduró hasta su muerte, ocurrida a principios del año 1929, sin alcanzar los 50 años, se apagó en la sombra la vida de un hombre que pudo rayar a gran altura, de haber sabido aprovechar bien sus extraordinarias aptitudes intelectuales y físicas.

Sótano

El tema de las armas me hizo desviar más de la cuenta en la descripción de la casa chica. Al Sud del dormitorio de los muchachos hay dos pequeños recintos, de construcción un tanto especial atendiendo a su función y que denominamos "sótano". La primer piecita oficia de despensa, para almacenar productos alimenticios no muy alterables. Por una estrecha abertura se pasa al seudosótano, descendiendo tres escalones. En este local, gracias a la doble pared y revestimiento de barro y paja, la temperatura sufre pocas variaciones. Durante el verano se mantiene lo suficiente fresco como para conservar ciertos alimentos y bebidas. En las estanterías, que cubrían prácticamente las paredes, se ven recipientes con leche, otros con la nata; mas allá alineados quesos de elaboración casera en distintas fases de maduración. Estibas de botellas acostadas colman las estanterías. En esta modesta "cave" con piso de tierra, no faltan vinos finos importados. Nuestro padre es buen conocedor de vinos y se preocupa por mantener una bodega variada y de calidad.

Vinos

El vino cotidiano, que nunca falta en el almuerzo, se adquiere en barriles o pipas de 200 litros. El fraccionamiento en botellas encorchadas es una operación en la cual intervienen todos para evitar demoras perjudiciales a la conservación y calidad del vino. Primero, el lavado prolijo de las botellas, agitadas enérgicamente con agua, jabón y perdigones, la operación más odiosa del fraccionamiento. Luego el trasiego desde la pipa mediante un robinete de madera y con el auxilio de un embudo. Otro se ocupa de encorchar las botellas llenas con tapones nuevos, previamente remojados en agua caliente. El taponado se practica con un dispositivo primitivo, consistente en un cilindro hueco de madera, en cuya perforación tronco-cónica se coloca el corcho, que mediante un émbolo se introduce ajustadamente en el cuello de la botella por percusión con un mazo de madera. Esta operación se realiza dentro de un fuentón de fondo plano, destinado a recoger el

vino cuando se rompe la botella por efecto del golpe, no siempre bien aplicado.

Por supuesto, se prescindía del etiquetado; en la estantería solía colocarse una indicación con la clase de vino y fecha del envasado. Un poco por la emanación de vapores alcohólicos y mucho más por los traguitos de contrabando durante el trasiego, lo cierto es que nos sentíamos mareados al terminar la tarea.

Leche y derivados

La leche y derivados involucra una serie de problemas en el campo. En primer lugar, el plantel de vacas lecheras, seleccionadas entre aquellas de aspecto sano y que por el volumen de la ubre prometen mayor rendimiento. No son vacas de raza ni sometidas a regímenes especiales; se nutren pastando en el campo como el grueso de la hacienda. Todas las tardes y con cualquier tiempo, la tropilla de lecheras con sus crías son traídas a los corrales adyacentes a las Casas. Los terneros por un lado, en un corralito menor con tinglado y las madres en otro, o sueltas, pues nunca se alejan de sus hijos presos. Esta separación nocturna es forzosa para permitir la acumulación del vital alimento en las ubres, impidiendo así que los mamones nos madrugaran en la repartija. No sé lo que pensarían las vacas de la prioridad impuesta, pero salvo uno que otro mugido respondiendo a los terneros más pequeños e inadaptados, toman la cosa con resignación y siguen rumiando para elaborar mayor cantidad de leche durante la noche. El "rejunte" y arreo de las lecheras es tarea nuestra, de los muchachos menores en particular. La localización de las mismas se facilita por el tañido del cencerro colgado en el cuello de la "madrina", que viene a ser la jefa del grupo, por lo general la más antigua y de buen carácter. Mientras pacen (eso casi todo el día) y andan, suena el cencerro. A veces, con fuerte viento en el mismo sentido, o por estar en reposo la madrina, resultaba más difícil encontrar las lecheras, pero conocíamos aproximadamente los lugares preferidos por esos rutinarios animales. A menudo basta un silbido o grito característico para que la madrina se ponga en movimiento, denunciando su posición dentro del monte. No era raro que a la hora de buscar las lecheras, éstas se presentaban

espontáneamente en los corrales, impelidas por el hábito del paseo cotidiano.

Por la mañana muy temprano, desde que la pálida luz del alba permite suficiente visibilidad, se procede al ordeño. Los dos menores nos salvamos de esa tarea tan ingrata durante el invierno o con tiempo inclemente, pero nuestra madre, secundada por Pablo y Luis, cuando no había personal de servicio disponible, lo tenían que hacer sin chistar. En algunas oportunidades intenté ordeñar, pero con magros rendimientos, mientras la vaca me miraba burlescamente de reojo, cuando no se ponía impaciente por los tirones mal aplicados y entonces me cepillaba el rostro con su cola.

La leche que no se consume de inmediato se dispone en recipientes abiertos y deja estacionar en el sótano. Por simple reposo, buena parte de la materia grasa se separa como nata, que acumulada progresivamente en otro envase, se destina a la obtención de manteca. La leche descremada, si no está muy ácida, sirve para elaborar cierto tipo de queso, o bien se utiliza en la alimentación de cerdos, como también el suero resultante de la preparación de la manteca. Tenemos dos batidoras manuales de nata; una primitiva, de madera, con la manivela directamente aplicada al eje horizontal, con paletas. La otra, mayor y más moderna, es de hierro estañado, con eje de rotación vertical accionado por un juego de engranajes. La operación del batido está a cargo generalmente de los dos menores, cómodamente sentados mientras aplican su fuerza motriz a la manivela. Después que se separa y aglomera la materia grasa, se drena el suero y somete a un lavado con agua salada, para mejorar la conservación. Finalmente, luego de un breve amasado, se forman los panes o bolas de manteca, de la cual se hacía un consumo discrecional, tanto en la cocina como para untar con una gruesa capa las descomunales rebanadas de pan casero. Estos apetecibles “tartines” se completan con mermeladas de frutas, especialmente de durazno, de elaboración casera, ya sea de nuestra propia cosecha o bien de los parientes de Franck, de donde solíamos traer enormes latas y bocales llenos de confituras y de miel.

En cuanto al queso, solo se elabora dos clases en nuestro campo. Un tipo criollo, consistente, y otro cremoso de fermentación avanzada, el “Stink-käse” un tanto fuerte, que a veces caminaban por sus propios medios.

En el sótano y despensa, según la estación, se almacenan también varios productos derivados del cerdo, como ser: chorizos secos, salames, morcillas, jamones, tocino, panceta, queso de chanco, chorizos en grasa, “Leberwurst” (morcilla blanca o de hígado), huesos y patitas de cerdo saladas, etc, todos ellos elaborados durante la carneada, en invierno.

W.C.

Para terminar con la casa chica, que resultó grande en su descripción, nos falta todavía el W.C. En realidad no es un “Water-Closed” sino un “Wood-Closed”, pues son tapas circulares de madera las que cubren los agujeros del asiento, uno para niños y otro para mayores, situados directamente sobre el pozo negro. Nosotros los muchachos preferimos el aire libre por lo general, entre pajonales apartados de las casas, restituyendo de este modo al suelo parte de los fertilizantes sustraídos a través de los alimentos.

Anexos

Entre los anexos a las Casas, debo mencionar un cuerpo de edificio que comprende tres ambientes y galería al Norte (ver Plano II). La cochera, con capacidad para dos vehículos, provista de dos puertas de madera, corredizas sobre rieles. Una habitación para la doméstica y otra mayor (el galpón), para guardar arneses, granos y diversos enseres. Este galpón sirve asimismo de dormitorio a la peonada. La galería adosada a la cochera oficia de lavadero, con varias tinajas dispuestas sobre una bancada de madera.

En la galería del galpón hay un banco de carpintero con herramientas. Fue en ese banco donde me inicié en el manejo de herramientas e intentado realizar algunos trabajos que demostraban mi inclinación hacia la mecánica. Este será Ingeniero mecánico, decían mis mayores, pero circunstancias posteriores torcieron a medias este primer brote vocacional.

Pozo y molino

A pocos metros al norte de la verja está ubicado el pozo de agua y molino de viento, un "Guanaco" petisón, que bombea el vital elemento desde la primer napa, a unos 11 mts de profundidad. La temperatura del agua en el pozo es aproximadamente de 15°C, y se mantiene casi constante durante todo el año. A falta de algo mejor, el fondo del pozo nos sirve en el verano para refrescar botellas de bebidas, dispuestas en un cesto suspendido por un cordel. A veces, al izar el cesto las botellas vienen acompañadas de algún sapo o rana, que habitan normalmente en el pozo. Es creencia general entre los paisanos que estos batracios purifican (j) el agua, pero cuando alguno moría, era necesario descender hasta el fondo para extraer el cuerpo flotante, que produce mal gusto y olor al agua.

Lo malo del caso es que la muerte del batracio se pone en evidencia recién cuando sus efectos sobre el agua son francamente perceptibles.

Contiguo al pozo y bomba accionada por el molino o manualmente, por un simple cambio de pernos, está la pileta de mampostería, dividida en tres segmentos, que sirve de bebedero a los animales de potreros y corrales próximos, especialmente a los caballos de monta y tiro.

Corrales

Al Oeste de la Casa chica hay una huerta cercada con alambre tejido, donde se cultivan legumbres para consumo y árboles frutales, en su mayoría durazneros y cítricos. Más allá, un tinglado para máquinas agrícolas y útiles diversos. Luego, no incluidos en el plano, los corrales: el chiquero de cerdos, siempre maloliente, con una batea donde son consumidos los residuos de la cocina; el corral de los terneros de las lecheras ya mencionado, y junto a este, el de las ovejas. Estos animales, criados para consumo interno, pasan la noche en el corral, cuyo piso acusa un nivel superior al de los circundantes, por acumulación de las deposiciones durante años. Hay todavía un corral más grande, donde se encierra la hacienda durante la yerra, para la marcación, señalamiento y

castrado de los terneros en edad de sufrir esas cruentas operaciones. En este corral sabemos jugar al foot-ball con una pelota N°5 que los mayores trajeron del Colegio.

La horca

Para terminar, "la horca", como designamos al aparejo donde son desollados los novillos y corderos de consumo, constituido por dos parantes robustos, encuadrado superiormente con una viga provista de ganchos y poleas, para suspender la víctima cabeza abajo. La "horca", que también utilizamos como soporte de un columpio, está ubicada entre el galpón y el corral de las ovejas, a la vera de un grupo de paraísos y cerca de un frondoso ombú.

¡Vacaciones!

Vacaciones en el campo; en el seno de la familia, después de 9 meses de alejamiento y sujeto a rígidas disciplinas de estudio. Que de proyectos forjados para disfrutar tres meses sin preocupaciones de pruebas escritas, ni de lecciones aprendidas a último momento, siempre con los minutos contados para dar cumplimiento a las obligaciones impuestas por el Colegio.

Por supuesto, en los placenteros planes de vacaciones no había previsto las tareas que me endilgaron desde mi llegada al campo.

-Nada de vagancia- me dieron a entender claramente mis mayores, que bastante privilegio era el de enviarme a la ciudad para continuar los estudios. Pese a ello, lo prefería, ya sea por el cambio radical de ambiente, ya por los gratos recuerdos de la infancia, transcurrida en ese medio tan propenso a dejar profundas huellas en la mente de los niños.

En lo que sigue, no he procurado ajustarme cronológicamente a los acontecimientos, pues no es posible recordar al cabo de cincuenta años, el orden ni muchos pormenores de los mismos. No me preocupa si en el relato se deslizan anacronismos, algunos intencionalmente, ya que el principal objetivo perseguido es el de registrar recuerdos de Rincón Avila, aunque se trate de hechos ocurridos antes o después de aquellos tres meses (verano 1912/13), tomados como punto de partida, por cumplirse ahora el cincuentenario de dichas vacaciones.

En cambio, he tratado de ajustarme a la verdad de los hechos y situaciones, tal como fueron vistos e interpretados por un muchacho de 13 años, edad en que la imaginación juega importante rol al discernir entre la realidad y la fantasía.

El Petiso

Montar a caballo y recorrer el campo es lo primero que se me ocurre después de mi llegada.

- *En el potrero está el Petiso* - me dice el Flaco - *Anda*

búscalo y arriá el Bayo al corral.

Provisto del “freno” me dirijo al potrero, un cercado próximo a Las Casas, dónde se encierran los caballos de turno, para las faenas ordinarias. En un ángulo del potrero hay un corral reducido, con dos portones; uno que comunica con el potrero y otro al exterior. A la sombra de un algarrobo descansa adormilado el Petiso, un caballito criollo de pelaje oscuro con una mancha blanca en la frente, de porte poco agraciado. Su cabezota grande, con el labio inferior colgante, no está en relación con su baja estatura, y para colmo es lunanco, es decir, tiene una pata trasera fuera de lugar, defecto congénito o producido cuando pequeño a raíz de una dislocación no corregida. Esta anomalía no le impide correr cuando se le exige. Es un petiso muy manso, pero la Naturaleza, para compensar su desgarrado aspecto le ha dotado de una picardía poco común. Es el Bufón de nuestros equinos. El Petiso es el único de la tropilla capaz de correr la traba del portón con el hocico para escaparse del potrero. Cuando le fastidia el freno, se lo saca frotando su cabeza contra un poste o árbol, para desprender el cabezal. También es bromista. A menudo, si algún muchacho le da la espalda, lo empuja con la cabeza, o bien le saca el sombrero tomándolo con los dientes. No siempre sus bromas son inocentes. A veces esta “chinchudo”, y entonces se las ingenia para desmontar al desprevenido jinete mientras galopa. Ninguno de nosotros cuatro se ha librado de varias rodadas montando el Petiso. Provocada la caída, el cretino se detiene a unos pasos y mira la víctima con un aire cachador, acentuado por el labio pendiente.

Una rodada le ocasionó la fractura de un diente incisivo a Pablo, quien al caer bajo del petiso, éste le tapó la boca con un vaso, por suerte sin herradura. En otra ocasión, yendo el Tuti a la escuela, el Petiso lo derribó sobre una mata de abrojo espinoso. El infortunado caballerito regresó desmontado a las Casas anegado en llanto y mostrando varias espinas clavadas en los labios.

Esa tarde anduve mucho a caballo montando el Petiso y utilizando como silla un simple cuero de oveja. Por la noche no podía sentarme, gracias a los rubicundos “bifes” que me aparecieron allí donde la espalda cambia de nombre. Por supuesto, tomadura de pelo al pueblero, e impedido de cabalgar por un par de días. ¡Bien hecho por zonzo y atorado!

“Schlafen wohl mein Kind (duerme bien mi niño) es el infaltable buenas noches de nuestra madre. Apago la vela y me dispongo a dormir. Al rato siento que algo me presiona los pies.

-¿Quién anda ahí? suponiendo una broma de los muchachos, para asustarme. No; es un gatazo negro, que con toda parsimonia se acomoda para dormir, luego de expresar su satisfacción mediante un acompasado ronroneo.

Son varios los gatos que viven y se reproducen en la estancia; algunos negros y otros atigrados; todos muy mansitos y cariñosos. La gata madre es una excelente cazadora de lauchas y ratones, que a veces aparecen en el sótano, atraídos por los quesos. Estos gatos están en muy buenas relaciones con los perros, y tan es así que no es raro verlos comer del mismo plato, en fraternal compañía, sin el menor asomo de disputa. Lo que nunca perdieron esos gatos a través de tantas generaciones de vida doméstica, es su ancestral instinto felino de apropiarse o hurtadillas de sus bocados preferidos, como ser aves, pescado e hígado, cuando por descuido se los dejaba a su alcance.

El Churi

Además de perros y gatos, tenemos un ñandú domesticado, el “Churi”, la bestia devoradora de cuanto objeto brillante se le ponía por delante. En nuestro campo hay un buen número de avestruces, que no eran objetivo de caza, por lo menos en forma sistemática, pues estos voraces bípedos contribuyen a la destrucción de insectos y alimañas. Lamentablemente, no los había bastante como para engullirse a las mangas de langosta durante las periódicas invasiones del acridio.

En el verano anterior, mientras recorríamos con Luis el potrero de la costa, dimos casualmente con un nido de avestruz, en el momento que los polluelos salían del cascarón. Decidimos llevar algunos churis a casa. Desmontamos y cuando conseguimos coger a cuatro pichones, aparece de improviso el ñandú padre, que con las alas gachas desplegadas y el pico abierto, se dirige hacia nosotros dispuesto a embestirnos, en defensa de sus críos. Alojando los bichitos entre la camisa y el pecho, dos cada uno, montamos rápido a caballo y nos alejamos al galope, un tanto impresionados por la furia del macho.

Nota.- Quiero recordar a mis lectores que, contrariamente a la inmensa mayoría de los ovíparos, es el ñandú macho quien se hace cargo de la incubación de los huevos y crianza de los pequeñuelos. Las hembras de la tropilla han hecho su parte en la procreación con poner tan tremendos huevos. Con un solo huevo de avestruz solíamos hacer una tortilla equivalente a doce huevos de gallina.

A nuestros padres no les hizo mucha gracia los nuevos huéspedes, pero consintieron en que nos ocupáramos de su crianza, pensando tal vez que podrían ser útiles como destructores de insectos. Probablemente después se hayan arrepentido de la autorización a raíz de los pillajes cometidos por el Churi, el único que alcanzó el estado adulto. Los perros observaron con desconfianza a los intrusos, y los gatos se relamían saboreando anticipadamente el regio bocado. Dos de los pichones venían maltrechos y no sobrevivieron. En cambio, los dos restantes se criaron bien, al principio alimentados con moscas y lombrices; luego comían de todo, incluso botones, trozos de vidrio, objetos metálicos y cuanto bicho encontraban. Ya grandecitos, uno de ellos desapareció, reintegrándose posiblemente a la vida salvaje. Quedó el “Churi”, macho según los entendidos, que se domesticó perfectamente gozando de amplia libertad en los patios y exterior de las casas, acudiendo como un perro al silbido que imita el propio de su especie. Nunca intentó volver con los suyos. Por el contrario, cuando fastidiados por sus pillerías lo espantábamos hacia el campo el Churi siempre regresaba a su querencia.

Entre las maravillas del mundo animal merece un lugar destacado el aparato digestivo de los avestruces, animales capaces de ingerir y digerir (o triturar) las cosas más inverosímiles. No sé si todos los avestruces tienen la misma capacidad que nuestro Churi en ese aspecto, pero la de este bicho es realmente impresionante.

Nos hace gracia cuando traga una chicharra viva, cuyo canto parodiando al cisne, prosigue amortiguado mientras desciende por el quilométrico esófago del Churi. Nos hace menos gracia al devorar en un descuido una bolita de vidrio mientras jugamos al hoyo y “tincke”. Mas de una vez logramos recuperarla, pero no esperando que siga su curso natural, pues demora mucho tiempo en el buche, sufriendo un desgaste por frotamiento contra objetos duros. El caso es actuar con rapidez bloqueando el gañote del

bestium” por debajo de la bolita; cuya situación es acusada por un promontorio que desciende, y entonces, como quien expulsa el contenido de la tripa en una salchicha lo obligamos a devolver la bolita por la boca. Los botones sueltos o flojamente cosidos que habrá devorado ese bicho. En una ocasión se tragó limpiamente una cucharita de café, créase o no.

Mucho cuidado con dejar anillos u otras alhajas a su alcance; ni tan siquiera clavos y tachuelas respeta ese ñandú-faquir, aunque se muestra mas cauto cuando se le arroja un pucho encendido.

El Churi se lleva bien con perros y gatos. Si colma la paciencia de algún perro, su mejor defensa es la velocidad e inverosímiles piruetas, que en complicados arabescos simula una fantástica danza, con los alones desplegados cual etéreo tutú de plumas.

Las gallinas temen al “pájaro grande”, como le decía un peón extranjero que tuvimos. El alboroto que origina cuando se acerca a una gallina con cría, pero sin motivo, pues el Churi no apetece los pollitos, tal vez por ser un bocado demasiado grande, o quizás las plumas entorpecen su deglución.

Prácticas Veterinarias

-Hoy tienen que curar varios terneros embichados, de la última parición - nos ordena papá como tarea de la mañana.

Provistos de una lata triangular de Fluido Manchester (Creolina) y de un lazo, vamos en busca de los terneros de pocos días, cuyo ombligo tumefacto revela la presencia de las larvas (gusanos) provenientes de moscas verdes que depositaron los huevos (queresa) antes que cicatrice la colita del cordón umbilical.

Mientras uno o dos sujetan las patas del animal, acostado de espalda, otro oficia de veterinario. Con un palito despeja de habitantes la cavidad infectada; luego un chorrito de creolina y finalmente rellena el hueco con bosta seca desmenuzada, que se encuentra por doquier. Durante la curación, el paciente muge dolorido y la vaca madre responde excitada, intentando a veces agredir a los torturadores de su cría, entonces intervienen los perros, manteniéndola a raya.

Otro método, del tipo milagrero, que raras veces se puso en

práctica entre nosotros, pero relativamente extendido entre el criollaje, es la cura de palabra de los terneros embichados. Cada curandero(a) tiene el suyo. El que le enseñaron a nuestro padre, de quien dudo haya creído en su eficacia, consiste en lo siguiente. Es necesario conocer el pelaje del animal. En un lugar solitario y provisto en la mano izquierda de un número arbitrario -diez por ejemplo- de granos de arroz el curandero concentra su pensamiento y dice: *“El ternero... (mentar el pelaje) tiene 10 gusanos: se le cae uno -arroja un grano de arroz al suelo-y le quedan 9”*, Ahora reza un Padrenuestro. Prosigue: *“Tiene 9 gusanos; se le cae uno-arroja otro grano-y le quedan 8”*. Otro Padre nuestro, y así sucesivamente hasta que hayan caído hipotéticamente todos los gusanos. El ternero cura o ... sigue embichado. Es oportuno señalar que en muchos casos, los terneros se curan por sí solos, o mejor dicho, con el auxilio de la madre, que utiliza la lengua para eliminar los gusanos y favorecer la cicatrización del ombligo por acción antiséptica de la saliva. En los perros, el efecto de la saliva es indiscutible. Herida que está al alcance de su lengua nunca se infecta. Es común en el campo que las personas se hagan lamer por perros las heridas.

Cacería frustrada

- Mañana Domingo iremos (dijo “se vamos”) a cazar patos en la costa - anuncia Luis, el mas aficionado a la caza de los cuatro.

- ¡Macanudo!- le contesto, mas que nada por ver nuevamente el Tajamar y el Salado.

- Anda pedile permiso a papá y que nos preste la escopeta “12”- me dice, guiñando un ojo.

El permiso para alejarnos de casa, motivado por excursiones ajenas al trabajo de rutina era un trámite de rigor, so pena de un reto flor al regreso. Desde tiempo atrás, los dos hermanos mayores encargaban esa misión a los más chicos, a mí en particular no porque tuviera mas ascendiente que ellos ante nuestro padre, sino mas bien por temor a una negativa, acompañada de una filípica, tanto más subida de tono cuanto mayor fuera el peticionante. No hubo problemas

-No vengan tarde y tengan cuidado con las armas-

Por la mañana cargamos cartuchos de la "12", escopeta de dos caños, apropiada para la caza del pato. Nunca alcancé a comprender el significado de los números asignados a los calibres de escopetas, carabinas y floberts, en relación al diámetro real de los cartuchos y balas. En las escopetas, cuanto mayor el número, tanto menor el calibre; 12-16-20. En cambio, el calibre de las carabinas y pequeñas escopetas (floberts), la numeración crece con el calibre: 6-9-14, por citar solamente nuestras armas.

A media tarde, el Flaco con la escopeta "12" y yo con una carabina calibre "6" a repetición, nos dirigimos a pie hacia la costa. Pablo y Emilio no participaron de la excursión cinegética. Dos perros se agregan a la partida, los que si bien no son de caza, prestan utilidad para cobrar la pieza herida y son obedientes. En el trayecto cazamos algunas palomas torcazas con la carabina. También matamos una iguana grande, que los perros descubrieron a unos pasos del sendero. Luego de cruzar un tramo del monte aparece el Tajamar, en cuyo borde norte, las totoras y espartillos ofrecen un escondite próximo al agua donde esperar a los patos, que a la caída del sol suelen acuatizar. Los teros nos descubren y comienzan a gritar.

Alcahuetes de porquería. ¿Querés que les tire?

-¡No!-; va ser pior-contesta Luis.

Los chorlitos (becasinas) se pasean tranquilamente con su ridículo andar por el displayado, pero domino el ansia de tirarles para no denunciar nuestra presencia a los desconfiados patos cuando pasen sobre el Tajamar.

-Mirá, por allá viene bajito una bandada de patos, con intenciones de asentarse - me anticipo, señalando hacia el poniente.

-¡Patuabuela, ché! Son Bandurrias.

Uno de los perros comenzó a gruñir.

-¡Quieto chicho!

Ahora sí que se acerca un grupo reducido de crestones, que pican hacia donde estamos ocultos y se posan pesadamente sobre el agua.

¡Bum, bum! Dos formidables estampidos y un reguero de municiones marcó una faja de aguas encrespadas. Gran alboroto

de aves que emprenden vuelo, excepto tres bultos pardos sobre el agua. Son tres patos muertos o malheridos, que ya no levantan su cuello curvo dibujando el 2.

-! Busca chicho, busca! -pero los pichichos no interpretan la orden. Se ponen a olfatear entre los espartillos, ladrando esporádicamente.

-¿Que te parece si nos bañamos y recogemos los patos? pregunta Luis.

-! Meta! - Sobre el pucho nos despojamos de la ropa y al agua. Esa zona, del tajamar es poco profunda y de piso barroso. Por supuesto, los perros nos acompañan y entonces se muestran ansiosos por atrapar los patos.

- Volvamos a casa; ya se hace tarde.- Luego de vestirnos mojados, emprendemos el regreso con los patos y palomas, satisfechos de la cacería y pensando yo el rico plato que nos prepararía mamá el día siguiente.

Al atravesar el monte oímos un prolongado silbido proveniente de la espesura, a nuestra derecha. Nos detenemos sorprendidos y los perros se nos acercan en silencio, con las colas entre las piernas.

¿Que fue? preguntamos al unísono.

- No parece de cristiano - dice el Flaco, tratando de disimular el miedo que le invade.

- Será algún pájaro - insinúo, y apuntando hacia donde se produjo el silbido, hago un imprudente disparo con la carabina. Creí percibir una escalofriante carcajada, que se fue debilitando gradualmente hasta desaparecer por completo. Salimos corriendo hasta alcanzar el descampado.

¿Que habrá sido eso?- Me atrevo a preguntar - ¿Oíste la carcajada?

¡ Ajá! Cuentan que en ese lugar mataron de un tiro a un gaucho y desde entonces aseguran que suele rondar el ánima del finao.

Fuera del monte, Luis se detiene y exclama:

!Y los patos!

-¡ No los tenés vos! replico.

-Mirá si sos babieca. Los dejaste allá, cuando le tiraste al fantasma. ¡ Andá buscálo!

-No te vas a la miér...coles! Si querés vamos juntos.

-Bueno, volvamos, pero rápido, porque se nos viene la noche.

Retrocedimos al trote hasta el sitio donde disparé la carabina. Yo no las tenía todas conmigo, pensando que podría repetirse la siniestra carcajada. Nada ocurrió pero tampoco encontramos los patos ni palomas.

- *No debe ser aquí* - digo, en vista de la infructuosa búsqueda.

- *Sí; mirá aquí está el cartucho de la carabina.* - Los perros olfatean un recodo del sendero, donde yacen algunas plumas. No hay dudas; los patos y palomas han desaparecido. Un ligero estremecimiento recorre mi cuerpo, imaginando que fueron sustraídos por el fantasma. Regresamos a casa a un tren acelerado, volviendo la cabeza con frecuencia para cerciorarnos de que nada nos seguía, sugestionados por el rumor de nuestros propios pasos.

Al llegar al galpón nos sale al encuentro Pablo, quien al vernos con las manos vacías, larga una pulla:

- *¡Que chambones! Otra vez, en lugar de escopeta, lleven un puñado de sal gruesa. Les ponen a los patos un grano de sal debajo de la cola ylisto. ¡ Juá, juá!* - La burla hace impacto y el Flaco, que no necesita mucho para montar el picaso, estalla.

- *En tu traste vamos a encajarte sal gruesa, soplo por el, para que te hinches como un sapo* - y se agacha buscando por el suelo un cascote, con intenciones de arrojárselo. La gresca no pasa a mayores, pues en ese momento se acerca papá, y

- *¡ Esas son horas de volver! No les recomendé que no vinieran tarde, "bougres des sales crapauds"* -seguido de una letanía de expresiones francesas, de traducción difícil e inconveniente.

- *¡Sobre mojado, llovido! Es que....perdimos los patos que cazamos.....y se nos hizo tarde buscándolos, sin encontrarlos* -me atrevo a balbucear. El Flaco no dijo nada, pero me tenía reservada una para más tarde, porque en realidad fue mi atolondramiento en el monte el causante de la pelotera.

Por la noche, mientras leo una novela en la cama, un agudo silbido proveniente de la ventana me deja paralizado de miedo por un instante, pero cuando a continuación oigo la carcajada de Luis, tratando de imitar la del monte, me repongo y le largo unas cuantas palabrotas. Esa noche soñé con monstruos que me perseguían por el tajamar, mientras yo hacía desesperados esfuerzos por gritar y huir, sin lograrlo.

Miscelánea

Hoy papá viajó a Esperanza en el "breque" para las compras y retirar la correspondencia. Fue solo, contrariando la costumbre de llevar a uno de nosotros de acompañante, pero como se acerca Navidad, comentaron los mayores que seguramente aprovecharía esa circunstancia para comprar obsequios, los cuales se mantendrían ocultos hasta Nochebuena. Excepto el Tuti, de 9 años, los demás habíamos pasado la edad de los juguetes, pero en cambio recibíamos libros, juegos de ingenio, implementos de caza y pesca, herramientas, etc.

Antes de salir, por la mañana temprano, papá dió las instrucciones a Pablo sobre las tareas a cumplir en la jornada, además de las cotidianas.

- *¡ Che Flaco! Hoy tenés que engrasar el "Guanaco" y el "Aermotor"* -ordena Pablo, refiriéndose a los molinos a viento de Las Casas y del bajo.

- *¿Y por qué no lo haces vos, Adela?* -replica el aludido, con voz aflautada y burlona.

Aquí es necesaria una aclaración para captar el sentido de la respuesta. Desde años atrás, nuestros medio hermanos en complicidad con el capataz, nos habían adjudicado novia a cada uno de nosotros. Las "novias" que no tenían conocimiento del presunto noviazgo, eran chicas de edad proporcionada a la nuestra. Dos de ellas, Adela e Irma, eran niñas de Esperanza, endilgadas a Pablo y Luis respectivamente. La mía era Elvira, hija de un agricultor que trabajó parte del campo en una época anterior. A Emilio le tocó en suerte la de menor alcurnia: la Eloisa, hija natural de una criolla de apelativo María pero más conocida entre los hombres de la Orilla (barrio del Matadero al norte de Esperanza) como la Horqueta o María Horqueta. Según las malas lenguas, este apodo le fue colgado por lo "mansa de verijas", como decían los criollos lugareños, y parece que muchos la conocieron haciendo la horqueta. María H. supo pasar temporadas en nuestro campo desempeñando tareas domésticas, en compañía de su hija Eloisa que de las cuatro citadas, fué quizás la más próxima a una novia, según el Tuti. De María Horqueta, tal vez Pablo, que ya era gallito, podría agregar algo más. Lo gracioso del caso era que los nombres de estas novias se pronunciaban para provocar el enojo o réplicas

violentas de los supuestos novios, como si fueran palabras insultantes. Que tontos ¿No?

Volviendo al engrase de los molinos de viento, la verdad es que cuando esta operación la debían practicar los muchachos, por falta de peón, Pablo se mostraba reacio, pues es propenso a mareos. La plataforma superior de la torre, donde es necesario subir para lubricar los cojinetes y engranajes del molino, está desprovista de barandilla y el operador expuesto a ser barrido por la cola en un cambio de la dirección del viento, con peligro de una caída desde 5 o más metros de altura. De aquí el tono burlón en la respuesta del Flaco, más ágil y sin propensión al mareo de las alturas. Al Tuti y a mi no nos dejaban subir a la plataforma, aunque a veces yo lo hacía a escondidas, atraído por el peligro y por el afán simiesco de escalar cualquier cosa elevada, sean techos molinos, grandes árboles, etc.

Una competencia deportiva entre nosotros consistía en escalar los árboles más grandes y dificultosos, no importando que fueran espinosos. Ganaba quien alcanzara mayor altura, y con frecuencia quedaban ondeando jirones de la camisa desgarrada por las espinas, cual banderines indicadores de la hazaña cumplida.

-Dijo papá que tusemos los caballos y les arreglemos los vasos- anuncia Pablo.

Nuestra tropilla de yeguarizos está formada únicamente por animales de montar y de tiro, indispensables para las tareas del campo y transporte. Ya me he referido a tres de nuestros equinos : Cuca y Monona, la guapa yunta de yeguas, exclusivamente para la volanta, y el pícaro Petiso. A continuación, paso revista a los principales caballos restantes.

El Zaino, el caballo que monta papá, notable por su sobrepaso, que es un andar entre el paso y el trote, muy descansado. El Barroso, de pelaje oscuro parduzco, es el caballo de Pablo. Muy dócil al freno y de galope suave, bastante veloz. El Bayo, de Luis, es algo duro de boca y espantadizo. Ante cualquier papel o trapo, o movimiento de un bicho en el suelo, pega un brinco hacia un costado, manía que ocasionó unas cuantas rodadas del jinete desprevenido. En la Foto 6 se puede apreciar la estampa del Bayo, con su dueño como jinete. El Potrillo, nacido en R. Avila, hijo de Cuca, en un difícil parto que casi le costó la vida a la madre. Como no había otro potrillo, se le puso este nombre cuando pequeño, el cual perduró por siempre, no

Obstante ser el más alto de nuestros caballos. Su pelaje es zaino claro, caballito un tanto arisco, pero el más veloz de nuestros pingos. El Moro, de pelaje violáceo, con motas claras. Caballo pesado y fuerte. El Tordillo, de raza Percherón, es blanco con motitas oscuras. Es un caballo de tiro, de mucha fuerza. También lo sabemos montar en pelo por la comodidad que ofrece su opulenta grupa, donde tres muchachos calzan con holgura. La Diana y el Tony forman una pareja de alazanes briosos, más bien bajos pero muy vistosos. Creo que son hermanos mellizos y se emplean exclusivamente como animales de tiro para uncirlos en la Americana.

Además, entre otros, recuerdo el Tobiano, el Picaso, el Ruano y el Malacara, todos ellos nominados de acuerdo a sus pelajes.

Ese día nos transformamos en peluqueros, pedícuras y rasqueteadores de caballos. Con la rasqueta, especie de peine metálico múltiple, despojamos de abrojos y “cuernos del diablo”, las colas de nuestros fieles e insustituibles servidores.

Navidad y Año Nuevo

-¡Mama! (sin acento) ¿Quiere que la ayudemos en la preparación de las masitas para Navidad?

Los dos mayores la tratan de usted y los dos menores la tuteamos. Los preparativos para Nochebuena y Año Nuevo se hacían con bastante anticipación. Nunca se pasaron por alto estas fiestas de familia durante nuestra infancia en el campo.

Mamá es buena repostera, además de excelente cocinera. Sabe preparar una variedad de tortas y masitas secas, muy apreciadas por todos, con recetas procedentes de Alemania, Suiza, y Francia. Las distinguimos por sus nombres extranjeros originales, generalmente mal pronunciados. Entre ellas recuerdo los Springles” y los “Brisley” (escritos fonéticamente). Las primeras son masitas rectangulares, crocantes, obtenidas por presión de una lámina de masa cruda consistente, entre dos matrices de madera con seis huecorelieves diversos: frutas, campana, oso de Berna, etc; y luego de separadas las unidades se someten a la cocción en el horno, dispuestos en amplias asaderas. Los “Brisley”

son masitas circulares, también con figuras en relieve, pero a diferencia de aquellas, se obtienen con una matriz doble de fundición, que permite calentar sobre llama una y otra cara sucesivamente. En el centro de cada figura se coloca una bola proporcionada de masa blanda, rica en huevo y manteca. Se cierra la matriz prensando y somete a la cocción sobre llama fuerte de la hornalla.

Además, se elaboran una variedad de masitas de almendras, avellanas, nueces, chocolate, dedos de caballero (palotes), etc, en formas de coronas o ganchos para facilitar la suspensión en el árbol de Navidad.

Días antes de Navidad, los mayores conduciendo el carro se dirigen al monte de la costa para cortar y transportar el arbolito. A falta del clásico pino, se elige un joven chañar simétrico y de forma cónica en lo posible, que luego de acondicionado se dispone rígidamente en una base pesada para asegurar su estabilidad. El adorno del arbolito de Navidad con sopillos, campanitas de cristal, figuras de algodón, velitas de colores y masitas, estuvo rodeado de cierto misterio cuando éramos niños, en edad de recibir juguetes. Hasta el casamiento de María, era ella con mamá quienes se encargaban de esa tarea. Después, Pablo solía actuar de ayudante, pero a puertas cerradas para los demás muchachos. En la época de este relato todos interveníamos en el adorno del arbolito, cuidándonos más de las espinas que de la estética del arreglo.

Durante el verano cenamos en el patio a la puesta del sol, evitando de este modo la molesta presencia de insectos fotófilos. El canto de las cigarras y el lejano silbido de las perdices ponen una nota musical al prolongado crepúsculo estival. Después de la cena, cuando ya la noche extiende su negro manto perforado por las estrellas titilantes, invitando al reparador descanso, disfrutamos del fresco un rato más, antes de irnos a la cama.

Pero hoy es 24 de Diciembre, una noche de excepción.

Se abre la puerta de la sala y un par de palmadas anuncian que podemos entrar. El arbolito refulgente de luces y destellos multicolores se yergue en el centro de la habitación, sobre una mesita cubierta con un mantelito coquetón. Al pié del árbol, paquetes y cajas con juguetes y regalos que papá Noel ha dejado de paso, cada uno con los nombres de sus destinatarios. Ha

llegado el momento largamente esperado. Cada cual abre su paquete con premura y la felicidad reflejada en su rostro. El asombro demostrado al descubrir el regalo no siempre fué de primer agua, pues más de una vez, desde que el candor infantil había sido desplazado por la pícara curiosidad, ya conocíamos de antemano el contenido de las cajas. Hurgueteando en los muebles supimos descubrir el escondrijo donde nuestros padres guardaban los obsequios después de adquirirlos en Esperanza. A hurtadillas gozábamos anticipadamente haciendo conjeturas sobre quienes serían los destinatarios de los paquetes. Por su forma exterior o abriéndolos parcialmente, lográbamos descubrir el contenido, pero cuidando de no dejar el menor rastro de nuestra infidencia.

¡Pum! Salta el tapón de la botella de Pommery, refrescada en el fondo del pozo. Champagne, tortas masitas y ¡a la cama! que son casi las diez de la noche y las velitas están al final. En cambio, no bien aclara el día siguiente, estamos de pié dispuestos a disfrutar de una larga jornada con los nuevos juguetes u obsequios, en general de buena calidad y que son objeto del mayor cuidado, pues no hemos de recibir otros hasta la próxima Navidad.

Para la noche de San Silvestre (31 de Diciembre), luego de renovar las velitas, se ilumina nuevamente el árbol y brinda con una copa de champagne, pero sin esperar la iniciación del año entrante. A las 10 p.m. después de escuchar algunas grabaciones en el fonógrafo (Graphophone) nos entregamos al descanso, mientras el más profundo silencio reina en el campo, donde no irrumpen los pitos, sirenas, campanas y petardos que anuncian la llegada del nuevo año en las ciudades.

Por la mañana al levantarnos, debemos cumplimentar con un beso y un ¡feliz Año Nuevo! a nuestros padres.

El año 1913 comienza.

A propósito del fonógrafo mencionado, no quiero seguir adelante sin dedicarle unas líneas. Fue adquirido entre los años 1906 y 1907 por nuestra media hermana Maria, en un viaje que realizó a Buenos Aires, donde reside la hermana mayor casada. Era de las primeras máquinas parlantes introducidas al país que utilizaban grabaciones sobre discos de gutapercha, en lugar de los primitivos cilindros del grafófono de Edison. La membrana vibrante de mica es solidaria con el megáfono de papel endurecido y de forma cónica, tal como

Aparece en la marca Victor: "His Master's Voice", con el perrito escuchando la voz del amo. De esta suerte, la bocina sostenida cardánicamente en un soporte lateral, sigue el desplazamiento de la membrana, con la púa de acero fijada en el borde inferior. El motor a cuerda, que trasmite el movimiento al plato, está contenido en una fuerte caja de madera labrada.

Las grabaciones de nuestra incipiente discoteca son en su mayoría partituras de óperas; algunas marchas, coros y canciones, entre ellas, los himnos nacionales Argentino y Suizo. Casi nada de bailables, salvo contados valeses, polcas y un pericón (el ombú). Entre las grabaciones que recuerdo puedo citar: Overture de Guillermo Tell, de Rossini; aria de Elisir d'amore, cantada por Caruso; coros de Norma, de Bellini; partituras de Mignon, Lakmé, Tosca (luceven l'estelle), Carmen, Ernani, Rigolletto (la donna e mobile), Cavalleria Rusticana (la siciliana), La Sonámbula, etc.

Flor de julepe

Por el turno establecido con mis hermanos, me corresponde este día traer la tropilla de vacas lecheras para encerrar a sus terneros durante la noche. Es una tarde calurosa con cielo nublado. Montado en el Potrillo, el más alto de nuestros pingos, me dirijo sin premura hacia el monte del potrero Sud, donde supongo pastan las lecheras, pero como no las veo ni oigo el cencerro de la madrina, me interno por la espesura mirando los pájaros, sus nidos y escuchando los cantos.

Aquí un hornero (casero) terminando la construcción de su robusta y bien protegida vivienda de barro, material que transporta en su afilado pico por pequeñas fracciones, haciendo miles de viajes hasta el charco más cercano, a veces situado a centenares de metros. Después de empollar los huevos y criar a los pichones hasta que aprendan a volar, los horneros abandonan por lo general su casita y emigran hacia otro lugar, donde construyen un nuevo palacete exactamente igual al anterior, pero limpio y en otro barrio. Los hornitos abandonados suelen ser aprovechados por otros pájaros holgazanes, o bien por arañas, escorpiones o reptiles. Desde pequeños nos habían recomendado especialmente no introducir las manos en estos, como en otros nidos protegidos, en procura de los huevos por el peligro de picaduras ponzoñosas de malignos inquilinos.

Más allá, en lo alto de un Ñandubay, el sintético nido de la paloma torcaza. Contrariamente al hornero, este ave succulento no se preocupa mucho en la confección de su nido. Le basta un conjunto reducido de ramitas secas, que tejen en malla muy abierta, lo suficiente como para retener los huevos y pichones. Estos endebles nidos suelen ceder por el propio peso de la paloma clueca o por acción del viento y los huevos se estrellan en el suelo. No importa; preparan otro lecho, y como son aves muy enamoradas, reponen con presteza la pérdida sufrida. En un aromito se destaca un nido tortuoso y tubular de dimensiones considerables, con entrada por un solo extremo. Quien desconozca la fauna ornitológica de la región, lo supondría de un pájaro grande. Por el

contrario, el constructor de esa morada de ramitas espinosas tejidas, incluyendo plumas, a veces trapos y piolines, es un pajarito minúsculo; la tacuarita, movediza y chillona. Suple su pequeñez con la grandiosidad de su vivienda erizada de espinas, donde se siente segura frente a sus posibles atacantes.

Un seco golpeteo desvía mi atención hacia un añoso algarrobo. Es un simpático pájaro carpintero, que adoptando posturas increíbles, arremete acompasado contra el duro tronco tratando de perforarlo con su pico, cual trépano de acero. ¿Que pretende? ¿Busca gusanillos o vacía la madera para construir una gruta habitable? Mientras, un ocioso pájaro vestido con camisa amarilla y chaqueta gris, calzando gafas mefistofélicas, le grita ¡ben te veo!! bicho feo! A todo esto, entretenido en la contemplación de esos envidiables animalitos capaces de surcar el aire en raudo vuelo, recuerdo que todavía no dí con las vacas lecheras. Resuelto a cortar camino, me desvío de las sendas habituales que dejan bien marcadas los rutinarios bovinos, penetrando en una zona más densa del monte. Allí, debajo de un grupo de árboles de extendido ramaje, experimenté una de las conmociones más intensas de mi vida.

Al nivel de mis hombros y a un metro escaso de distancia, una enorme serpiente enroscada en una rama extiende su horripilante cabeza en mi dirección. Asignarle dimensiones en circunstancias tan dramáticas carece de sentido, pero la mejor prueba de que no estoy bajo el efecto de una alucinación y que el bicho es realmente grande, la da el comportamiento del caballo. Al divisar la serpiente, el Potrillo lanza un bufido, agacha la cabeza y atropella hacia una estrecha salida con ramas muy bajas. Por instinto de conservación y gracias a mi rápida reacción, atino a tenderme sobre el lomo del Potrillo, asiendo sus crines con ambas manos. Eso me salvó de la caída, que además del golpe en sí de consecuencias imprevisibles, había dos circunstancias agravantes: la espantosa víbora y un piriforme nido de "camachuís", pequeñas pero feroces avispas de vientre listado. Este nido fue violentamente sacudido al distenderse las ramas levantadas a nuestro paso, lo cual hubiera ocurrido asimismo de haber rodado el jinete. De cualquier modo, no salgo del todo ileso. Las despiadadas ramas del espinillo desgarran la camisa y estampan su roja firma sobre mis tiernas espaldas, como rubricando con sangre los angustias sufridas durante esos instantes de julepe mayúsculo. Pero la cosa no termina allí.

Bien dicen que las desgracias o males suelen venir en yunta. El Potrillo prosigue un buen trecho a todo galope, hasta que logro detenerlo.

Estamos en un claro del monte, que no lo ubico bien por encontrarse en un lugar fuera del tránsito habitual. Miro en torno y me parece reconocer ciertos grupos de árboles, pero distintamente orientados. Procuero situar la posición del sol, pero la densa nubosidad me lo impide. La sensación de estar extraviado me invade y oprime la garganta. Reprimo el impulso de gritar para llamar la atención de los familiares por considerarlo inútil dada la distancia hasta las Casas. La algarabía de los pájaros, deformada por mi estado de ánimo, simula un coro de lamentos. El Potrillo, muy tranquilo en cambio, aprovecha la detención para evacuar, y entonces acude a mi mente la idea salvadora y tan simple, cual es la de dejar que la cabalgadura me lleve a casa, y nada más propicio en este caso por tratarse de un animal nacido y criado en nuestro campo. Aflojo las riendas y con un leve toque de talón lo incito a emprender el regreso. Pero...? donde me lleva este caballo? Me parece que se dirige a la costa, y tentado estoy de hacerle cambiar de rumbo, pero me contengo, confiado en su sentido de orientación. En efecto, poco después salimos de la zona boscosa, en un lugar archiconocido. Desde allí, a galope tendido, me llego a Las Casas para informar Que no encontré a las lecheras.

-¡Juá, juá, juá! - fué la respuesta de los muchachos, señalando las vacas y sus terneros encerrados en el corral. El rubor me tiñe las mejillas y solo atino a expresar mi sorpresa con una sonrisa estúpida. Al desmontar, mi madre percibe el desgarrón de la camisa y los sangrientos trazos en mi espalda.

-¿Que te ha pasado, "Mein kind"?

- No es nada calculé mal el nivel de una rama y las espinas me rascaron el lomo.

-Vení, te voy a lavar y desinfectar las heridas. - Presto y sin la menor oposición, acompaño a mamá, deseoso de salir de aquella situación embarazosa frente a los muchachos, quienes, por el cuchicheo que siguió me imaginé la jarana de haberles contado lo ocurrido.

Velatorio de un angelito

Un coro de ladridos anuncia la llegada de un extraño. Se acerca tímidamente un muchacho a caballo. Es uno de los hijos del puestero Amaya, que ocupa la ex escuela Rincón Avila, junto al camino público.

-De parte de tata vengo a decirles que murió el nene nacido días pasados. Esta noche velan al angelito. Bueno, adiós - Dio media vuelta y se fue, sin darnos tiempo a preguntarle sobre la desgracia ocurrida.

Mamá resuelve ir por la noche para acompañar un rato a la madre, una buena mujer que a menudo ayuda en casa cuando no hay servicio. Como nuestra madre nunca montó a caballo ni condujo vehículos, se decidió que el Tuti y yo la acompañáramos en la Americana. La casa del puestero está a dos kilómetros y medio escasos del casco de la estancia. Al llegar notamos varios caballos ensillados, sujetos a los postes y árboles circundantes, denunciando la presencia de vecinos que, puestos en conocimiento del suceso, concurren al velatorio.

En la habitación que fuera el aula de nuestra escuela están sentadas unas quince personas, en sillas, bancos y cajones adosados a las paredes. En el centro, una mesita sobre la cual yace la caja de madera pintada de blanco. Un par de velas de sebo alumbran el pequeño y humilde ataúd del angelito. De uno de los tirantes pende una lámpara a querosene, cuya mortecina luz se esfuerza por atravesar el ahumado tubo de vidrio.

Un coro de "güeñas noches" patrona se hace oír a nuestra entrada, y los hombres se ponen de pié. El puestero y su mujer nos extienden su derecha, agradeciendo la atención y acto seguido nos ofrecen las mejores sillas. Al encontrarme de nuevo en ese local, me asaltan los recuerdos del maestro Ahrens, del "caballo blanco" de los pizarrones, cuyos clavos de sostén subsisten todavía, y de los cuales penden cromos decoloridos por la luz y velados por moteaduras de moscas. Cierro los ojos y creo percibir la voz grave de don Carlos dictando el enunciado de un problema.

Dos chicas del puestero hacen circular sendos mates y la tregua del parloteo, impuesta por nuestra incorporación al velorio, es rota animadamente como si se tratara de una reunión festiva. Entre los hombres se pasan una botella de caña que empinan ávidamente y

tras un suspiro ruidoso, se frotan los húmedos labios con el dorso de una mano. Algunos se pasan la mano por la boca antes de tocar “el clarín”. Lo hacen con el objeto de despejar sus labios del “pajonal” que los invade. Después de bajar la botella, sorben con fruición las gotas demoradas en sus hirsutos bigotes.

Un apuesto criollito, de renegrada melena y gran pañuelo blanco de seda al cuello, levanta una guitarra de un rincón y mientras procede a templar las cuerdas, su gesto es seguido de expresivas muestras de aprobación.

-*Ahora viene lo lindo*- dice alguien, y todos están convencidos que el Angelito también participa de una fiesta allá en el cielo, cantando en el coro de ángeles, al son de trompetas celestiales.

El mozo canta vidalvas y chamamés, siendo aplaudido sostenidamente al finalizar cada canción.

-*Bueno, ahora contrapunto de relaciones* - anuncia el que oficia de bastonero. El guitarrero inicia el juego floral y una moza contesta. Después de cruzarse varias relaciones mas o menos poéticas entre los concurrentes, aprendidas en las reuniones donde se baila pericón, el joven bastonero, dirigiéndose a mi :

-*Que el hijo del patrón diga una relación.*

-*Pero...es que yo no sé ninguna* -contesto tímidamente ante la sorpresiva invitación.

-*¡Como no va a saber!* Ud. que viene de la ciudad.

El hombre insiste, apoyado por la mayoría de los presentes. Algo fastidiado y para no pasar por bobo, les largo :

*En el medio del mar
suspiraba un cachalote ...,
y entre los suspiros decía
¡ Ay! Tenés cara de pavote.*

Algunas mujeres ríen por lo bajo y uno exclama :

-*¡Vaya con el mocito!* - Me doy cuenta que la estrofa cayó mal.

En el apuro de la improvisación no se me ocurrió otra palabra que pavote como consonante de cachalote. Lo único improvisado en realidad fué cachalote y el último verso. El mozo en cuestión se dio por aludido al parecer, pues era evidente por lo de pavote que la relación no fué dirigida a persona del sexo femenino, como correspondía.

!Que metida de pata!

Al rato se levanta mamá, y nos retiramos. Supongo que la reunión habrá continuado hasta la madrugada. Mas aún es costumbre entre esa gente que uno de los vecinos pida “prestado” el angelito para proseguir los “festejos” en su rancho, antes de procederse al entierro.

El Correntino

-*Mañana viene Monzón a trabajar como peón* - nos dice papá, que lo encontró por la Orilla en uno de sus viajes a Esperanza.

-*Está sin trabajo y quiere ganar unos pesos.*-

A nuestra madre no le hace gracia el anuncio. El fulano Monzón es un correntino morocho, de fiero aspecto, que supo trabajar en nuestro campo algunos años antes. Es un criollo guapo para toda faena rural y muy servicial, pero cuando tiene algunas copas adentro, se le despierta el atávico salvaje de su estirpe. Se comentaba que Monzón tenía cuentas pendientes con la justicia de Corrientes, por haber dado muerte a su contrincante en una pelea con cuchillo. Lo cierto es que cruzando el cinto por detrás, un facón de respetables dimensiones es su inseparable compañero.

Este hombre nos enseñó a “vistear”, o sea la práctica de la esgrima criolla, empleando cuchillos de palo y un ponchito en el brazo. Extendimos estos rudimentos al manejo de las espadas, bien aleccionados teóricamente por las lecturas de “Los Tres Mosqueteros”, “El hijo de Lagardere”, “El Corsario Negro”, etc. Nuestras espadas eran tallos herbáceos secos (de biznaga p.ej.), con guardamanos de hojalata y punteras de trapo. Parodiando a famosos espadachines de las novelas, nos trenzábamos en incruentos duelos, que no siempre terminaban amistosamente. A una estocada, vehemente seguía un sablazo en la cabeza; luego un intercambio de palabritas, concluyendo a cascotazo limpio, con las consiguientes cuerpeadas y corridas. Los “caballeros” se transformaban en sus ancestrales trogloditas. A nuestra madre, sabedora de la belicosidad atribuída a Monzón, siempre armado

con su tremendo cuchillo, le infunde miedo su presencia en Las Casas. Según se dijo, una pariente de mamá, que pasaba una temporada con nosotros, cierto día entró aterrorizada en la cocina asegurando que Monzón la había corrido con el facón desenvainado. Posiblemente se trató de una broma del correntino, pero muy pesada por cierto para la pobre Katty, que dió por terminada su estadía en el campo.

Acridiana

¡Langostas! El simple anuncio de la invasión del campo por una manga de langostas voladoras es motivo de muy serias preocupaciones. La defensa de cultivos y frutales contra el acridio nos es prácticamente imposible. A duras penas, batiendo furiosamente latas en improvisadas murgas, agitando lienzos fijados en largas cañas, a guisa de banderas de combate, y estableciendo cortinas de humo, conseguimos ahuyentar las malditas langostas posadas sobre frutales en la quinta adyacente a la casa. Que pena ver los árboles después de la visita de estos sicarios de la Muerte, que ni las cortezas respetan para satisfacer su insaciable voracidad, dejándolos desnudos y blanquecinos, cual estáticos esqueletos con los brazos en alto, clamando al cielo. Solo los paraísos ostentan incólumes su verde follaje.

El Churi y las gallinas se hartan de langostas, pero los huevos de estas últimas, con las yemas rojizas, resultan incomibles por su olor y sabor desagradables. Las aguas de los bebederos y piletas quedan infectas. Un buen día, consumada su nefasta obra, levantan el vuelo sincronizado como obedeciendo la orden de un jefe invisible. Los campos quedan asolados como si un hálito de muerte hubiera soplado encima.

Su infamia no termina con su partida. Han dejado muchos millones de huevos fecundos enterrados en el suelo; es su presente griego a la madre tierra, que les brinda generosamente calor y abrigo para la incubación de los rosarios de huevos depositados en las perforaciones practicadas en el suelo. Nace la mosquita en reducidos manchones, cuya superficie se expande en progresión geométrica con respecto al tiempo. Manchones de pocos metros cuadrados de minúsculas mosquitas, se convierten al correr de los

días en extensas mangas de saltonas, que avanzan en perfecta formación, devastando la vegetación a su paso. Solo dejan una mísera propina al suelo que provee sus manjares: los excrementos. Cuando aparece la mosquita es el momento de combatir la plaga con relativa facilidad, ya sea con fuego, agresivos químicos o rodeando los manchones con barreras de hojalata, que encierran entre muros infranqueables a las desesperadas saltonas, cual campos de concentración al principio y cementerios después. Pero hay tantos manchones escondidos en los montes y en los campos vecinos que lo destruido es apenas una gota de agua en un río. Pobre los langosteros si la destrucción fuese total. Ellos también tienen que vivir y mantener a sus familias.

A propósito de langostas, no puedo pasar por alto un episodio en el que resulté la víctima de una broma ideada por Luis, siempre dispuesto a divertirse haciendo jugarretas a los demás. En alguna oportunidad nuestro padre contó un chiste en francés cuyo contenido no puedo precisar exactamente, pero recuerdo que intervienen dos sujetos; el uno dice "pas posible", con los labios fruncidos, y el otro agrega "pas croyable", abriendo exageradamente la boca y cerrando los ojos.

Pués bien, en un momento dado, Luis se me acerca sonriente con las manos en la espalda, como queriendo contar un chisme sabroso, y entreabriendo apenas sus labios me dice: "pas posible". Entonces -inocente de mi- queriendo demostrarle que no me había olvidado del famoso cuento, cierro los ojos y abriendo la boca al máximo, replico con un pausado "pas croyable". Todo le salió a pedir de boca. Le bastó ese instante para introducirme un par de langostas voladoras vivas, bien adentro de mi cavidad bucal, La cara que puse al expulsar los bichos mediante una violenta arcada le provocó una carcajada explosiva, al tiempo que ponía los pies en polvorosa.

Nota.- A cincuenta años de aquel incidente inolvidable, 100% verídico, debo reconocer el ingenio y destreza desplegada por Luis al hacerme objeto de esa broma, que bien puede catalogarse de mal gusto, por el desagradable sabor de esos inmundos bichos. Por supuesto, la chirigota no quedó impune. Posiblemente me tomé varios días para madurar una venganza que fuera digna de tan sutil y despiadada broma. No tengo presente los detalles pero si

recuerdo que en la "vendetta" intervinieron los camachuís como actores principales.

Cuereada

Una mañana luminosa nuestro padre observa detenidamente un montecito distante con su largavista, gemelos marinos adquiridos en uno de sus viajes a Europa.

-Allí en el potrero Norte veo un grupo de caranchos volando en círculo -nos dice-. Tiene que haber un animal muerto. Vayan a ver y sáquenle el cuero si es vacuno. Tengan cuidado de no cortarse al cuerearlo que puede haber muerto de carbuncho.-

Montados en dos caballos y provistos de filosos cuchillos, nos dirigimos los tres mayores al lugar señalado por la presencia de los carniceros pajarracos.

Efectivamente, semioculto en un pajonal yace un novillo de pelaje tostado con manchas blancas y en una nalga nuestra marca ,



estampada a fuego. Tiene el hocico muy inflamado, dando la impresión que su muerte se debe a la picadura de una víbora ponzoñosa. Por suerte, todavía no ha entrado en descomposición, pero los caranchos han certificado la defunción con su presencia, sin confundir nunca un animal muerto, aunque reciente, con uno dormido en la misma posición. ¿Que extraño y sensible sentido les permite detectar a distancias considerables la existencia de un cadáver? Más aún, en ocasiones está moribundo el animal, y ya los caranchos comienzan a congregarse en árboles vecinos o describen círculos en vuelos planeados, esperando pacientes a que la Muerte termine su cometido para iniciar el carnívoro festín.

¡Manos a la obra! Despellejar un vacuno adulto tumbado en el suelo requiere su técnica. La piel debe resultar de una pieza, sin tajos y desprovista de carne y grasa, en lo posible. Primero, los cortes en las patas; luego el longitudinal desde el hocico hasta la

cola, por la panza del animal, y a despellejar ordenadamente una mitad. Después es necesario darlo vuelta y repetir la operación en el otro costado. ¡Listo! La piel se pliega y arrolla dejando el pelo afuera. Ahora se cruza sobre el anca del caballo, ligándola con tientos al recado.

Los caranchos nos despiden con graznidos de agradecimiento por dejarles el plato servido, con las carnes al descubierto. Ellos comienzan el banquete, que prosiguen los peludos y terminan los gusanos, quedando la osamenta como macabro testimonio de uno que no pudo llegar al Matadero. Aunque parezca un contrasentido, es un muerto que ha salvado su pellejo, el cual es transformado en cuero en la Curtiembre, tal vez en una correa de suela, destinada a transmitir fuerza y movimiento a las poleas para dar vida a las máquinas.

Civilización y Barbarie

Las sombras han invadido el campo. En el firmamento brillan las estrellas y las luciérnagas trazan efímeras rúbricas luminosas volando a escasa altura sobre la pradera. Las hojas están quietas y el aplastante silencio es interrumpido esporádicamente por el croar de las ranas, en sus monótonas serenatas de amor.

Estamos sentados en el patio, entre las dos casas, disfrutando de un apacible descanso, después de la cena.

Los perros se asocian a esta placidez permaneciendo echados a nuestros pies. Nadie habla ni se mueve, como temiendo romper el encanto de la noche serena.

De pronto, como impulsado por un resorte, se levanta uno de los perros con las orejas enhiestas y orientadas hacia el noreste, emitiendo un ligero gruñido. Prestamos atención y nada anormal oímos, pero seguramente el chicho, por su agudeza auditiva, ha percibido algún ruido extraño entre los rumores propios del campo. Los otros perros hacen lo propio y salen al camino ladrando. En previsión de cualquier sorpresa, Pablo se provee de su revolver y salimos a indagar. Nada se vé, pero los canes continúan inquietos, suspendiendo los ladridos.

-Parece que se acerca un automóvil- les digo, al oír el característico tableteo de un motor a explosión, con *escape libre*.

¡Estás loco che! Vos -te crees en Santa Fe. -

-Tiene razón Willy - interviene papá - Es el automóvil de Eduardito Vionnet pasando por el camino público. Viene de Esperanza y se dirige a Nelson, a la quinta de los Cullen, donde estarán de farra seguramente.-

Estamos a 2 1/2 km de la ruta y se oye el motor del coche, uno de los contados automóviles existentes en Esperanza por el año 1912. Gradualmente el puf-puf se atenúa hasta desaparecer por completo. Fue todo un acontecimiento el paso del "bólide", el terror de los caballos, capaz de salvar los 35 km (7 leguas) que median entre Esperanza y Nelson, en poco más de una hora, si tiene la suerte de no sufrir una "panne", tan frecuentes en esos pestilentes y ruidosos vehículos. Es verdad que corren mucho, pero con tracción a sangre se llega siempre, con buen y mal tiempo.

Nota: ¡Quién podría imaginar entonces lo que serían los medios de transporte medio siglo después! ¿Que velocidades y regiones del espacio alcanzarán los vehículos dentro de otros 50 años?

Menos llamativo por lo frecuente, pero tal vez más interesante por la distancia, es el paso de los trenes por el ramal Laguna Paiva-Deán Funes-Cruz del Eje, del F.C.C.N.A., habilitado desde poco tiempo atrás.

A simple vista desde Las Casas, dirigiendo la mirada hacia el Norte, un poco a la izquierda de "Los Talas", en una zona casi desprovista de bosques, se alcanza a divisar el penacho de humo vomitado por la locomotora, avanzando en el tramo comprendido entre la estación Manucho y el puente ferroviario sobre el Salado.

Por supuesto, el paso del tren es visible solamente con atmósfera clara, pues la distancia hasta las vías es de 12 a 15 Km, sino más. Con el largavista se distinguen la máquina y el tren de vagones. Por la noche, el paso del tren de pasajeros es más espectacular. Parece un fantástico gusano deslizándose sobre el lejano horizonte. La sola idea de que en esos coches iluminados viaja gente, nos hace sentir menos aislados del mundo; más cerca de la civilización.

Quemazón

Ocasionalmente se procedía a incinerar la vegetación de zonas

limitadas del campo. Esta operación tiene diversos objetivos, siendo el principal la destrucción de pajonales de pastos duros y espartillos, cuyos retoños tiernos son apetecidos por la hacienda. Las cenizas resultantes de la combustión de la paja restituyen al suelo buena parte de los nutrientes absorbidos por las plantas, entre ellos, el calcio, magnesio, potasio y ácido fosfórico. Además, la quemazón en masa elimina plagas y alimañas establecidas entre los pajonales. El fuego destruye, purifica y renueva.

La quemazón racional de una superficie de varias hectáreas no es siempre un problema simple, ni exento de riesgos. Es necesario planificar la operación en una serie de detalles, para evitar que el incendio se propague fuera de los límites previstos. Las llamas asociadas al viento suelen cometer locuras irreparables.

Elegida la zona a quemar, es necesario limitarla, ya sea aprovechando accidentes naturales que impiden la propagación del fuego, como ser arroyos, zanjones praderas verdes, etc; o bien crear obstáculos artificiales.

Lo mas corriente es pasar el arado trazando varios surcos contiguos hasta formar una faja de tierra removida. Luego, se debe esperar que las condiciones del tiempo sean favorables, es decir, que no amenace lluvia, que el pajonal esté seco, y que la dirección e intensidad (velocidad) del viento sean adecuadas. Un viento muy fuerte es peligroso porque las briznas inflamadas pueden ser transportadas mas allá de los límites impuestos.

En cambio, con el aire calmo, el avance de la quemazón es muy lento y defectuoso. En cuanto a la dirección del viento, debe ser tal que en ningún caso el fuego pueda extenderse a propiedades vecinas. Reunidas las condiciones expuestas, se procede a evacuar la hacienda de la zona en cuestión, pues con frecuencia el avance del frente del incendio no es parejo y podrían quedar animales atrapados en un círculo de fuego. Todo está listo. Cada cual en su caballo y provisto de varias cajas de fósforos (cerillas), a las órdenes de papá, el jefe de los incendiarios. Con el viento a la espalda y distribuidos a lo largo de la línea marginal, comenzamos la quemazón arrojando al pastizal, desde la cabalgadura, cerillas encendidas y espaciadas de 5 a 10 mts, unas de otras. No todas las cerillas resultan eficaces. En parte depende del azar, pero sobre todo de la habilidad y presteza con que se despiden los fósforos al iniciarse la inflamación.

Mala suerte si alguna cabecita se separa de la cerilla y queda adherida a la yema del pulgar.

Al rato los focos iniciales se ensanchan y funden con los vecinos, formando una línea continua de fuego.

Una cortina de humo y retorcidas lenguas de llamas rojizas avanzan incontenibles a favor del viento, acompañadas de continuos chirridos y estampidos de la materia orgánica en combustión. Perdices remisas al desalojo levantan vuelo despavoridas. Cuando regresen al lugar donde tenían sus nidos y huevos, solo encontrarán cenizas y restos carbonizados.

El fuego ha terminado su obra. Un manto negruzco enluta el área devastada, cubriendo las cenizas y restos de pequeños animales atrapados por el incendio. Poco tiempo después, la vida renace pujante, la pradera alivia el luto con túnicas verdes y se puebla de rumores.

Pesca

Hoy Domingo nos concedieron permiso para ir a pasar el día en la costa. Provistos de armas e implementos de pesca, y algunos enseres para la preparación de la comida, los cuatro mosqueteros emprendemos el camino de la costa desde temprano y a pié. No faltan las recomendaciones de mamá sobre los peligros del traicionero Salado, pero nosotros reímos de sus temores pues nos sentimos muy hombrecitos. Como de costumbre, dos perros nos acompañan en la excursión y pic-nic.

A la sombra de una Cina-cina próxima al dique del tajamar, instalamos el cuartel general. De inmediato tendemos el espinel a través del río, encarnando los anzuelos con lombrices y carne de pajaritos que cazamos en el camino. Después, cada cual con su boguero (caña de pescar rudimentaria), nos acomodamos en distintos lugares practicando la pesca de mojarra y otros peces menores. Atentos a la inmersión del corchito indicador de la "picada", guardamos silencio. El suave murmullo del río y el canto de los pirinchos refirman la seráfica quietud de la mañana estival. De tanto en tanto, el silencio es roto por alguno de nosotros anunciando una pieza cobrada y exhibiéndola pendiente del

anzuelo.

-¡Ché! No metás bulla que vas a espantar los cardúmenes.

-Total, por la porquería que sacaste.

-Por lo menos éste se come; mas porquería es el cangrejo que pescaste.

¡Se van a callar, caracho! -grita un tercero - *Si siguen jo...robando, no vamos a sacar nada con el espinel.*

Sigue un cambio de palabritas; cruzan cascotes de tamaño creciente, pero súbitamente la gresca se interrumpe. Los perros ladran furiosamente en el fondo de un zanjón seco, hacia el cual acudimos corriendo.

-¡Miren! Un pichón de yacaré le hace frente a los chichos -les digo señalando abajo.

-No seas pavo; es una iguana grandota. Andá buscar el rifle - replica uno de los mayores.

Un certero balazo en la cabeza provoca un espasmo en el animal, seguido de furiosas meneadas de su robusta cola, que los perros tratan infructuosamente de morder. Con un cuchillo se le secciona la cola, cuyos músculos continúan en actividad un buen rato después de haber sido separada del cuerpo inerte del reptil.

-Ya tenemos comida -dijo Luis.

-No seas asqueroso! Yo no como de eso.

-Pero si es muy rica la cola de iguana. La carne es tan sabrosa y blanca como la de rana.

-La grasa de iguana se usa para friccionar el pecho contra los catarros, y con los anillos de la punta de la cola, los criollos hacen sortijas que se colocan en el dedo anular, para prevenir el mal de ojo y contra dolores de cabeza - agrega Pablo.

-¡Bah! No sean ignorantes, ¿quieren? - En definitiva, la cola de la iguana se destinó a carnada para el espinel y las líneas.

En una recorrida del espinel con la canoa se cosechó un patí grande y dos moncholos medianos, que de inmediato se limpiaron para asarlos en una parrilla improvisada con alambre galvanizado. Como trajimos aceite, vinagre y sal, preparamos una ensalada de verdolaga y mastuerzo, recogidos en la vecindad. La comida nos pareció de primera, acompañada de unos tragos de vino, directamente de una botella que Pablo supo escamotear del sótano de casa. Después un cigarrillo. Los dos mayores tenían permiso para fumar; con el Tuti lo hacíamos a escondidas de los padres,

y cuando no conseguíamos cigarrillos, fumábamos tallos de zarzaparrilla cortados en trozos.

Por la tarde prosiguió la pesca con bastante éxito, como para llevar a casa varias piezas grandes y muchas mojarritas. Antes de regresar nos damos un prolongado baño en el tajamar, con cero porciento de superficie del cuerpo cubierta, pues no es necesario el sombrero para protegernos del sol, ya próximo al ocaso. Imitando a los perros, que también nos acompañan en el agua, nadamos hasta el cansancio y con frecuencia aspirando agua en vez de aire. Así aprendimos los primeros rudimentos de la natación, perdiendo por completo el miedo al agua.

Durante el regreso a casa, como de costumbre, a raíz de una chunga intencionada, replicada con otra de mayor calibre, no escasean los insultos, coscorriones y salivazos, pero la sangre no llega al río. Como no había extraños con quienes pelear, lo hacíamos entre nosotros mismos, pero los rencores no duraban más que una tormenta de verano. Lo común era que se formaran dos grupos antagónicos, de dos miembros cada uno, pero los contrincantes de hoy eran aliados mañana. ¡Cosas de muchachos criados en un medio agreste!

El día de los padres

-Mañana irán a Esperanza-nos dice papá a los tres mayores, para saludar a los padres y hermanos del Colegio San José y comprometerlos para el paseo anual a Rincón Avila.-

Los tres fuimos alumnos de dicho Colegio y nuestros padres habían establecido la costumbre de invitar a su personal docente a pasar un día en nuestro campo, en época de vacaciones. Los religiosos del Colegio, en su inmensa mayoría alemanes, de la congregación del Verbo Divino, aceptaron siempre gustosos la invitación, o por lo menos demostraron todas las veces que concurrieron en buen número, estar satisfechos y deseosos de repetir el paseo el año siguiente. Como buenos alemanes, hacían honor al chopp, ingiriendo sucesivos medio-litros con una soltura envidiable. Si no fuera por el hábito, que de buenas ganas se habrían despojado para estar más frescos, de no impedírsele sus reglamentos

eclesiásticos, esos hombres no parecían curas ese día, pues se comportaban de un modo tan liberal como cualquier civil, dentro de las elementales normas de una conducta intachable, aún después de sentir los placenteros efectos del vino y de la cerveza. Pareciera existir un convenio tácito entre ellos de olvidar durante su permanencia en Rincón Avila, su condición de maestros y religiosos, que agradecíamos íntimamente.

De cualquier modo, los muchachos nos sentíamos un tanto cohibidos por la presencia de nuestros severos profesores de ayer, que dentro del Colegio no recibíamos de ellos ningún trato diferencial por el hecho de agasajarlos un día en el campo, ni tampoco fue esa la intención de nuestros padres.

-Padre Max- le digo en un aparte, mientras contempla un grupo de ovejas - Ud. que sabe tanto, ¿Por qué le cortamos la lana a las ovejas todos los años?

-¡Pero hijo! Eso lo sabe hasta el mas lego en ovinos. Se esquila por dos razones: para aprovechar la lana, que es un producto valioso, y para que las ovejas no sufran tanto del calor durante el verano. ¿Estamos Wilhelm?

-No padre, no es por eso que le cortamos la lana a las ovejas.

-¿Y sinó?

-Porqué ellas no saben cortársela solas. - Pude esquivar la cachetada.

En la colección de fotografías familiares existen varias de grupos integrados con profesores del Colegio San José, tomadas por uno de los hermanos de la congregación en algunas oportunidades de sus visitas a Rincón Avila. En un grupo aparece junto a mamá Ana Zuher, una pariente soltera, residente en Esperanza, que días antes vino al campo a pasar una temporada con nosotros.

La casa de los Zuher era nuestra parada habitual en Esperanza. Casi siempre almorzamos con ellos y a veces pernoctamos en la casa, cuando, las diligencias o diversiones hacían necesaria prolongar nuestra permanencia en la ciudad. Ana solía venir con relativa frecuencia a Rincón Avila, con el consiguiente beneplácito de todos y en particular de nuestra madre, a quien su compañía y ayuda le fue siempre muy grata. No podía ser de otro dada las relevantes condiciones y virtudes de Ana, que no puedo pasar por alto sin dedicarle algunas líneas. Muy pocas en relación a sus merecimientos, por no herir su ejemplar modestia, la joya más

sencilla pero la más valiosa de sus adornos espirituales. Inteligente, hacendosa y hábil en toda clase de labores y tareas domésticas, incluso en actividades artísticas, como en pintura. Dotada de un carácter apacible, afectuoso, y por sobre todo, de una abnegación sin límites para la atención de enfermos y personas ancianas. Quienes la hayan tratado estarán de acuerdo conmigo en estas apreciaciones sobre su persona. Mereció un destino mejor, pero puede sentirse orgullosa por haber sembrado el bien, dejando a su paso un reguero de muy gratos recuerdos e impagables servicios desinteresadamente prestados.

Estadía de parientes santafesinos

Entre la correspondencia retirada de la oficina de Correos de Esperanza, había una carta de nuestras primas de Santa Fe, confirmando lo que les anunciara a mi llegada, y estableciendo fechas para dar cumplimiento al itinerario programado. El 20 de Enero nos esperarán en casa de unos parientes de ellas en Esperanza, para estar con nosotros una semana en el campo.

Con mamá a la cabeza, nos ponemos en movimiento para preparar el alojamiento de las dos primas y el primo, procurando hacer lo mas placentera posible la estadía de las visitas, que por primera vez llegaban a nuestro campo. Es verdad que no podremos brindarles algunas comodidades a las que están habituadas, como ser luz eléctrica y un baño con artefactos modernos, pero en compensación, les brindaremos una temporadita de mucho sol, aire puro, actividad física y succulenta alimentación. Para una mejor atención y descargar a mamá de las tareas pesadas se contrató los servicios de Josephine, una señora viuda francesa, de mucha experiencia en quehaceres domésticos y hecha a la vida rural.

El día señalado, muy de mañanita para soslayar los fuertes calores de Enero, papá y yo emprendimos el viaje a Esperanza, utilizando el "breque" enganchado con la famosa yunta de yeguas Cuca y Monona, mencionadas al principio del relato. El camino carretero como de costumbre, con tramos regulares y otros muy poceados. El arenal próximo al puente Vinal está pesado. Parada en la casa de Faure, inmediata al puente. Un descanso a las yeguas, una copa de

ajeno para mi padre y yo una chinchirra a bolita, mientras se conversa con doña Catalina, la simpática dueña de casa.

A las nueve llegamos a mi ciudad natal. Estacionamos el coche frente a la Casa Vionnet, importantísimo comercio en ramos generales donde hay de todo, desde un molino a viento completo hasta grabaciones fonográficas. Luego de ordenar las compras en las distintas secciones, pasamos por el Correo a retirar la correspondencia, completando los encargos en diversos lugares de la población. Paramos en el hotel Ronchetti, frente a la plaza, en cuya caballeriza dejamos el coche y yeguas el cuidado del mozo de cuadra.

En una peluquería próxima de un francés amigo de papá nos hacemos cortar el cabello. Mientras cumple su cometido, el fíguro trasmite en su lengua natal la jugosa chismografía de la ciudad, que no era poca por cierto y bien adobada con su pintoresco "savoir dire". Por supuesto, aunque comprendo bastante el francés, no estoy capacitado todavía para interpretar chismes y cuentos que parecen picantes, a juzgar por las risas provocadas. Mirando de frente un espejo mural, pude comprobar la cara de estúpido que uno pone en esos casos.

Como es temprano para almorzar, nos dirigimos a un café atravesando la plaza, dispuestos a mitigar la sed empujando sendos Chopps "San Carlos". Nos detenemos unos instantes al pie del hermoso monumento a la Agricultura, hacía poco tiempo inaugurado, en homenaje a los fundadores de la primera colonia agrícola argentina. Papá me señala una placa de bronce fijada al pedestal, donde figuran los nombres de los esforzados colonizadores, entre ellos el de su padre.

Yo tenía siete años cuando vinimos de Suiza a fundar esta colonia - me dice un tanto emocionado, pensando tal vez en las penurias soportadas durante los primeros años de aquella epopeya que plantó el primer jalón del progreso agrícola en esas tierras vírgenes, ansiosas de ofrendar su seno a las simientes para gestar el dorado fruto. Sí, las espigas doradas como el cabello de los gringos que abrieron los surcos, con las dos manos ocupadas en mantener firme el rudimentario arado y el fusil cruzado sobre la espalda, en previsión de ataques por parte de indígenas y animales salvajes.

Como ha cambiado en poco más de cincuenta años -digo, mientras mis torturados pies claman por liberarse de los recios botines, ya

estrechos para contener las “patas” ensanchadas por no usar calzado en el campo.

Durante el almuerzo pienso de continuo el instante feliz que ha de proporcionarme el sacar los botines cuando vayamos a dormir la siesta, en la habitación tomada por mi padre. Así fue.

Por la tarde, con el coche listo en la puerta del hotel, cargamos las mercaderías en la Casa Vionnet y nos dirigimos a recoger las primas en el domicilio de sus parientes, los Dreinion, a su vez parientes de du Trail, nuestros vecinos del campo, río Salado de por medio, con quienes ya habían combinado la fecha para su encuentro en Rincón Avila, una semana después.

Nos esperan, listas para viajar, Ginie, Elisa y Teodoro. Un rato de charla y partimos. Parada en el puente, donde traban relaciones con los de Faure. Está presente don Bartolo, un italiano que se ocupa del jardín y otros menesteres en la casa. Es un hombre de rostro muy poco agraciado por la naturaleza, defecto que trata de disimular cubriéndolo con su barba descuidada.

-Bartolo, ¿A cual de las dos sobrinas prefiere para novia? le pregunta papá.

Señala a Ginie, agregando seriamente :

-lo sono fiero per fuora, ma lindo per dentro -golpeándose el pecho y aludiendo a sus sentimientos.

La salida causa gracia y la conquista fulminante de Ginie fue recordada jocosamente por muchos años. La verdad es que la “novia” de don Bartolo quedó soltera y nunca se le conoció pretendiente.

Ya sobre el puente carretero, Elisa pregunta, señalando hacia el río:

-¿Que es aquello que asoma del agua, parecido a una gran jaula de hierro?

-Son los restos del esqueleto de un monstruo antdiluviano que murió empantanado -les digo con toda seriedad -En las barrancas del arroyo Cululú, por aquí cerca, han encontrado fósiles de animales prehistóricos-(lo cual era cierto).

Toi te moques de nos, vilain blagueur.

Papá se ríe y aclara :

-Son los restos de la balsa para cruzar vehículos y personas, que funcionaba antes de construirse el puente, muchos años atrás.

Al entrar en nuestro campo, les señalo la ex-escuelita rural donde concurría dos años atrás para recibir instrucción primaria y...

caricias del “caballo blanco” en manos de don Carlos Ahrens.

-En casa les voy a mostrar una fotografía del maestro y alumnos tomada frente a la escuela, de la que tanto les hablé en Santa Fe.

¿Pero todavía funciona la escuela? - preguntan al notar muchos chicos jugando.

-No, estos chicos son los hijos de Amaya, el puestero.

-Cada año pasa la cigüeña por aquí - agrega papá.

Al son de ladridos triunfales, en lugar de trompetas, el coche se detiene frente al molino de Las Casas.

-¡Por fin vamos a conocer estos primos! -exclama Ginie. En efecto, es la primera vez que se enfrentan, como si residieran en continentes distintos, y pensar que viven en el mismo departamento provincial (La Capital), apenas separados 10 leguas unos de otros.

No obstante haber nacido en Europa, el mundo conocido por Pablo hasta los 20 años de edad, se reducía a Esperanza, Franck, Iriondo, Nelson y Manucho. Creo que una vez un medio hermano lo llevó hasta un campo de Aguará, cerca de San Cristóbal.

El arribo de los parientes fue como un hálito de vida nueva; un brote de la ciudad llevado a los montes salvajes, al margen de la civilización, por así decirlo.

Excursiones, equitación, tiro al blanco, juego de bochas, música, platos y vinos selectos; en fin, todo aquello a nuestro alcance que pudiera hacer más grata su corta permanencia con nosotros.

Las mofas recíprocas por ignorancia de las cosas de la ciudad, por una parte, y de las del campo por otra, es la diversión preferida En tal sentido, yo me encuentro en una situación de privilegio, pues terminaba de pasar 9 meses con ellos en Santa Fe, pero todavía soy más campesino que pueblerino. Mi corta edad y poco tiempo de residencia en la capital provinciana, no habían permitido aún que las luces de la ciudad me dejaran ver muchos aspectos, costumbres y picardías de la gente que taconeaba por las aceras de calles empedradas. De una cosa estaba seguro, y es que a pesar de las aparentes complicaciones de la vida en las ciudades, resulta mucho más fácil para el hombre de campo asimilarse a la ciudad, que a la inversa.

Los Talas

Los paseos a la costa resultan agradables a los primos, particularmente por lo salvaje y sinuoso del río Salado, pero no les llama la atención el Tajamar, por vivir en una ciudad rodeada de grandes extensiones de agua. En cambio, la visita a Los Talas les arranca expresivas frases de admiración, como a todos los que llegan a ese lugar por primera vez.

La prima Ginie es una competente aficionada a la fotografía. No solo es experta en la toma de la foto, sí que también en los subsiguientes procesos negativo y positivo, en un improvisado gabinete oscuro de su casa. Dispone de una cámara "a cajón" para placas 9x12 cm. Con este primitivo y voluminoso artefacto, que felizmente había llevado consigo, suele hacer maravillas en las tomas de grupos.

Luego de recorrer y comentar el extraordinario desarrollo del compacto grupo de Los Talas, en particular las caprichosas formas de los socavados y retorcidos tallos, sostenidos por extensas raíces semicubiertas, Ginie dice:

-No me voy hasta tomar una foto. Pónganse en aquel tronco.

¡Caramba! Hay poca luz aquí debajo, pero tengo que sacar una instantánea por no poder fijar la máquina. Vamos a ver lo que sale.

-¡Atención al pajarito! Clic!

La Foto 6 es una reproducción mejorada de la original, más oscura. La foto resultó con escasa exposición, pero permite apreciar uno de los troncos de Los Talas. Luis aparece montando su famoso Bayo. El que apunta con la gomera a un pajarito imaginario y adopta una postura tan sin gracia como su indumentaria, soy yo.

Instalados en los asientos naturales que brindan los troncos y raigones de los añosos Talas, continuamos informando a los huéspedes hechos y leyendas relativas a este lugar privilegiado de nuestro campo.

Los viejos criollos de la región contaban que en Los Talas hubo una pulpería, centro de reunión de paisanos de las vecindades, donde se jugaba a las bochas, tabas, naipes y armaban bailongos con las chinas lugareñas. Decían que en varias ocasiones por cuestiones de juego o de faldas, parroquianos achispados sacaron a relucir

sus facones para trabarse en duelos a muerte. Aseguraban que en los lugares donde fueron enterradas las víctimas, solían aparecer luces malas y oírse lamentos.

La verdad es que cuando ocupamos el campo, en Los Talas no quedaban restos evidentes del supuesto boliche, aunque se encontraron algunos cacharros y utensilios, que bien pudieron ser olvidados por gentes de paso o por concurrentes a pic-nics en tan acogedor paraje.

Más adelante transcribo el relato de una leyenda referente a Los Talas, por un ex-capataz de la estancia.

Desde que ocupamos el campo, Los Talas fueron escenario de numerosos picnics, que congregaron gente de Esperanza y otros puntos. En el año anterior al de este relato, mi padre ofreció Los Talas a la Sociedad Helvética "Guillermo Tell", de Esperanza, para realizar el banquete en homenaje al Ministro plenipotenciario Suizo en la Argentina, que realizaba una gira por las colonias santafesinas con residentes suizos. La comida tuvo lugar en Los Talas, y de dicha reunión se conserva una fotografía, donde aparece parte de la concurrencia y cabecera de la mesa.

Los Talas nos ofrecen un magnífico refugio para practicar el tiro a las palomas torcazas, que en buen número anida en las copas de aquellos árboles. Con un rifle a bala de reducido calibre (22) y a la puesta del sol, en el lapso de media hora lográbamos derribar suficientes piezas como para un abundante y apetitoso plato de palomas saltadas a la cacerola.

En la lagunita adyacente a los Talas no faltan las becasinas y a menudo se asientan patos silvestres. En el fondo barroso se albergan anguilas comestibles, no aptas para estómagos delicados, por su estrecha semejanza con las serpientes.

-¡Miren como juega aquella vaca! - nos señala el primo Teodoro, apuntando con el dedo un grupo de animales cercanos

- Quiere subirse a caballito sobre la otra.

-¡Juá, juá, juá! carcajada general y las primas se sonrojan al reirse de Chufa. Este apodo, apócope de Chufaseca, le aplicaron sus hermanos a Teodoro por un cierto parecido físico con el protagonista de una historieta gráfica policial, titulada "Chufaseca y Tragavientos" que aparecía en el "Mundo Argentino".

La tal vaca cabalgadora es un fogoso toro, haciendo otro juego que el supuesto por nuestro primo. Con esta "gafe", el equipo Rincón



Fotografía 6



Fotografía 7

Avila desempató a su favor el “match” campiriños versus puebleros. Después de este jocoso incidente, el Tuti, de 9 años, no perdía oportunidad de tomarle el pelo a Chufa cada vez que presenciaban el jueguito en la majada de ovejas o en el plantel de gallinas.

Durante el regreso a Las Casas en el carro conducido por Pablo, las primas guardan silencio y parecen impresionadas. No del toro, supongo, sino de los Talas y de los sucesos que tuvieron lugar en ese macizo sombrío, cual gruta vegetal de caprichosos pilares, en cuya bóveda se oyen susurros y quejidos arrancados por las brisas.

-¿Nunca cavaron por los alrededores en busca de restos humanos? pregunta Ginie, obsesionada por el misterio que rodea a Los Talas.

Nó, pero los perros suelen cavary después lo tapan.

Fantasmales

Mientras, Luis planea para la noche una broma de las suyas. Vacía el contenido de un zapallo grande a través de un orificio y recorta los ojos, nariz y boca dentada, imitando una monstruosa calavera, que completa fijando una bujía en el interior del cascarón. Lo ayudo en la confección secreta del disfraz fantasmal, pero poco antes de tener lugar el número, cuando Luis había hecho mutis para actuar como aparecido, pienso que la broma podía caer mal, conociendo el sistema nervioso de los primos. Entonces, aunque dolido por la negra traición contra mi hermano, decido poner en conocimiento a todos los presentes de la inminente aparición del pseudo fantasma, pero quedamos convenidos en seguir la broma simulando ignorarla, y en el instante oportuno hacer ostentosas demostraciones de terror, con agudos gritos y corridas hacia las habitaciones.

Estamos reunidos en el patio, listos para la representación, algunos un tanto nerviosos, mientras otros pugnamos por reprimir la risa. Es claro que los perros, ubicados junto a nosotros, no pudieron entrar en la confabulación.

De pronto ladran furiosamente atropellando al fantasma, que no había previsto esa contingencia. Súbitamente, como si hubieran sido aniquilados por un gesto maléfico, los perros dejan de ladrar junto al Aparecido, han olfateado a Luis, quien les ordena callar por

lo bajo, quedando rezagados e invisibles para nosotros. Envuelto totalmente en una sábana blanca, excepto el cascarón de zapallo sostenido sobre la cabeza, con la vela escondida en el interior, Luis avanza lentamente, como viniendo de Los Talas, y emitiendo prolongados silbidos, alternados con lánguidos mugidos. El aspecto del “fantasma” causa impresión. No obstante estar al tanto de la cosa, el impacto fue paralizante, y por poco nos olvidamos de representar nuestro papel. Al rato, uno de nosotros inicia su parte con alaridos, seguidos por los demás, al tiempo que comienza el desbande desordenado hacia el zaguán de la casa mayor, donde, pasado el primer instante de estupor, hacemos inauditos esfuerzos por detener explosivas carcajadas. Las primas se comprimen los muslos.

En cambio, Luis se alarma por el aparente efecto causado y se apresura en darse a conocer despojándose del disfraz, y realmente asustado en la creencia de haber llevado demasiado lejos su intervención fantasmal. Se repite la historia del bromista burlado, con el agravante de recibir una reprimenda de mamá y las primas. La hilaridad apenas disimulada de los varones despierta en el Flaco sospechas de una infidencia y me dirige una mirada inquisitiva. Por supuesto, me hice el otario, encantado por la inversión del espectáculo.

Rodeo

Hoy estamos de rodeo en el potrero norte de la costa, con el objeto de hacer un recuento y apartar la tropilla de vacunos que dentro de poco han de trasladar a Capibara, previo baño garrapaticida. El rodeo consiste en reunir el ganado de un potrero en un lugar determinado, siempre el mismo, para que los animales adquieran el hábito de concurrir a ese punto de concentración cuando quedan sometidos a la maniobra envolvente de los jinetes, iniciada desde los confines más apartados del potrero y acompañada de silbidos y gritos característicos. Nunca faltan vacunos chúcaros que hacen oídos sordos al llamado, tratando más bien de escabullirse en la espesura del monte o entre los altos pajonales de la costa. En esos casos, los pichichos prestan su valiosa colaboración, obligando a los desertores incorporarse al rodeo, so pena de recibir unos

cuantos mordiscos de tan diminutos pero empecinados canes, contra los cuales resultan inofensivos los muchos y mal situados cuernos de las bestias. Fuera de un problemático pisotón, los pichichos no corren riesgo en su trabajo de ablandamiento y persuasión a los animales matreros.

Los primos presencian el rodeo montando caballos muy mansos y con monturas adecuadas. A Teodoro lo hacemos galopar en el Petiso, que se muestra muy benévolo con el inexperto jinete, tratando más bien de recibirlo sobre el lomo al ser impulsado hacia arriba, como pelota saltarina.

-¡Agarrate de las crines, Chufa! ¡Guarda con el toro! - le gritamos - Anda con ganas de subirse a caballito. Todo resultó bien. Para ellos, la novedad y emociones, y para nosotros divertidos a expensas de los novatos. De paso, les vamos enseñando los nombres y cualidades de plantas y aves del lugar.

-Miren, esta mata color verde subido es el mío-mío, veneno mortal para el ganado. Los animales criollos o criados en el campo no comen esta planta, pero los de raza o de cabaña suelen intoxicarse y mueren con el vientre hinchado.

-Este arbusto, con las hojas parecidas a las del algarrobo, es la Mimosa Púdica- les digo, recordando recientes lecciones de botánica.

-Toquen una hoja; vean como se pliega hasta cerrarse. Aquí lo llaman, con el perdón de la palabra, “cerrate culito”.

-Aquel pajarito tan saltarín entre las ramas, parecido a la tacuarita, es un chotoy. Construye un nido muy grande y complicado.

-¿Que frutas son esas bolitas negras en el camino?- inquiera una de las primas.

-¡Já,já! ¿Por qué no se lo preguntas a las ovejas, que la dejan de paso? ¿Querés probar una?

-¡Cochon!

- Estas sí se comen - y señala Luis los pequeños frutos alargados y rojos de una planta herbácea, contra el alambrado

-Prueben; son riquísimos - y hace como que mastica uno de los diminutos ajíes silvestres.

-¿No será veneno, eh? y engañada por la simulación del bromista, hinca el diente en una frutita, yla escupe furiosa, aventándose desesperadamente la boca abierta, con las manos.

-¡Muchacho de porquería! ...¡Tengo fuego en la lengua! ... ¡me la vas a pagar!

Encalmada la jarana, mientras Ginie sigue escupiendo saliva y palabras francesas, les digo:

-Quien los probó por primera vez pronunció otras palabras más crudas que no puedo repetir aquí, y con ellas bautizado por el vulgo este agresivo ají.

-¿Como le dicen? - la curiosidad femenina no tiene límites, e insistían para que les diera el nombre de la dichosa frutita, roja y ardiente como el fuego. Por supuesto, yo me salía de la vaina por largarlo a pleno pulmón, pero quería aparecer como obligado a ello por la obstinación de mis primas. El “puta-parió” salió natural, con un nimbo de candor, cual metamorfosis de repulsivos gusanos en dos juguetonas y polícromas mariposas.

-¿Así que el Salado está por allá? pregunta Elisa señalando el Oeste, en un intento por cambiar de tema. Por lo menos ayer todavía estaba.

Los parientes dejan Rincón Avila

La estadía de los parientes llega a su término. De acuerdo a lo convenido, nuestros vecinos y amigos du Trail vendrán a buscar hoy a los huéspedes utilizando el camino mas corto, o sea cruzando el río Salado. Como no existe puente entre las dos propiedades, ni paso que permita el cruce con carruajes, es necesario recurrir a una canoa en combinación con transportes terrestres, a uno y otro lado del río.

Por la tarde temprano, uno de mis hermanos mayores y Teodoro se dirigen con el carro, provisto de asientos suplementarios, al lugar establecido de la costa, el llamado “paso”, ubicado un poco más arriba de la rinconada Sud. En la ribera opuesta está amarrada la embarcación de los vecinos, quienes no se hacen esperar. En un carruaje llegan desde el casco de su estancia varios hermanos du Trail; dos varones y cuatro mujeres. El menor de los varones, de unos 16 años y apodado “Cosquillita” por sus amigos, cruza con sus hermanas en la canoa, mientras el otro hermano regresa a su casa en el carruaje, conviniendo la hora 6 p.m. para recogerlos de nuevo. Gran algarabía al arribo del carro a Las Casas con tan nutrido y

juvenil cargamento; una verdadera embajada de buena vecindad, con las más lindas representantes de la comarca. Agasajos a las gentiles visitas.

Ginie aprovecha la reunión para tomar dos fotografías del numeroso grupo, una de las cuales aparece reproducida en este escrito (Foto 7). No recuerdo de quien fue la idea y el arreglo poco feliz de la escena. En un primer plano, los seis muchachos provistos de armas de fuego, en una exhibición incompleta de nuestros fusiles y adoptando posturas poco académicas, parecen un anticipo de batería antiaérea, dispuestos rechazar un ataque de bombarderos. En el fondo, algunos ocultos por los “boys”, aparecen los demás como espectadores del ridículo grupo armado. Evidentemente, Ginie no ha estado acertada en esta foto, pero registra un emotivo recuerdo, que se agigantará con el correr de los años. De los seis fusileros, sobreviven tres abuelos sexagenarios a la fecha.

Despedida.- *Hasta pronto* - me dicen los primos, aludiendo a mi próximo regreso a Santa Fe, y el carro cargado con nueve personas enfila hacia la costa. El agitar de pañuelos que se esfuman en lontananza, acentúan el vacío dejado con la partida de los huéspedes. El cruce del río se hizo en dos tandas, para mayor seguridad.

Carnaval en Nelson

El pueblo se denomina en realidad Manuel Gálvez, y Nelson es el nombre de la estación del F.C.S.F. Pese a su doble designación, es un poblado pequeño y triste, de edificación pobre y escasa importancia comercial. Dista unos 15 Km desde Las Casas, en dirección N.E.

Transcurre la semana de carnaval, a mediados de Febrero. Días antes, el joven Paul Voulet estuvo de visita en casa y nos entusiasmó para concurrir al corso de Nelson el Domingo de octava por la noche. Lo designamos embajador ante nuestro padre, quien, escuchada la solicitud de Paul, expuesta en francés para darle mayor efectividad al pedido, no opuso reparos en que dispusiéramos de la americana pero con los dos caballos de tiro menos briosos.

Algunas veces, en años anteriores, nos llevaron a los cursos de carnaval de Esperanza, de modo que “teníamos una idea formada al respecto. Pensamos adornar el carruaje y disfrazarnos, pero la carencia de vestimentas adecuadas y más que eso, la falta de iniciativas propias, hizo fracasar el propósito de presentarnos como los héroes novelescos de nuestra preferencia: D'Artagnan, el Corsario Negro, Arsenio Lupin y Juan Moreira. Al final, todos los preparativos se redujeron a quitar la capota de la “americana”, darle una buena lavada y agregar asientos suplementarios.

Vestidos con pilchas camperas y dispuestos a divertirnos, partimos los cuatro hermanos a la puesta del sol. Los perros nos acompañan un buen trecho, hasta que las órdenes imperativas de regresar a casa los hacen desistir de su empeño, comprendiendo tal vez que no íbamos a cazar peludos. Las lechuzas paradas en los postes de los alambrados nos observan con sus grandes ojos gatunos y siguen el movimiento del coche sin pestañear, haciendo girar la cabeza sobre el cuerpo rígidamente estacionado. Están al acecho de ratones y lagartijas, que aferran con sus afiladas garras y ultiman con su potente pico curvo. Útil y hábil cazador nocturno, la lechuza es vituperada por su ingrato graznido, que anuncia malas nuevas según creencia arraigada entre los paisanos.

La luna llena asoma sobre la copa de los árboles, simulando una gigantesca y reluciente moneda de oro, manipulada desde el infinito por hilos invisibles. Coreamos “la luna, comiendo tuna ...”, desastrosamente entonada.

Frente a la casa de los Voulet nos espera Paul, con atavío gauchesco.

-Bon soir Madame et Monsieur Voulet - a los padres de Paul, que salen a saludar y recomendarnos mucho juicio.

-Bien entendu, pas trop tard mon enfant - agrega cuando nos alejamos.

Poco antes de llegar a Nelson, cruzamos las vías del F.C.C.N.A., del ramal Laguna Paiva hacia el Oeste, y una cuadra después se encuentran las instalaciones del baño garrapaticida para haciendas, donde días más tarde volveríamos con una tropa nuestra.

Inusitado movimiento de carruajes, jinetes y peatones en la calle de la estación un simulacro de avenida paralela a las vías del F.C.S.F., donde tiene lugar el corso en una extensión de tres cuadras.

Guirnaldas de papel cruzando la calle y unos pocos faroles a gas de carburo (acetileno) colgados en columnas centrales, completan la ornamentación. La luna brillante coopera en la iluminación. Además, se levantan dos o tres palcos en el centro de la avenida, que ocupan lo mas granado del pago. Antes de entrar al corso con la Americana, adquirimos caretas (¡Pobrecitas!), serpentina, papel picado y pomos de agua florida, sin olvidar unas cuantas botellas de cerveza y una de caña doble. ! Adentro muchachos! a engrosar la docena de vehículos y jinetes que participan del corso, rindiendo culto a Momo.

Las primeras vueltas frías, arrojando en silencio algunas serpentinas a las chicas de los palcos. Una tras otra, las botellas circulan de mano en mano y los ánimos se entonan. Para empinar las botellas nos levantamos las caretas, pero resulta más cómodo desplazarlas media vuelta, mostrando así dos caras. Este simple arreglo nos transforma en el original conjunto “Caras y Caretas”, festejado con aplausos, rechiflas y algunos cascotazos. En tren de plena jarana, saco a relucir un pito o flautín de juguete, con 6 agujeros, que traje de Santa Fe, donde aprendí a tocar de oído unos pocos compases de marchas y valeses de operetas. De pie en el vehículo, ejecuto con brío el muestrario de fragmentos musicales. Las trémulas notas surgen desafinadas del flautín, con hálitos de caña, pero el público aplaude a rabiar, gritando ¡otra, otra! ¡Ay!, mi reducido repertorio estaba terminado. Entonces, simulando un gesto magnánimo, regalo el instrumento (costó \$1,20) a un chico que nos sigue.

Los “niños” de Rincón Avila levantan presión y comienzan a mostrar el indio del otro yó. Alaridos, palabritas y gestos in crescendo demuestran una vez más que no existen límites definidos entre el Hombre y la Bestia cuando los convencionalismos han sido disueltos por el alcohol.

-Volvamos a casa -propone Pablo, un poco por cansancio, otro tanto en consideración a los caballos, y mucho por temor a que se armara una gresca de proporciones por desbordamiento del entusiasmo. Se convino otro circuito más para liquidar las existencias de serpentinas y pomos; (bebidas no quedaban felizmente). Un adiós a Momo y vuelta al pago.

La depresión y el sueño se apoderan de nosotros, incluso del conductor, pero los caballos no han bebido caña y saben regresar

por sí solos. A la salida de Nelson nos detenemos un instante para ...y los caballos hacen lo propio. Otra parada frente a la casa de Paul para que descienda. La luna brilla en el Cenit, ahora de plata. Serían las 12 p.m

-Estuvo lindo ¿Eh?

-Macanudo che, ¡chau! -En una ventanita iluminada la madre espera ansiosa la llegada de su hijo único.

Frente al portón de nuestro campo los perros del mediero ladran. Una discusión sobre quien tiene que abrir la puerta. El Tuti está dormido y la presión de los mayores me obliga a ceder, pero al llegar a Las Casas no presto ninguna ayuda en desenganchar los caballos del coche.

Mamá está despierta todavía; ¡Gute Nacht y a la cucha! Sueño encontrarme sumergido en un estanque de aguas amarillas y espumosas, pretendiendo infructuosamente arrancar del flautín los primeros compases de la Marsellesa, mientras cintas multicolores de papel aprisionan mi cuerpo.

Baño de Hacienda

Anteayer llegaron Tomás Córdoba y dos peones, que vienen a llevar una tropa de vacunos con destino a Capivara. Tomás fue nuestro capataz en los primeros años de la estancia. Yo tendría 5 años cuando se trasladó al Norte, pero recuerdo perfectamente al buenazo de don Tomás, criollo de ley, siempre tocado con una característica boina roja y vistiendo amplísimas bombachas sujetas con varias vueltas de faja vasca, de la que asoma por detrás el mango de la cuchilla. Alpargatas negras, camisa y gran pañuelo blanco anudado al cuello completaban su típico atuendo. Ahora (1913) tendrá unos 45 años, o pocos más, a juzgar por los contados hilos de plata que se infiltran en sus poblados bigotes.

Durante su actuación como capataz, él nos enseñó muchas cosas del campo, incluso arrojar el lazo y las boleadoras. Le gustaba contarnos cuentos e historias fantasiosas, casi siempre relacionadas con sucesos ocurridos en el legendario río Salado y montes aledaños. Aunque transitorio, el regreso del viejo amigo Tomás nos pone muy contentos y él también se alegra de vernos, asombrado por lo crecidos que nos encuentra.

Una disposición de sanidad animal exige para la hacienda en tránsito un certificado de baño garrapaticida. Papá aprovecha esta coyuntura para extender el tratamiento al resto de los bovinos. El día anterior al fijado para trasladar la tropa al baño público, los animales fueron concentrados en el potrero Norte y se improvisó una puerta en el alambrado lindero para salir directamente a la ruta, acortando así media legua el trayecto hasta Nelson a más de facilitar las operaciones en el interior del campo.

El plan configura las siguientes etapas:

a) A mediodía, luego de almorzar temprano, parar rodeo en el potrero Norte, en la zona de salida a la ruta.

b) Salida de la tropa y traslado hasta Nelson por el camino público. Son unas 600 cabezas, conducidas por 6 arrieros: Tomás, dos peones, Pablo, Luis y yo; el Tuti no es de la partida por ser demasiado chico (9 años). Se calcula unas 5 horas para cubrir la distancia. Papá viajaría por la mañana temprano del día siguiente para presenciar la operación del baño.

c) Llegada a destino y encierro de la hacienda en el amplio potrero anexo al baño y provisto de bebederos, dode deben pernoctar bajo la vigilancia de los arrieros.

d) Al aclarar, traslado a los corrales, cuyo brete desemboca directamente en la entrada del baño.

e) Baño propiamente dicho, haciendo pasar uno tras otro a los animales, dejando un intervalo entre ellos para evitar colisiones y accidentes.

f) Traslado de la tropa nuevamente al potrero para darle de beber y descanso.

g) Regreso a Rincón Avila por la misma ruta, calculando llegar a la puesta del sol.

El día se presenta bueno, aunque caluroso, y la marcha se inicia sin tropiezos. Dos arrieros adelante, como guías de contención, impidiendo que los animales de vanguardia se adelanten demasiado, a los efectos de no dispersar la formación; dos laterales comprimiendo el ganado hacia un costado del camino, para permitir el paso de vehículos en uno y otro sentido; y dos jinetes en la retaguardia, encargados de “empujar” la tropa, estimulando a las bestias con gritos de arre, silbidos, pechazos y guasca a los más remisos.

Los perros se agregaron a la partida y los dejamos acompañarnos por la colaboración que prestan en la conducción de la tropa. ¡Pobres pichichos! Entre ida y vuelta tuvieron que andar 7 leguas (35 Km), sin contar los constantes desplazamientos transversales, que suman otras tantas leguas.

Cada uno de nosotros monta el flete preferido. Pablo, el Barroso; Luis, el Bayo y yo, el Potrillo, todos con buenas monturas y gruesos cojinillos para asegurar un mullido asiento y luego un confortable lecho por la noche. Que largas me parecen las cinco y pico horas montado a caballo y arriando vacunos, pero la peor parte le toca al pingo, que con la montura y el calor se se cubre de espumosa transpiración.

Los perros intervienen cada vez que un animal se separa del conjunto, pero ocasionalmente desoyen las órdenes para olfatear el rastro reciente de algún bicho y quedan retrasados. No tardan en reincorporarse jadeantes, sacudiendo las lenguas mojadas fuera de la boca, con lo cual aceleran la evaporación, que provoca pérdida calórica a su organismo en plena actividad. Aprovechan

asimismo los charcos en las cunetas del camino para darse baños refrescantes.

¡Por fin! Ya estamos a la vista del baño. Pese a los mullidos cojinillos, mis asentaderas reclaman reposo y aire fresco. Los animales evidencian cansancio al término de la dura jornada, y hasta los más revoltosos ganan el potrero cual mansos corderos, ávidos por saciar su sed y echarse sobre el pasto a descansar.

La tarde, que me pareció la más larga de mi vida, toca a su fin. Luego de desensillar y atender a los caballos, nos disponemos a preparar un costillar de novillito al asador. Mientras, circula el espumoso mate amargo.

El cuchillo y los dedos son suficientes para dar buena cuenta del sabroso asado, el que asentamos con unos tragos de vino tinto. Don Tomás está en todo; nos muestra la forma de disponer el apero en el suelo, para dormir más cómodos, pero antes de echarnos a dormir nos sentamos formando rueda, en animada conversación.

-Don Tomás: ¿Por qué no nos cuenta algo de sus andanzas o hechos ocurridos en Rincón Avila en los primeros tiempos de su actuación como capataz? -pregunta alguien

-Bueno, les voy a contar la historia de los Avila, tal como la oí en boca del hijo del pescador Martín. Como es un tanto fantástica y sucedió mucho antes de que yo viniera a estos pagos, no puedo garantizar si todo es verdad, pero de cualquier modo creo les ha de gustar a uds., muchachos- dice, mientras nos acomodamos bien cerca del narrador para no perder palabra.

Nota.- El relato que sigue, si bien de redacción pulida y reciente, conserva intacto el espíritu y sabor de la historia contada por Tomás Córdoba aquella noche y que título Leyenda de los Talas.

Leyenda de Los Talas

Muchos años ha, entre 1830 y 1840, tomó posesión de estos campos un gentilhomme español, don Juan de Avila. No se conocen las circunstancias que lo decidieron a radicarse en estas tierras alejadas de centros poblados, en medio de montes bravíos,

en parte habitados por grupos dispersos de indígenas y donde el peligro acechaba en cualquier parte y momento, por la presencia de jabalíes, yagaretés y serpientes ponzoñosas en abundancia. Los indios que merodeaban por la zona no eran muy belicosos, pero en ocasiones desataban el malón contra los blancos, ya sea por venganza, o para apropiarse de caballada o bien en defensa de su tierra ante el progresivo avance del extranjero, que los desplazaban cada vez más al Norte, en desigual lucha.

Don Juan de Avila se instaló con sus dos hijos, Juan y Manuel, y un esclavo mulato, trayendo consigo una tropilla de equinos, vacunos y ovinos, contando con una carreta de dos ruedas y algunos útiles de labranza para el cultivo de cereales.

Los Avila levantaron su vivienda, constituida por dos ranchos de adobe y paja, en el mismo lugar que hoy ocupa la lagunita, al borde de un montecito de pequeños talas y añosos algarrobos. En un principio, la caza y pesca en el río Salado suministraron un fácil medio de subsistencia. Periódicamente realizaban viajes a Santa Fe en la carreta para surtirse de mercaderías o implementos indispensables.

Un atardecer de estío, el hijo mayor (Juan), de unos 22 años, estaba en la costa del río al acecho de un carpincho, cuando un dulce cántico le hizo desviar la atención hacia la ribera opuesta. A la difusa luz crepuscular creyó distinguir una sirena cobriza emergiendo de las tibias aguas. Quedó absorto en la contemplación de las bellas formas de aquel cuerpo juvenil, y un deseo incontenible de posesión se apoderó de Juan. Se despojó de la ropa y con el mayor sigilo, protegido por las sombras de la noche que ya extendía su manto, cruzó el río para sorprender a la desprevenida sirena.

La joven india lanzó un grito e intentó huir, pero en vano. Aprisionada entre los musculosos brazos del hombre enardecido, trató en un principio de oponer resistencia a la consumación del acto, pero luego entregó su virginidad, compartiendo el placer sensual con su impetuoso e improvisado amante.

Después, Juan decidió raptarla, a lo cual no opuso resistencia la indiecita sometida. Avezado nadador, cruzó el río tomándola con una mano por debajo de la barbilla. La cubrió parcialmente con parte de su vestimenta y montando la conquista sobre la grupa del caballo, galoparon hacia el rancho, sin meditar en las

consecuencias de su peligrosa aventura.

La sorpresa e indignación de don Juan de Ávila no tuvieron límite y exigió iracundo le devolución de la cautiva, a lo cual el raptor se negó rotundamente. En su lengua quichua, con algunas palabras en español, la india trató de explicar que había venido voluntariamente. Por fin don Juan se calma y aceptó de mal grado la permanencia de la joven indígena en su casa. Esa noche, Manuel tuvo que conformarse con una liebre, a falta de la sabrosa carne de carpincho prometida por su hermano.

Mientras, en la toldería indígena acampada a unos mil metros de la ribera oeste del Salado, el cacique estaba inquieto por la prolongada ausencia de su hija.

No bien despuntó el alba, organizó una expedición en busca de la joven. Hábiles rastreadores, los indios dieron muy pronto con las huellas impresas en la arena de la costa, mudos pero inequívocos testimonios de lo acontecido. Cruzando el río, reencontraron las huellas de ambos, como también de botas y pisadas de caballo. Siguieron el rastro a través del monte, que los llevó a la vista de la vivienda de los Avila, y entonces, el cacique enardecido por la ira, ordenó atacar de inmediato para rescatar a su hija y dar muerte a los blancos. En tanto, los perros de los Avila habían husmeado a los indios, poniendo sobre aviso a sus dueños, que bien pertrechados con armas de fuego se aprestan a la defensa, dejando atada dentro de un rancho a la indiecita.

Parapetados tras los troncos de los árboles, los cuatro hombres esperaron el desorganizado ataque frontal, precedido de los característicos gritos de guerra.

La lucha fue breve. Las flechas y lanzas de los quichuas nada pudieron contra la mortífera descarga de fusilería. Uno de los primeros caídos en la contienda fue el propio cacique, y el resto de los indios, al ver a su jefe tendido en un charco de sangre, huyeron en completa derrota. El cacique mortalmente herido, invocando al Sol, lanzó una maldición contra los Avila; sus últimas palabras quedaron ahogadas en una bocanada de sangre.

El mulato enterró a los muertos, luego de ultimar a los mal heridos que no pudieron huir, en un acto de salvajismo que consideró piadoso. La india nunca supo que su padre había muerto en la refriega.

Manuel fue el único de los blancos que resultó herido, con un

flechazo en un muslo. La india le lavó la herida y aplicó yuyos medicinales silvestres, atendiendo solícitamente al enfermo. En el transcurso de la convalecencia, el menor de los Avila quedó prendado de los encantos de su tierna curandera, comenzando así otro acto de este drama.

Las ardientes miradas y furtivas caricias de Manuel provocaron los celos de Juan, pero no dejó traslucir su estado de ánimo. Una tarde, éste último regresó más temprano que de costumbre de su habitual recorrida por el campo y sorprendió al hermano abrazando a su mujer, ocultos en un pajonal cercano a los ranchos. Ciego de rabia desmontó y desenvainando el facón se abalanzó dispuesto a matar al traidor. Repuesto de la sorpresa, y ante la siniestra intención reflejada en el rostro de su hermano, Manuel se aprestó a defender su vida armado de un puñal. Se entabló un duelo entre hermanos, ambos muy diestros en el manejo del cuchillo, y la india corrió aterrorizada hacia los ranchos para dar cuenta del hecho a don Juan de Avila.

Manuel trató de desarmar a su hermano, pero éste enfurecido abrió su guardia y en una atropellada se ensartó en el puñal de su contrincante, quedando tendido en el suelo. En la creencia de haberle dado muerte, Manuel montó en el caballo de Juan y huyó rumbo al Salado, resuelto a no regresar.

Juan se repuso de la grave herida, gracias a su espléndido físico y a los cuidados de la india, a quien perdonó su infidelidad.

Pasaron muchos años. Manuel se radicó en la provincia de Santiago del Estero, donde formó una familia y se dedicó a la cría de ganado en un campo lindante con el Salado, el tortuoso río ligado a su trágico sino.

Ansioso por conocer la suerte corrida por su padre y rogar su perdón como fratricida involuntario, Manuel decidió regresar a su antigua querencia, acompañado de los suyos. Vendieron sus bienes y un buen día se embarcaron en una canoa acondicionada para hacer el extenso recorrido del río, aguas abajo.

El viaje fue largo y lleno de peripecias, pero sin mayores problemas de subsistencia, por la abundancia de caza y pesca. Por fin, después de 18 días desde la partida, llegaron a destino, atracando al término de la cerrada curva del río que abraza el estero grande.

Poco había cambiado el panorama costero durante los 20 años transcurridos desde el desgraciado día que se alejó de aquellos

lugares. Dejando a su familia acampada en la costa, Manuel se internó en el monte que no obstante las variaciones sufridas, conocía como la palma de su mano. Luego de cruzar el monte y ya próximo al sitio donde pasó sus años mozos, experimentó la sensación de haber extraviado el rumbo.

-¡No puede ser! -exclamó- Estoy seguro de que es aquí - y el desaliento se apoderó de Manuel.

¡Todo estaba tan distinto! En el lugar donde existieron los ranchos, que ubicó por referencia a un viejo palenque clavado a unos 100 mts más al Este había una laguna de forma circular. En el borde occidental de la laguna un imponente grupo de talas, de alto y tupido follaje sostenido por enormes troncos, caprichosamente retorcidos. Ni rastros de tapera; solo el viejo palenque ennegrecido, cual dedo delator apuntando al cielo, mientras el grito de los teros y canto de las palomas agregaban una nota de lamento al solitario paraje. ¿Que había pasado?

En su empeño por averiguar lo sucedido, Manuel recordó que en la costa, un poco mas abajo del sitio donde acamparon, hubo un pescador que habitaba un ranchito construido en una elevación de la barranca. Allí se dirigió con la esperanza de encontrarlo, y en efecto, pudo dar con el hombre, quien al punto reconoció al menor de los Avila, no obstante haber transcurrido 20 años desde que lo viera por última vez. Al requerimiento de Manuel, el buen hombre que ya frisaba en los sesenta y vivía con un hijo de 18 años, contó lo siguiente. *“Tu tata, tu hermano y la mujer con tres gurises...”*

-¿Pero? ¿Cómo? ¿Entonces yo no maté a mi hermano? - pregunta Manuel en un arrebató de alegría.

-Nó m'hijo; Juan curó de la herida y quedó bien.

-¡Gracias Dios mío, por haberme librado de tan tremendo peso en la conciencia!

-Como t'iba diciendo, don Juan prosperaba en el campo, pero siempre estaba penando por la güelta del hijo menor. Estuvo averiguando tu paradero dende que te juiste sin que naide le pudiera informar, y al final te dieron por dijunto.”

“Una noche, allá por el año 45, el mandinga se encargó de cumplir con la maldición del cacique. Se desató una juerte tormenta del pampero y nos guarecimos con el muchacho en un ranchito. En un derepente ¡Dios nos libre y guarde! vimos pal lao del oriente una bola ardiendo que caiba dende el cielo, alumbrando el campo como

si juera de día y al estante el trueno más tremendo que haiga sentío en mi vida. El piso del rancho tembló juerte y caiban las cosas colgadas. Habrá sido una centella por aquí cerquita nomá pensé.

El temporal y aguacero siguió azotando dos días seguidos. Cuando el tiempo se compuso y secao el barrial, le dije al muchacho qu'iba verlo a don Juan pa llevarle unos doraos y conviersar de la centella.

Me arrimo y ... ¡Dios Santo y la Virgen! ¡Qu'es lo que hai pasao aqui! Te juro Manuel que los pelos se me pusieron e punta, como flor e cardo. En el mesmo lugar donde habían los ranchos, aura estaba una laguna cubierta d'espesa cerrazón. Me acerco mas por las dudas que juera ilusión, como esas que dicen se ven en los disiertos. ¡Pero nó! Toco el agua y está caliente; se siente olor a misto y un calor estraño me chucea el cuerpo. ¡Cruz Diablo! ¡Esto es obra e Mandinga! Me persiné y salí juyendo pa la costa.

Dend'ese día no pisé nunca más por esos pagos. Pobre don Juan y la familia. Solamente vos te libraste de la maldición.”

Esa fue la historia que contó don Martín, el pescador. Luego prosiguió :

“Aura ricorro el Salao en mi canoa hasta más allacito del arroyo Cululú. Por allí hay un grillo que me compra el pescao. Me cuenta que una legua y media más al sur se ha formao un poblao de tuitos gringos que labran la tierra. Creo qu'el poblao ese tiene por apelativo “La Esperanza”

-Muchas gracias don Martín por todo lo que me ha contado, pero me cuesta creerlo.

-¡Por esta! -cruza los índices sobre los labios -te juro que tuito es verdá. ¿Y vos Manuel, que pensás hacer aura?

-No sé, pero como estas tierras me corresponden por el finao mi padre, lo mas probable es que me quede y levante mi rancho debajo los talas.

-¡Mirá qu'ese lugar está maldito! - y don Martín no agregó palabra.

Corría el año 1860, o sea unos quince años del trágico suceso. Manuel y su familia levantaron un rancho bajo Los Talas, dispuestos a trabajar el campo. En la orilla norte de la laguna plantó cinco cruces en homenaje a los familiares desaparecidos.

A los tres meses de afincarse en Los Talas, Manuel se sintió enfermo de una rara dolencia. Las fuerzas le abandonaron y la sangre se le ponía aguachenta. Pocos días después, la mujer y sus

tres hijos, dos varones y una gurisa, padecieron del mismo mal. La tragedia se cernía de nuevo sobre los últimos Avila. En medio de espantosos dolores, dentro de un cuadro dramático sin parangón, murieron los cinco en el lapso de una semana, sin auxilio ni alma piadosa que les cavara las fosas. Los cadáveres fueron descarnados por los caranchos y peludos, quedando las retorcidas osamentas como mudos testimonios del trágico sino de los Avila.

La maldición del indio se cumplió hasta el fin, y desde entonces las brisas arrancan suaves lamentos en las copas de Los Talas. Esta fué la historia de los Avila, contada por Tomás Córdoba.

Permanecemos silenciosos varios minutos, fuertemente impresionados por el relato. Es hora de dormir.

Acostado de espaldas contemplo las titilantes estrellas del firmamento y trato de conciliar el sueño, pero no puedo desechar de mi mente a los protagonistas de la leyenda. Por fin, el cansancio puede más, pero a poco de sumirme en profundo sueño, un estrépito de hierros que entrechocan me despierta sobresaltado.

Es un tren de pasajeros del F.C.C.N.A., rumbo al Oeste. Estamos a unos 30 metros de los carriles. Se produce un movimiento en el ganado, presa de terror ante el paso del monstruo de acero con sus flancos iluminados y escupiendo fuego. Un caballo relincha y los perros ladran. Poco después el silencio reina de nuevo y logro dormir hasta despuntar el día.

Garrapaticidio

¡Arriba muchachos! Unos verdes con galleta marina y listos para la faena. En primer término pasamos el ganado al corral sito en la cabecera del baño, con un brete estrecho por donde han de desfilar uno tras otro los animales, antes de penetrar en el baño lleno de garrapaticida. Frente al baño de hormigón con piso en pendiente, los animales resisten instintivamente a iniciar el descenso hacia el líquido oscuro y maloliente. Es necesario estimularlos por lo general. Algunos se deciden por espíritu de imitación siguiendo al precedente. A otros, en cambio, se los debe castigar con látigos o picanas, y a veces, arrastrarlos con un lazo pasado por las guampas. Ya en el piso inclinado, no pueden retroceder ni detenerse y se deslizan sumergiéndose en el líquido, donde deben

nadar un trecho antes de alcanzar la rampa opuesta, de pendiente suave y escalonada, que permite afirmar las pezuñas para una fácil salida. En la mitad del trayecto está un hombre con una especie de horqueta, que aplica en la nuca del cuadrúpedo bañista, y empujando hacia abajo lo compele a la zambullida, trámite indispensable para asegurar el contacto del fluido en toda la superficie del animal, incluso la cabeza, lugar que no desprecian los inmundos chupasangre. Al emerger del agresivo líquido, los ojos irritados de las bestias acusan tal impresión de espanto y dolor que mueven a la compasión. Peor aún cuando en la breve inmersión total, el animal ha intentado respirar. El tipo encargado de esta operación se divierte a expensas de las pobres bestias desesperadas. Me aparto pensando la cara que pondría él en las mismas circunstancias.

El encargado del baño público, provisto de un reloj contador, registra el número de animales que pasan. Otro tanto hace Pablo, por indicación de papá.

A la salida del baño, el ganado es conducido de nuevo al potrero para reponerse del mal rato y prolongar el efecto del baño. Después de otro apetitoso asado, emprendemos el regreso a Rincón Avila, que resulta más llevadero, en parte porque los animales marchan disciplinados, ansiosos por llegar a su querencia.

Con los huesos molidos y las asentaderas intocables, al apearme en Las Casas no ambiciono otra cosa que tenderme en mullida cama y dormir un montón de horas seguidas. Fueron dos jornadas demasiado severas para mi edad y falta de entrenamiento, pero me siento orgulloso por haber resistido hasta el final de mi debut como tropero, pese a las pullas de mis hermanos mayores al notar mi lastimoso estado físico.

Últimos días

Las vacaciones tocan a su término. Dentro de pocos días regresaré a Santa Fe para reanudar los estudios secundarios. También Emilio viajará conmigo para iniciar el primero de los dos años preparatorios en el mismo Colegio.

La idea de ausentarme del campo me acongoja y procuro

desecharla intensificando las incursiones por los montes y la costa, pretendiendo con ello alargar los días y saturarme de ambiente silvestre.

Con frecuencia, solo o en compañía de alguno de los muchachos, me llego a Los Talas por las tardes, atraído por el misterio que lo rodea, exaltado por el reciente relato de don Tomás. Sentado en uno de los carcomidos troncos contemplo la tranquila lagunita donde creo adivinar la ubicación de los ranchos sepultados con sus moradores. La sombra alargada de los Talas, que el sol proyecta sobre el agua, dibuja la forma de un castillo con las ventanas iluminadas. Un golpe de viento riza la superficie de la laguna y la ilusión se esfuma, pero escucho sibilantes lamentos entre las ramas de Los Talas, matizados con el triste canto de las palomas.

La perdiz y el lazo

Un día se me ocurre poner en práctica el método de cazar perdices mediante un lazo de crin sujeto al extremo de una caña hueca (cañaveral). Provisto del artefacto y montado en el Petiso, me dispongo a probar fortuna, poco convencido de la eficacia del procedimiento.

-¿Vas a pescar che?- al verme con la caña.

-A pescar perdices, en seco-

-Te apuesto un peso a que no agarras ninguna. Tenés que traerla viva, sin lastimaduras ¿eh?-

-¡Pago!- le contesto a Luis, por no achicarme, pero casi seguro de perder la apuesta.

Después de ahuyentar a los perros que pretenden seguirme, salgo en busca de la incauta perdiz dispuesta a introducir su cuello en el lacito corredizo.

Mientras me dirijo a un rastrojo de maíz, en la seguridad de encontrar las presuntas víctimas, repaso in mente la técnica de esta curiosa cacería, de acuerdo a las indicaciones del mediero. Una perdiz levanta vuelo a unos pasos del caballo, llamándome a la realidad. Comienzo a explorar con atención el terreno y a unos treinta metros descubro una que camina en el mismo sentido. Esta es la mía, me dije. Me tiendo sobre la grupa del petiso para disimular mi presencia, pues estos animalitos temen al hombre y

perros, pero están habituados a convivir con vacunos y equinos. En esta posición incómoda trato de cortar el paso al bípido alado mediante una maniobra de rodeo, pero cometo la torpeza de apurar la operación; la perdiz prevenida corre unos metros para tomar impulso y ¡brrrrrr....!, dejándome con un palmo de narices.

Prosigo en busca de otra menos espantadiza. Al divisar a la nueva candidata, tomo mayores precauciones para no despertar sospechas. Al paso lento del petiso logro efectuar un recorrido envolvente que detiene a la perdiz, atenta al caballo de extraña conformación, y en trayectorias circulares, cada vez más cerradas. Los campesinos admiten que este rodeo en espiral sume a la perdiz en un estado hipnótico, inmovilizándola expectante, siempre con la cabeza erguida, como ofreciendo su esbelto cuello al sutil collar de crin. Cuando la tengo al alcance de mi caña me doy cuenta que la llevo del lado opuesto, y al pretender pasarla por encima del petiso le rozo las orejas y pega un respingo; el encantamiento se rompe y un batir sibilante de alas me anuncia el nuevo fracaso. Me desahogo pronunciando unas cuantas palabrotas contra el caballo, aunque la bestia fue el jinete.

Decepcionado, resuelvo regresar a casa por el camino más corto, pero siempre atento para intentar una última experiencia; y la tercera fué la vencida. Esta vez, el sentido del giro se hace como las agujas del reloj para operar la caña con la mano derecha, apuntando desde un principio hacia la probable víctima. Todo resulta bien y con mucha suerte al pasar el lazo por la cabeza de la hipnotizada perdiz, pues el pulso me tiembla en el emocionante final, luego de tan largos prolegómenos. Pero ya está cogida en el dogal que le ajusta el cuello. Sin soltar la caña, desciendo del petiso y exclamo: ¡Por fin te agarré!- como si fuera la misma perdiz de las tentativas anteriores. La pobre inocente, recuperando su estado normal, tiembla medrosa entre mis manos. Mi primer impulso fue atarle las patas con un piolín y llevarla colgada del extremo de la caña como trofeo de caza, pero al verla tan indefensa y pensando que quizás estaría empollando sus huevos violáceos en un nido cercano, la dejo en libertad. Corre un trecho y emprende vuelo bajo y recto; bajo y derecho hacia un alambrado, con tan mala suerte que se estrella en uno de los alambres de púas, cayendo como fulminada.

Total: la perdiz que quise liberar por lástima, muerta; la apuesta

perdida, y lo que es peor, tener que aguantar la cachada de Luis, quien lógicamente, no estaría dispuesto a creer lo ocurrido en realidad. Pero lo principal está a salvo; queda demostrado por experiencia personal que el procedimiento de cazar perdices vivas con caña y lacito es perfectamente viable.

Lamentando el final del animalito, pero satisfecho por el resultado de la primera y última cacería hipnótica, vuelvo a casa dispuesto a pagar el peso y aguantar lo demás sin hacer mención de lo acontecido, que sería como arrojar leña seca al fuego.

Nuestra madre, inclinada sobre la máquina de coser, apura la confección de ropa interior a fin de completar nuestro equipo para la ciudad, no muy fino ni elegante, pero fuerte y de colores sufridos. Dentro de tres días partiremos con el Tuti a Santa Fe. ¿Como aprovechar los últimos días de vacaciones?

Por una parte, nuestros padres tratan de pulirnos un poco el físico percutido por el sol, las espinas y suciedad incrustada en la piel, que resiste al cepillo y jabón, por lo cual se oponen a las andanzas incontroladas para no presentarnos como indios salvajes, y más que nada, en previsión de heridas u otros accidentes de último momento, que transtornarían los planes.

Por otro lado; el afán de aprovechar hasta el postrer instante esa vida tan distinta a la que nos espera durante nueve largos meses, provoca reacciones y desobediencias apañadas por los hermanos mayores.

Menos mal que los duraznos de la quinta del bajo han madurado. Están exquisitos y los pájaros compiten con nosotros en voracidad. La ensalada de duraznos con vino es el postre de la temporada.

Preparativos y partida

Llegó el día de partir. Como siempre, mamá no puede reprimir las lágrimas al besarnos en la despedida. La pena desborda en mi pecho anulando el habla. Arranca el "breque" conducido por papá, quien nos lleva a la estación de Esperanza para tomar el tren a Santa Fe. Con la mirada fija en Las Casas que se alejan de mi vista, empañadas por un velo de tristeza, procuro grabar en mi retina los detalles del paisaje tan querido y preñado de recuerdos. El canto de

los pirinchos; el vuelo de una tijereta que persigue a un chimango para robarle una pluma; la bandada de morajúes; el voluminoso nido de la urraca, primorosamente tejido; el verde y brillante teyú (lagarto) que cruza el camino y mil recuerdos más golpetean mis pensamientos durante el viaje en coche. Luego el tren. Llega a la estación Francesa, cuyo movimiento y bullicio nos aturde. El escenario ha cambiado totalmente. Comienza otro acto de la comedia.

EPILOGO

Han desfilado 50 años desde aquellas vacaciones que tomé como punto de referencia para relatar acontecimientos y describir el campo donde pasé la infancia y principios de la adolescencia.

El motivo principal que me impulsó a realizar este trabajo sin pretensiones literarias, ha sido el de registrar viejos recuerdos antes de su completa desaparición por ley inexorable de la Naturaleza. Cuando ya no sobrevivan ninguno de quienes protagonizamos los sucesos narrados, los descendientes dispondrán de una fuente de información, muy breve y parcial sin duda, que les permitirá apreciar ciertos aspectos de la vida de sus antepasados durante su permanencia en Rincón Avila.

Para terminar, quiero dejar abierto algunos interrogantes relacionados con la Leyenda de Los Talas.

¿Que hubo de cierto entre toda esa fantasía relatada por la gente del lugar?

Es indiscutible que Avila ha existido, por cuanto la denominación Rincón Avila (o de Avila) tiene su origen en el apellido del propietario u ocupante de esos campos en épocas anteriores a la colonización y subdivisión de las tierras. Es posible que la mayor parte de la leyenda sea pura imaginación, no obstante lo cual queda en pie una realidad que requiere explicación. Me refiero al descomunal desarrollo del grupo de talas al borde de la lagunita. Existen muchos talas en los montes de toda la región, pero son arbolitos de poca altura, incomparablemente menores a los que forman el macizo, tantas veces mentado. Al decir de toda la gente que ha tenido ocasión de admirar Los Talas, es un caso único por su ampuloso crecimiento.

¿Cual ha sido la causa que provocó el desarrollo anormal de tales plantas?

Muchas veces he cavilado sobre esta cuestión. Hace poco tiempo tuve un sueño extravagante, que resumo a continuación.

“.....En compañía del piloto y dos técnicos me hallo a bordo de un helicóptero que está efectuando una prospección aérea de la radiactividad del suelo en una franja de terreno, a uno y otro lado del rio Salado. No puedo precisar a título de qué integro la tripulación, pero me siento importante al manipular los complicados equipos de

medidas radiactivas.

En una de las tantas pasadas en zig-zag a escasa altura sobre el río, el detector acusa un incremento considerable de la radiactividad proveniente del suelo. Comunico la observación a los técnicos y miro hacia tierra. ¡Oh sorpresa! Reconozco los famosos Talas y lagunita adjunta, tal como eran por el año 1913. El que actúa como jefe del equipo ordena aterrizar al piloto, en un sitio descampado, próximo a Los Talas. Con el detector portátil comprobamos que la máxima intensidad de radiación proviene de la laguna. Se hacen las anotaciones pertinentes y toman fotos para agregar al informe.

-Es posible que aquí haya caído un meteorito de gran tamaño con elementos radioisótopos en su composición- dice uno de los técnicos.” Entonces desperté.

Desvelado por la impresión que me produjo este singular sueño, mis pensamientos saltaban de la leyenda de Los Talas a las palabras pronunciadas por el técnico, en el sueño, procurando establecer una correlación. Me pareció absurdo extraer conclusiones por el cotejo de dos irrealidades, pero lo curioso era que las piezas de uno y otro juego ensamblaban correctamente, como las de un sencillo rompecabezas. Veamos como.

Según la leyenda, la laguna no existía cuando don Juan de Avila levantó su vivienda en ese lugar, ni tampoco se menciona el macizo de grandes talas como algo llamativo. Serían arbustos como los congéneres de la región. De acuerdo a la narración de don Martín, el pescador, la bola de fuego que iluminó “a giorno” por un instante aquella noche tormentosa e hizo temblar la tierra, no sería otra cosa que el meteorito incandescente caído justo y para desgracia de los Avila, sobre los ranchos donde habitaban, sepultándolos a varios metros de profundidad. La lluvia torrencial que se prolongó dos días, mitigó la elevada temperatura del cuerpo celeste, no tan rápidamente como para que los árboles cercanos salieran indemnes, pero sin aniquilar a los talas, o mas bien a las semillas dispersas por el suelo.

La inundación arrastró hacia el centro del cráter la tierra del borde circular formado, rellenándolo parcialmente. Así nació la lagunita, cuyas aguas se mantenían, calientes y cubiertas de vapor (niebla), dos días después del fenómeno. Es poco probable que la súbita sensación de calor que experimentó don Martín se debiera a la

fuerte radiación recibida. Mas bien debe atribuirse a su estado de ánimo, rayano al terror, y también a la temperatura del aire circundante a la laguna de aguas calientes. Pasó el tiempo y la laguna subsistió. Las semillas de los talas quedaron sometidas a la radiación gama, atenuada por un manto de tierra. Este proceso provocó profundas transformaciones genéticas en las semillas, que se tradujeron por un crecimiento acelerado y deformaciones monstruosas de los tallos. Se explicaría de este modo porqué en el lapso de 15 años transcurridos entre la caída del meteorito y la visita de Manuel, los Talas presentaban el aspecto de árboles centenarios.

Suponiendo que el radioisótopo del meteorito tuviera una vida media de $7\frac{1}{2}$ años, la intensidad de la radiación habría descendido a la cuarta parte de la primitiva cuando regresa Manuel, pero lo suficiente intensa todavía como para ejercer un efecto pernicioso en el organismo humano que la recibiera en forma casi permanente. Los últimos Avila habrían perecido de leucemia galopante, causada por las radiaciones gama.

Las cosas encajan bien dentro de esta concepción puramente hipotética, pero..... ¿No le parece, estimado lector, que sería más interesante ir al lugar de los hechos, medir la radiactividad y hacer una perforación en el centro de la lagunita?

¿No sería apasionante si en lugar de un meteorito se encontraran los restos metálicos de un "Plato Volador" a propulsión nuclear, que desde una centuria atrás ya incursionaban sobre nuestro planeta?

F I N

Santa Fe, Marzo de 1963

Vistas de la provincia de Santa Fe 1888-1892
Fotografías de Ernesto Schlie



Pedro Tappa
Familia de Pedro Evaristo Berraz y Virginia Fert, ca. 1865
Colección César Berraz Mai
Pedro Tappa fue el primer fotógrafo que trabajó en Santa Fe.
Este retrato está tomado en su estudio.
Es una de las pocas y más antiguas fotos que se conservan de una familia fundadora
de Colonia Esperanza.
De izquierda a derecha, parados: Isidoro, Elie, Gaspar, Hipólito
sentados: María, Pedro Evaristo,
María Virginia, Virginia Lucía.

Vistas de la provincia de Santa Fe 1888-1892
Fotografías de Ernesto Schlie



Casa de la Familia Berraz en Champéry, Valais



Archivo Ana / Año 1919
Isidoro Berraz, Emma Gebhardt de Berraz e hijos: Matilde B. de Mársico, Carlota B. De Gay,
Fernando, Guillermo, Alfredo, René, Isidoro I. Y Oscar Berraz. (El que figura en el círculo es
Isidoro que no pudo estar presente en el acto de la fotografía)

PARA MIS DESCENDIENTES

Acotaciones del Tata (Fernando Emilio Berraz)

Comenzaré diciendo que el autor de “Los Talas” hizo (léase tecléo a maquina y con carbónico) solamente tres ejemplares: uno para Alfredo, otro para él y el tercero para mí.- Vale decir, uno para cada uno de los hermanos sobrevivientes a la fecha de su terminación.

Dice en uno de los párrafos de la carta remitida a Alfredo en oportunidad de enviarle el escrito: “...Es un producto de consumo familiar para despertar otros recuerdos emotivos”.

Asimismo en el Epílogo: “...Cuando ya no sobreviva ninguno de quienes protagonizamos los sucesos narrados, los descendientes dispondrán de una fuente de información ...”

Justamente por esto último sobre todo, me permito discrepar con el criterio adoptado por el autor en lo que respecta a la alteración de nombres y apellidos de protagonistas o personas que figuran en el trabajo.

En efecto, creo no equivocarme si estimo que la duración del mismo será mayor que nuestra existencia y llegará el momento en que algún descendiente lo encontrará y lo leerá, y nosotros no estaremos para ilustrarlo sobre la identidad de personajes cuyos nombres le hubieran sido familiares al oído o, más aún, por haberlos conocido personalmente, y que tal como aparecen en la obra le resultarán totalmente ignorados.

También puede ocurrir que, en las vueltas del destino, descendientes más o menos directos de algunos de aquellos, se relacionen o vinculen con los nuestros. Actualmente, por ejemplo, mi hija Ana María es muy amiga de unas chicas Dutruel, cuyos antepasados son de Esperanza y casi seguro parientes de nuestros ex-vecinos de Rincón Avila.

Por todo ello y entendiendo que para nuestros herederos, desde el punto de vista familiar, y aún histórico, pueda resultarles más ilustrativo, a continuación voy a proceder a la identificación de los personajes que se mencionan en la obra con nombres y/o apellidos alterados (“disfrazados” dice el autor).

De esta manera, creo contribuir también a que el porcentaje de “realidad” aumente un poquito con relación al de “fantasía” en el análisis del trabajo (?)

Lo haré siguiendo el orden en que van apareciendo, comenzando por el autor:

WILLY BERDT: Ing. Químico Guillermo Berraz (Willy, diminutivo de su nombre en idioma alemán y Berdt, formado por la unión de las dos primeras letras del apellido paterno con las tres últimas del materno; BErraz-GebhaRDT).

PABLO: Mi hermano Alfredo Pablo Berraz.

LUIS: Mi hermano Luis Oscar Berraz (llamado y conocido por su segundo nombre) Falleció en 1938 siendo empleado del Banco de la Nación Argentina S. Fe.

EMILIO: Yo, Fernando Emilio Berraz (Sobrenombre familiar infantil "Tuti").

VOULET: Apellido verdadero.

JOSE DE UDAONDO: José María de Iriondo.

NICOLÁS SASTRE: Nicolás Schneider (Traducción del apellido).

AMAYA: Apellido verdadero.

CARLOS AHRENS: Nombre y apellido verdaderos.

BERTOTTI, CEAGLIO, BUZZOLARI, BERNAZZA, ÁNGEL, y

DOLDAN: Apellidos verdaderos

PLACIDO DE FAURE: Plácido Deforel.

DU TRAIL: Dutruel.

ALEGRE: Gay.- Traducción por semejanza de pronunciación en francés de la palabra "Gaie" (Alegría)

MARIA: Carlota Berraz Eschoyez (Hija de la primera esposa de papá, Ernestina Eschoyez).

F.PAILLET: Inicial y apellido, verdaderos.

AMADO ALEGRE: Amado Alfonso Gay" (Llamado y más conocido por su segundo nombre).

PEDRO: Rene Berraz Eschoyez (Casó con Adelia Montyn)

Dr. MOSCA: Enrique M. Mosca (Fué gobernador de Santa Fe)

MONZÓN: Apellido verdadero

KATTY: Catalina Sutter Schellenberg.

EDUARDITO VIONNET: Nombre y apellido verdadero

CULLEN: Apellido verdadero.

PADRE MAX: Apellido verdadero.

ANAZUHER: Anita Sutter Schellenberg.

JOSEPHINE: Nombre verdadero

CASA VIONNET: Nombre verdadero.

HOTEL RONCHETTI: Nombre Verdadero.

El peluquero francés se apellidaba **BERGER**. Sabía ir a Rincón de Avila a ejercer su oficio y tomarse sus buenos ajenjos.

DREINON: Grenón.

GINIE: Virginia Berraz Berraz.

ELISA: Luisa Berraz Berraz.

TEODORO: Adriano T. Berraz Berraz. (Más conocido por Adrianito)

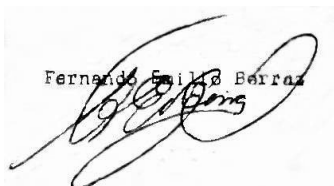
BARTOLO: ¿?

PAUL VOULET: Nombre (francés) y apellido verdaderos

TOMAS CÓRDOBA: Nombre y apellido verdaderos.

Y para finalizar, una acotación de las muchas que podrían hacerse, la que considero tiene su dosis de sentimentalismo:

En mi casa aún existen, y prestando eficientes servicios secundarios, una cómoda y una mesita de luz construidas por mi padre, las que por muchos años pisaron el suelo de Rincón de Avila y que muy posiblemente hayan sido testigos presenciales de mi llegada a este mundo.

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Fernando Emilio Berraz', is written over a faint, light-colored background. The signature is fluid and cursive.

Santa Fe 1964-.

En lo que respecta a nombres de caballos, perros, estancias, lagunas, lugares, etc., todos son verdaderos.